

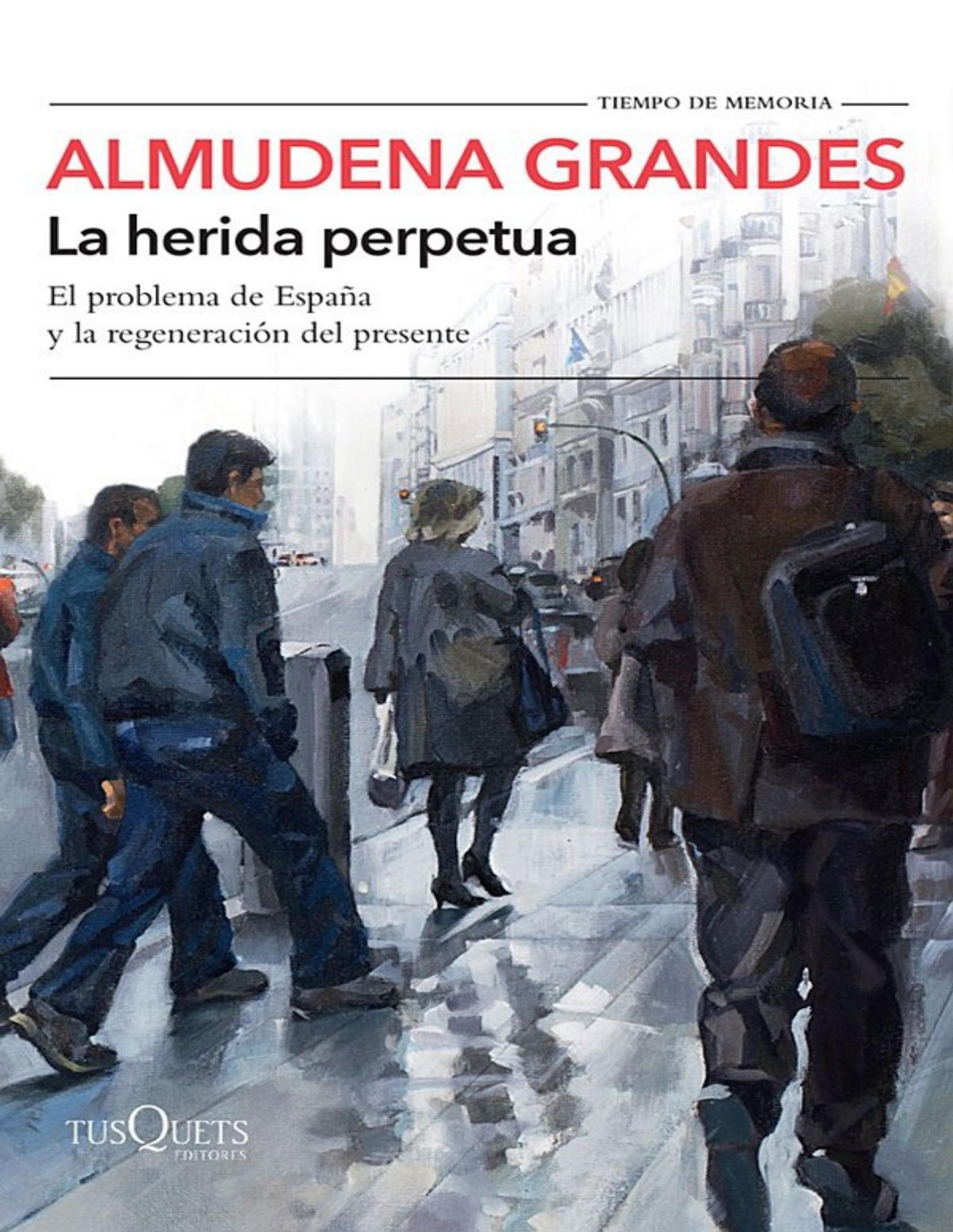
TIEMPO DE MEMORIA

ALMUDENA GRANDES

La herida perpetua

El problema de España
y la regeneración del presente

TUSQUETS
EDITORES



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Preliminar. Historia de este libro

Algunos personajes para entender una década

Photoshop. Mariano Rajoy tras su segunda derrota electoral

Dos adjetivos. Rosa Díez critica el proceso de paz en Euskadi

Mariano Macbeth. María San Gil dimite como líder del PP en Euskadi

Barra libre. Sofía de Grecia se pronuncia en contra del aborto, la eutanasia y el matrimonio homosexual

Cuestión de fe. Ángel Gabilondo, tras su nombramiento como ministro de Educación

Shakespeariana. Mariano Rajoy, después de declarar «cuando yo gobierne, bajará el paro»

Hipótesis. Lo que no se atrevió a hacer José Luis Rodríguez Zapatero

Compasión. Belén Esteban, tras su operación de cirugía estética

Rencor. Alberto Ruiz-Gallardón, cuando parecía el relevo de Rajoy

Márchense ya. Alfredo Pérez Rubalcaba, tras el Debate sobre el estado de la Nación

Suárez. Al día siguiente de la muerte de Adolfo Suárez

Esperanza. Esperanza Aguirre, tras darse a la fuga en la Gran Vía de

Madrid

Epitafios. En la muerte de Emilio Botín

Pirro. Susana Díaz, tras su victoria en las primarias del PSOE

Pioneros. Pedro Sánchez, diez días después de formar Gobierno

1. Los derechos se defienden en la calle

El progreso. El derecho al aborto, siempre en peligro

La historia. Indolencia con el fascismo en el horizonte

Pecado. La demanda social sirve para hacer trampas

Crisis. Tras la condena a Luis García Montero por injurias

Víctima. Esperanza Aguirre solicita nuestra compasión

Libertad. Segregación por sexos en colegios concertados

Llaves. El pueblo saharauí, abandonado a su suerte

Creo. Porque una vez creímos en el futuro del 15-M

¡Aleluya!. La solución de la crisis consiste en empobrecer a los más pobres

Ahorrador. Un empresario modélico

¿Por qué?. Recortes y manifestantes, este conflicto se resuelve a porrazo limpio

Cerillas y dinamita. Más recortes, más protestas, más porrazos

Los sentimientos. ¡Atención!: material inflamable

Identidad. ¿A quién le importa la crisis?

Línea roja. Una huelga contra la banalidad del mal

Feliz Navidad. Cuando la única esperanza era una ostra tóxica

Dos Españas. Los culpables de los problemas se ofrecen para solucionarlos

El futuro. La ultraderecha enseña la oreja por primera vez

Una sugerencia. Propuesta para modernizar la lucha sindical

Fantasmas. La cruzada contra Podemos y otros fantasmas que recorren España

2. Para qué sirve la política

Política. Reivindicación sentimental de la ideología

¡Vota!. Contra la abstención de los puros y los exquisitos

Dos dudas. Zapatero vuelve a ganar las elecciones y apuntala el bipartidismo

Una duda. El PP tiene prisa para llegar a la Moncloa

Antológico. Rajoy no entiende su propia letra

Bildu. La participación de Bildu es una victoria de la democracia

Naturalmente. Rajoy celebra el fin de ETA; los suyos, no

Perversidad. Deseando ver cómo Rajoy llega al poder y lo arregla todo

Antiespaña. Consideraciones sobre la «mayoría silenciosa»

La indiferencia. La crisis más grave no es la económica

¿Y si nos vamos?. ... del Fondo Monetario Internacional, del euro, de la Unión Europea...

Patriotismo. A los culpables del desastre nacional siempre les queda Gibraltar

Siglo XX. En el siglo XXI no se derrocan tiranos

Los responsables. El chapapote nunca existió

El amor. Felices quienes pueden escribir sobre el amor

Comprensión. La derogación de la doctrina Parot y el nacimiento de Vox

Blasfemia. ¿Quién dijo que los pucherazos no pueden ser creativos?

Encuestas. Contra la prisión permanente revisable

Más política. El ministro Morenés intenta convertir a una víctima en culpable

Pactos. Elogio de la negociación y los pactos

Indecisos. Las razones de los votantes indecisos

Europa. O un amor mal correspondido

Letras. La recuperación de la crisis es un camelo

Feliz 2016. Tras la última victoria electoral de Mariano Rajoy

Analogía. La forja de un héroe llamado Pedro Sánchez

Posesivo. Pablo Iglesias tiene cuernos y echa fuego por la boca

El futuro. El miedo a Unidos Podemos fortalece a Rajoy

Evolución. La vieja guardia del PSOE sabía por qué no le gustaban las primarias

Comprensión. Ni todas las víctimas son iguales, ni todas merecen el mismo cariño

3. Los servicios públicos son propiedad de todos nosotros

Que no. Niégalo todo, que algo quedará

Cuenta y riesgo. El Estado no debería intervenir a favor de una empresa privada

Agentes y señorías. Cuando los jueces dan más miedo que la Guardia Civil

Te quiero. Palabras de amor entre corruptores y corrompidos

Despropósitos. Recetas de la patronal para acabar con la crisis

Un suponer. La persecución del juez Garzón

La libertad . En defensa de la Propiedad Intelectual

Hagan juego. El timo de Eurovegas

Palabras. Maneras de mentir

Atraco. Mi voto vale menos que los demás

Placer. Cuando Merkel gobernaba en España aunque nadie la hubiera votado

Derroche. Gallardón y su cruzada contra el aborto

Estado. Los estibadores tienen la culpa de todo

Lobbies. Contra Rivera y su proyecto de regulación de la gestación subrogada

Madrid. Madrid es de los madrileños y de nadie más

4. España huele muy mal

Epílogo. Las agencias de calificación, un sindicato del crimen

Resaca. Tristeza tras la huelga general contra la reforma laboral de Zapatero

Demagogia. Hablar del precio del rescate de Bankia es de mal gusto

La gangrena. Apuestas sobre los corruptos que jamás iban a ir a la cárcel

No, no y no. Rajoy solo sabe decir que no

El lado oscuro. Retener el poder a cualquier precio

Curiosidad. Yo te pago una asesoría y tú tratas a los míos con cariño

Conspiración. Soraya y Cospedal luchan por la sucesión a base de filtraciones

Radicales. La demonización de una palabra noble

Gobierno. En minoría, y por los pelos, Rajoy conserva el poder

Imperdonable. Las primeras sentencias de la Gürtel y el congreso del PP
Reflexiones. Mi conclusión es que Cristina de Borbón no fue absuelta
Lo saben. Actualidad de una vieja cita de Valle-Inclán
El silencio de Esperanza. Todo acaba en esta vida, la inmunidad de
Esperanza Aguirre también
Descansen. Las vacaciones nos hacen más falta que nunca

5. Regeneración democrática: una entelequia española

Gracias. Un homenaje a la entereza y la decencia del doctor Montes
Plástico. Al menos, la derecha española no engaña a nadie
Qué pena. El mensaje subliminal de los «artistas de la ceja»
Equivocaciones. Los políticos jamás reconocen sus errores
La realidad. La izquierda española no lee a Lenin
Si no fuera.... En la ONU ni siquiera saben quién es Mariano Rajoy
Referéndum. El sueño imposible de un referéndum sobre la reforma
constitucional
Opinión. Las centrales sindicales no son el enemigo
Educación. El problema de los niños españoles es España
La cultura. Otro 23 de abril para amar los libros
Aquella voz. El ingeniero de caminos que ya lo sabía todo
Populismo. Detalles de la guerra contra Podemos
La bondad. Las malas personas no deberían hacer política
Difícil. Los jueces nunca ayudan
Perdedores. La derecha se inventa las coaliciones de perdedores
Neutralidad. A Podemos, ni agua
Esperanza Aguirre y el prohibido prohibir. Ciertas prohibiciones hacen
progresar a la Humanidad
España, por lo visto, es cuestión de banderas. Saque una bandera a su
balcón y olvídense de todo lo demás
Magistral. Una moción de censura que fue una obra maestra

6. Leer la página de la memoria antes de pasarla

Memoria. Un Estado democrático sin relato y sin raíces
Mary Poppins. La Transición versionó la película más célebre de mi

infancia

Preguntas. La justicia da la espalda, una y otra vez, a las víctimas del franquismo

Nadie. Consecuencias de una Transición presuntamente modélica

Dinosaurio. ¿Y para esto se resistieron tanto a reformar la Constitución?

Lo específico. Los crímenes del franquismo no son crímenes contra la Humanidad

Qué asco. El Gobierno aprueba la ley del aborto de Gallardón

Bla, bla, bla. España es un problema para cada española, para cada español

Cuelgamuros. El PP se abstiene ante el proyecto de exhumación de Franco

Temeridad. España no puede seguir siendo la pegatina de los fachas

Sin miedo. Porque nuestra democracia renunció a elaborar su propio relato

7. Por unos valores laicos y republicanos

Imagine. Ejercicio de imaginación con dos maestras y un pelotazo

Pan y libertad. Elogio de la Feria del Libro de Madrid

Generaciones. Reivindicar la herencia republicana para ganar el futuro

Una costumbre. El hiyab no tiene que ver con la religión

Mentira podrida. En defensa de la escuela pública

Huelga. Motivos para la primera huelga feminista de la Historia de España

Machismo. En España hay cosas que no cambian nunca

8. Defender el fuerte, o seguir siendo de izquierdas en el siglo XXI

Ideología. La derecha se organiza como ya no sabe organizarse la izquierda

Cruces. Un millón de votos, dos diputados

La oportunidad. Rajoy se reconcilia con Zapatero

En serio. Tomás Gómez, o el PSOE renuncia a Madrid

Maldición. El gen de la división endémica en el PSOE

La alegría. La Junta de Andalucía aprueba un decreto contra los desahucios

Este lunes. Apatía y abstención en las elecciones europeas

Allá ellos. Cuando Susana Díaz iba a arreglar la crisis del PSOE

Izquierda. Manuel Valls, socialista, armado y peligroso
Susana. Susana Díaz empieza a equivocarse
Tácticas. Susana Díaz comprueba que se ha equivocado
Novedades. David contra Goliat, Sánchez contra Ferraz
Un pimiento. Lo que siempre habíamos importado los votantes de
Izquierda Unida
El valor de emoción en el PSOE. O por qué Pedro Sánchez derrotó a
Susana Díaz
Oportunidad. Alguna vez, algo tenía que salirnos bien

9. El laberinto catalán

Un clásico. Porque hubo un primer referéndum
El calor. Acercamiento entre Rajoy y Mas
Piruetas. Elecciones plebiscitarias y otros equilibristas catalanes
A plazos. Cualquier elección sirve como plebiscito
Resaca. Porque la campaña electoral en Cataluña se parecía a una
borrachera
CUP. La política hace extrañísimos compañeros de cama
Carrusel. Mas intenta seducir, Rajoy se quita de en medio
Esteladas. Prohibir banderas en un partido de fútbol
Marchemos. Sáenz de Santamaría marcha por la senda de Fernando VII
Catalanes y el término «nación». Aquellos polvos trajeron estos lodos
1-O. Los motivos de Neus Munté
Futuro. La banca siempre gana
Banderas. El patriotismo es un buen negocio para los bazares chinos
Intemperie. La despiadada soledad de tantos catalanes
Relato. Palabras como «República» y «fascista»

10. Elegir la esperanza

Salud. Buenos deseos para el peor año de la crisis
El principio de todo. Otra vez, la Puerta del Sol llena de gente
Resignación. La determinación que hemos perdido los españoles
Esperanza. La ilusión es el cimiento de las revoluciones
Felicidad(es). Las comidas de Navidad son campos de minas

Tesis. La compasión de los españoles del futuro

Epílogo. El país en el que nos ha tocado vivir *por Juan Díaz Delgado*

Cronología

Procedencia de los textos

Notas

Créditos

Sinopsis

En enero de 2008, Almudena Grandes iniciaba una colaboración semanal como columnista en el diario El País. En sus textos, la escritora española más reconocida de las últimas décadas recorre con una mirada crítica y aguda la realidad política y social de España. En sus columnas aparecen los protagonistas de la actualidad política de los últimos diez años y los grandes y pequeños acontecimientos a los que hemos asistido durante este tiempo: los efectos de la crisis económica sobre la gente corriente, los desmanes de la corrupción política, la llegada del PP al poder en 2011, la moción de censura de 2018 y el incierto panorama del presente.

ALMUDENA GRANDES
LA HERIDA PERPETUA

El problema de España
y la regeneración del presente

Edición y epílogo de Juan Díaz Delgado

TUSQUETS
EDITORES

Preliminar

Historia de este libro

Todo comenzó una tarde de diciembre del año 2007.

No me acuerdo de la fecha exacta ni de lo que estaba haciendo en ese momento, pero sé que no era escribir. En octubre de 2006 había terminado *El corazón helado* y me había quedado exhausta. Siempre había querido escribir una novela de mil páginas pero, después de lograrlo, me sumergí en un profundo y duradero periodo de desorientación. Catorce meses más tarde, aún no había averiguado adónde quería ir, ni qué quería hacer. No tenía ni idea de qué podría escribir después de haber escrito tanto.

En ese estado de ánimo respondí a una llamada de Javier Moreno, entonces director de *El País*, en cuyo suplemento, *El País Semanal*, colaboraba con dos artículos al mes desde 1999. Supuse que el motivo de la llamada tenía que ver con esos artículos o con la petición de un texto para algún número especial. Lo último que me imaginaba era que Javier me había llamado para ofrecerme la columna de contraportada de los lunes, un espacio sagrado para mí.

En una columna titulada «Manolo» —con la que, el 8 de mayo de 2016, celebré el 40 aniversario de *El País*— explico por qué: «Todos los lunes compraba el periódico con inquietud, y solo los lunes leía la contraportada antes que los titulares. ¿Qué habrá escrito Manolo hoy? Necesitaba saber lo que opinaba para poder opinar. Cuando estaba de acuerdo con él me sentía feliz pero, a la larga, resultaba mucho mejor lo contrario. Le respetaba tanto que disenter de su opinión me obligaba a repensar la mía, a reflexionar con una disciplina implacable, porque él me enseñó que en el columnismo, en la

literatura y en la vida, las preguntas son mucho más importantes que las respuestas».

Cuando Javier Moreno me la ofreció, la columna de contraportada de los lunes para mí era todavía eso, la opinión de Manolo Vázquez Montalbán, un santuario personal, todo un lugar de memoria que he venerado, venero y veneraré durante los días de mi vida. Él no podía saberlo y por eso no entendió mis reservas, la cautela con la que le dije que tenía que pensarlo antes de decirle algo. Pero ¿qué vas a pensar, mujer?, me respondió, dime que sí, solo puedes decirme que sí... La verdad es que me daba mucho miedo escribir en el lugar de Manolo. Me daban miedo el lunes, la contraportada, el formato, el título. Me daba miedo, ante todo, defraudar a mi maestro allá en los cielos, pero Javier estaba tan convencido de que ese iba a ser mi sitio, que no me quedó más remedio que creer en él y decirle que sí.

El 7 de enero de 2008 publiqué mi primera columna. Se titulaba «Hola» y es esta:

La única corona de la que me considero súbdita ferviente es la que llevan sobre la cabeza Sus Majestades los Reyes Magos de Oriente. Como ellos lo saben, y saben que, aunque republicana, soy buena chica, este año me han echado una columna. Concretamente, la que estoy estrenando ahora mismo. Yo soy muy ansiosa para los regalos y tengo que estrenarlos enseguida, no vaya a ser que se evaporen antes de consolidarse. Ya sé que esta declaración no resulta elegante, pero qué le voy a hacer si esa es mi tradición, la de la izquierda española, encadenada a gozos efímeros y pesares perpetuos, un tobogán emocional que impulsa a los Gobiernos progresistas a la pusilanimidad maquillada de prudencia que resulta fatal a medio plazo. Porque las gentes de orden conocen bien esa debilidad, y la manejan como nadie para provocar desórdenes.

Es como un bucle sin fin, que no se acaba nunca. Decidida partidaria de las alegrías de este mundo, vuelvo a sentir en la nuca un aliento rancio, que se ha hecho familiar entre nosotros a golpe de Estado o, en su defecto, de urna. Me refiero al estrepitoso jadeo de una jerarquía católica ávida de poder temporal y poco dispuesta a sufrir en este valle de lágrimas. Me sorprende que algunos se sorprendan porque, hablando de tradiciones, la simonía es tan antigua como la mortificación que los obispos españoles ya no practican para ganarse el cielo. Parece que, a base de mortificarnos, pretenden que nos lo ganemos los demás. Yo, que no aspiro a tanto, me conformaría con que el año electoral que ahora empieza nos trajera unas gotas de felicidad laica, plebeya, terrenal,

tan vulgar como todos los regalos que no sabe fabricar ningún rey, ni siquiera si es mago. Con ese deseo inauguro mi primera columna acostada, como aquellas donde firmaban los poetas románticos al visitar las ruinas de los templos clásicos.

Recuerdo que tardé una mañana entera en escribirla. Recuerdo también cómo pesé y medí cada palabra, con qué cuidado repartí las comas, cuántas veces cambié los adjetivos. Mi primera columna en el espacio de Manolo no podía ser una opinión trivial, así que saqué de una vez toda la artillería. Ahora la leo y comprendo que, aun sin pretenderlo, lo que redacté fue una declaración de principios casi completa. En esa columna estaba yo, mujer, republicana, española, de izquierdas, anticlerical, plebeya, peleona y partidaria de la felicidad. Hoy solo echo de menos mi ciudad, Madrid, y al Atleti. En mi descargo aclararé que, en enero de 2008, aún no había llegado el Cholo y los colchoneros no andábamos muy allá de autoestima. Los madrileños que nunca hemos votado al PP no estábamos mucho mejor, tras las respectivas, repetidas victorias electorales obtenidas en mayo de aquel año por el alcalde Ruiz-Gallardón y la presidenta Aguirre, que pronto se convertirían en dos de mis personajes favoritos, como descubrirá enseguida el lector.

Desde aquella, he escrito muchas, muchísimas columnas durante más de diez años, pero la mayoría han girado alrededor de las palabras que escribí en esta. Parece asombroso, pero aún me resulta más sorprendente no haber sido capaz de darme cuenta por mí misma.

Diez años más tarde, la historia de este libro cambió de rumbo.

Madrid, primavera de 2017, parque del Retiro, Feria del Libro, calor, alegría y mucha gente. Yo estaba en una caseta firmando un poco de todo, porque todavía faltaban unos meses para que apareciera *Los pacientes del doctor García*, cuando se me acercó un hombre joven con toda la pinta de ser un lector normal. Pero las apariencias engañan.

Juan Díaz Delgado me contó que era filósofo y estaba escribiendo una tesis doctoral, un análisis de mi obra desde la perspectiva de la filosofía

antropológica. Me impresionó mucho, quedamos para hablar después del verano y con una entrevista no tuvimos bastante. Mi relación con Juan, que pronto demostró tener el gran mérito de regalarme plantas que nunca se mueren, fue haciéndose más profunda al mismo ritmo que avanzaba su tesis, y me ayudó a fijarme en aspectos de mi propio trabajo que no había advertido por mí misma. Este libro es el fruto de su observación más certera.

Cuando me preguntó por qué nunca había publicado una recopilación de columnas, habiendo escrito tantas, le respondí que no me parecía interesante colocar un montón de artículos al tuntún en las páginas de un libro. Entonces me explicó que no se trataba de eso. Él había leído con atención mis columnas de *El País* para redactar un capítulo de su tesis y había advertido un eje fundamental en ellas. Gracias a Juan Díaz Delgado descubrí que a lo largo de los últimos diez años, he escrito sobre todo acerca de España como problema. Y ese descubrimiento me ofreció otra perspectiva sobre mi trabajo como columnista, una mirada nueva, diferente e inesperadamente atractiva para mí. Porque, al cabo, mis opiniones de contraportada en *El País* han girado alrededor del mismo tema del que tratan mis últimas novelas, desde *El corazón helado* hasta hoy.

El problema de España, las razones que la han convertido en un conflicto para millones de españoles, la anormalidad de este país bipolar que solo logra comportarse como los demás cuando la selección nacional juega un mundial de fútbol, el amor y el desamor que nos parten continuamente por la mitad, los orígenes, el desarrollo, los relatos contrapuestos, las soluciones posibles para curar esta herida que sangra demasiado, desde hace demasiado tiempo, y nos hace demasiado daño, constituyen el tema de este libro.

Porque creo que es un problema auténtico, que existe de verdad por más que muchos se empeñen en negarlo. Porque si no analizamos los errores que se cometieron en el pasado, nunca encontraremos la manera de extirparlos del futuro. Porque yo no llevo una pulsera rojigualda en la muñeca, pero soy española y amo profundamente a mi país, aunque a veces me duela.

Tengo que agradecer a Juan Díaz Delgado muchas cosas. En primer lugar, la

perspicacia sin la que este libro no habría llegado a existir. También la generosidad con la que se ofreció a recopilar y organizar mis textos, las largas horas de trabajo que tuvo que invertir en ese empeño, su interés por mi obra, su constancia y su compañía.

Y siempre estaré en deuda con Javier Moreno por haberme ofrecido la columna de Manolo y haberme convencido de que podría llegar a ser también la mía.

Almudena Grandes
Madrid, 17 de marzo de 2019

Algunos personajes para entender una década

Un partido político está compuesto por muchos militantes y unos pocos dirigentes, no por unos pocos dirigentes enemistados con la mayoría de sus militantes.

Almudena Grandes, «Duendes»,
El País, 17 de octubre de 2016

Photoshop

Mariano Rajoy tras su segunda derrota electoral

En las marquesinas de los autobuses tenía los ojos muy grandes, los labios finos y un mentón ajeno, como de otro hombre. En las farolas, las cejas eran nigérrimas, los ojos habían encogido y la barbilla apuntada le daba cierto aire de duendecillo. Ambas imágenes, lejos de rejuvenecerle, inspiraban desconfianza en un candidato incapaz de aparecer ante los votantes sin retoques. Había una tercera foto, la mejor para mi gusto, que no había pasado por el Photoshop. En ella sonreía de verdad, no con la mueca ensayada que adoptaba en los debates. Captado en escorzo, parecía un hombre mayor, algo cansado, con la mandíbula cuadrada y la barba canosa. Él mismo.

Confieso que, mientras estudiaba sus retratos, no sospechaba que Rajoy fuera a crecer tanto como personaje. Confieso, además, que en este momento, nada en la política española me interesa tanto como su patética grandeza de boxeador sonado, que se tambalea en el ring mirando hacia delante. Hay algo épico y algo ridículo en ese «¡Dejadme solo!» que ha dejado tamañita la lánguida, pestañeante entereza que Gallardón exhibía hace no tanto. Sé que debajo hay más pragmatismo que otra cosa, pero en esa actitud late también la posibilidad de que otro «gran resultado» en 2012 lleve al PP a permanecer hasta dieciséis años en la oposición.

Como todos los creadores, y él lo es ahora más que nunca del futuro de su partido, Rajoy toma de la tradición solo lo que le interesa. González y Aznar perdieron dos veces, dice, y es verdad. Pero ambos ganaron al menos una vez

por mayoría absoluta, y eso por no citar el ejemplo de Simancas, paradigma del perdedor contumaz. Rajoy confía en el desgaste y en el cansancio, pero ambos son armas de doble filo. ¿Qué votantes se cansarán primero, los que ganan o los que pierden? Si son los suyos, la próxima vez no le va a servir de mucho el Photoshop.

Dos adjetivos

Rosa Díez critica el proceso de paz en Euskadi

Hoy me habría gustado escribir sobre frivolidades, porque el debate de investidura parecía proporcionar una coyuntura propicia a la relajación. Durante unos días, el paréntesis de serenidad que hemos vivido creaba la ilusión de que España es un país normal, con un Parlamento normal, en el que los ganadores ganan, los perdedores pierden y Bono dice misa. Menos da una piedra. Pero cuando me disponía a comentar la repentina tendencia de Rajoy a dejarse fotografiar con los brazos extendidos, como crucificado por las circunstancias, unas comillas me han hecho daño.

Pongo las comillas por delante, porque sin ellas habría dudado de la veracidad de las palabras de Rosa Díez, por más que ella nunca me haya inspirado el menor grado de simpatía, ni de confianza. Los ciudadanos, creo yo, todavía podemos aspirar a que los políticos aparenten ser personas decentes, y nadie capaz de rentabilizar sus derrotas personales reconvirtiéndolas en súbitas crisis de conciencia lo es. Menos aún cuando se presenta como un espejo de ciudadanía mientras combina, con la irresponsabilidad de una bruja novata, los instintos más bajos del electorado. Pero, con todo y eso, el otro día se pasó de la raya.

«Disparatado e inútil.» Esos fueron los adjetivos que Díez escogió para calificar el proceso de paz que emocionó e ilusionó a un país entero. Así describió aquel intento fallido, tal vez prematuro, quizás torpe o solo desgraciado, que se malogró como se malogran tantas cosas buenas en este

mundo. Parece mentira que haya que recordar que la paz nunca es un disparate, y que perseguirla jamás es inútil. Claro que España no es un país normal. Si lo fuera, Zapatero se mostraría orgulloso de haber cumplido con la obligación de intentarlo, yo podría dedicarme a escribir sobre frivolidades, que buena falta me hace, y hoy, 14 de abril, sería fiesta nacional.

Mariano Macbeth

María San Gil dimite como líder del PP en Euskadi

Las tres brujas se aparecen ante Macbeth sin que él las haya invocado. Le halagan, le fascinan, le enloquecen con la promesa de un poder ilimitado. Macbeth se lanza, en pos de sus palabras, a una espiral de crímenes horribles y no sospecha que es apenas un títere, el juguete de tres mujeres astutas e impías, que lo utilizan sin escrúpulos para servir a fines muy distintos de los que declararon previamente. No sé si Mariano Rajoy ha leído a Shakespeare. Ignoro si conoce el argumento de este inmortal espejo de la ambición y las traiciones, pero me temo que en la política española se está montando un *Macbeth*, y que él ya ha sido elegido, desde luego a traición, y a su pesar, como protagonista.

Se me podrá objetar que Ana Botella desentona, y lo admito. Es cierto que se aturulla con algunos conceptos, que no domina el lenguaje profético, pero los números impares siempre son complicados, y en un trío, ya se sabe, es natural que alguien flaquee. Se me podrá objetar también que falta Lady Macbeth, pero en eso no estoy de acuerdo. Aunque su físico no acompañe, Soraya lleva semanas limpiando manchas de sangre simbólica en el Congreso y, que yo sepa, no ha conseguido borrar ninguna. Por otra parte, no me digan que el resto del reparto no está bien escogido.

Aquellos gritos de ¡Viva Mariano!, ¡Tú sí que eres un líder!, se han precipitado abruptamente por un abismo de deslealtad. De Aguirre me esperaba cualquier cosa, pero que María San Gil convocara a los medios en

un día de luto, tras un atentado terrorista mortal, no para confortar a las víctimas sino para machacar a su jefe, ha desatado el pestilente aroma del azufre. Mientras tanto, Mariano se prepara para la batalla. Si hubiera leído *Macbeth*, ya sabría que no va a ser vencido por un hombre nacido de mujer. Ahora que, de las propias mujeres, Shakespeare no dijo nada. Ni mu.

Barra libre

Sofía de Grecia se pronuncia en contra del aborto, la eutanasia y el matrimonio homosexual

Señores, señoras, se ha abierto la barra libre. Qué alivio, porque la verdad es que esta boda, aparte de eterna, estaba siendo aburridísima. La Reina ha opinado, y lo ha hecho con una libertad que creíamos privativa de quienes votamos para elegir a los representantes que en el Parlamento elaboran y aprueban las leyes en vigor. Como resulta que no es así, que cada uno opine lo que quiera. Todo pasa, todo queda, y la gran profesional de antaño ya no es la que era. ¿O sí? Mientras el Rey busca apoyos por el mundo para que el socialista Zapatero pueda refundar el capitalismo —una hazaña que no sé si me inspira más risa o más lástima—, la Reina da la de arena. Ironizando sobre la libertad de expresión para sugerir que sus límites le parecen excesivos cuando se emplea contra su familia, la ejerce después, sin límite, para sumarse a la postura de la caverna nacionalcatólica en temas que afectan a otras familias, como el matrimonio homosexual, el aborto, la eutanasia, la violencia machista y la enseñanza de la religión.

Me apunto a la barra libre para opinar, con mi propia plebeya libertad, que sus palabras no son sino otra prueba de la naturaleza anacrónica, fosilizada y hasta conceptualmente monstruosa —por la incompatibilidad esencial de los principios en que ambas instituciones se fundan— que adquiere la Monarquía al convertirse en la forma de Estado de una nación democrática. Porque en una democracia, por principio, ningún poder, simbólico o efectivo, debería estar

nunca por encima de la soberanía popular. Al arrogarse una libertad que no le corresponde, ya que su figura está más allá de los deberes, pero también de los derechos de los demás, la Reina ha ahondado esta contradicción y, en su condición de símbolo del Estado, ha convertido a millones de españoles en súbditos de segunda. Por mí, desde luego, a mucha honra.

Cuestión de fe

Ángel Gabilondo, tras su nombramiento como ministro de Educación

Cumplir años tiene una gran ventaja, que es seguir aquí para contarlos, y muchos pequeños inconvenientes, como la presbicia, las tallas inconfesables, las malas digestiones y el exceso de información. A cierta edad, una conoce ya a mucha gente, desde hace mucho tiempo, y esta circunstancia, lejos de resultar ventajosa, se convierte en una fuente de inquietud en situaciones como el tumultuoso cambio de Gobierno que ha arrebatado a cofradías y penitentes los titulares de la semana pasada.

Ser joven implica, entre otras muchas bendiciones, no haber oído nunca hablar de los ministros que entran en un Gobierno, y sin embargo, no lamento la edad que me ha dado la oportunidad de conocer a Ángel Gabilondo.

Hubo una época, no tan lejana, en la que yo creía firmemente que este país tenía arreglo, y que la enseñanza pública, aquel «educación, educación y educación» que los republicanos repetían marcando el ritmo con los nudillos, podría ser la palanca capaz de propulsarnos hacia la prórroga del sueño colectivo que se interrumpió, como casi todos los sueños, hace ahora setenta años. Ya no lo creo, y sin embargo, sé que si alguien puede hacer algo por el prestigio y por el futuro de la educación pública en España, es este filósofo sabio e irónico, guipuzcoano de nacimiento, madrileño de adopción, gaditano en verano y aficionado a hablar en griego clásico en todo momento, que no solo sabe pensar bien, sino enseñar a pensar bien a los demás.

Eso, devolver a España al recto pensamiento, es el gran desafío de

Gabilondo, al frente de un ministerio que representa apenas una cáscara nacional de las consejerías autonómicas, responsables directas del desastre. Porque la política no es solo cuestión de leyes y de presupuestos. Antes que eso es, sobre todo, cuestión de fe. Y si recuperamos la fe en la enseñanza pública, quizás no esté todo perdido.

Shakespeariana

Mariano Rajoy, después de declarar
«cuando yo gobierne, bajará el paro»

¿Y si no les salen las cuentas? En el último trimestre, la recesión de la economía española se reducía a una décima. ¿De verdad esperan tanto de una sola décima? Si a pesar de todos los errores del Gobierno, la curva de los grandes números llega a invertirse en un futuro inminente, seguiremos teniendo una tasa de paro insoportable, pero entonces, ¿sus drásticas reclamaciones de reducción del gasto público para inspirar confianza en los mercados internacionales, habrán tenido sentido? Y sobre todo, ¿acaso soy yo la única que piensa esto? La ocurrencia de Rajoy, que le situó a medio camino entre el impresionismo naïf y el mejor chiste de un concurso de monólogos, al instar a los parlamentarios socialistas a relevar a Zapatero, adquiere tintes dramáticos al otro lado del túnel. Desde esa perspectiva, sus propuestas dejan de ser simples, aunque gruesos, fallos dialécticos, para transparentar una desesperación evocadora de ciertos célebres monarcas shakespearianos, que fingen avanzar, afilando su gesto y su discurso, mientras huyen en realidad, despavoridos, del destino que remueven en su caldero unas brujas tan siniestras como pacientes.

No se trata solo de que él haya perdido ya dos elecciones, las mismas que ha ganado su rival, sino del estado en el que dejaría a los suyos una nueva derrota. Entonces, Shakespeare no será suficiente. Tal vez, ni siquiera Sófocles. Y la consigna del «cuanto peor, mejor», a la que el PP parece dispuesto a consagrar sus energías durante los dos próximos años, apenas

habrá servido para sembrar de espinas la pista de un corral de gallos de pelea, dispuestos a lo que sea con tal de sucederle. Ya sé que no debería preocuparme por esto, pero encuentro que Shakespeare ennoblece misteriosamente a Mariano. Quizás debería preocuparse él, porque confieso que nunca me había interesado tanto como ahora.

Hipótesis

Lo que no se atrevió a hacer José Luis Rodríguez Zapatero

Podría ser un político socialista. Podría estar atónito, abrumado, sobrepasado por la hostilidad de las circunstancias, y reaccionar como una persona normal. En la vida cotidiana, las personas normales aprecian la sinceridad y la valentía. La capacidad de reconocer los errores, de pedir perdón por las equivocaciones, de plantarse ante la arbitrariedad, constituyen también valores admirables. El socialista de mi hipótesis podría haber rechazado por una vez los consejos de sus técnicos de *marketing* electoral con másteres californianos, y dirigirse a los ciudadanos como una persona normal. Para contarles, simplemente, la verdad.

No me refiero a la verdad del enemigo, que es una mentira como una casa, sino a la verdad de la buena. Soy socialista, podría haber declarado. Estoy seguro de mis ideas, de la justicia de mi política, de los principios que la inspiran. Por eso, ante el acoso de los bancos y especuladores financieros que agreden a la economía de nuestro país para incrementar sus ganancias, con técnicas semejantes a las que empleaban los piratas ingleses del siglo XVIII y el único fin de promover a un Gobierno más dócil a sus intereses, he decidido que ustedes merecen saber qué está pasando. Recibo cada día presiones insoportables para que renuncie a mi política, pero mis convicciones me impiden aceptarlas. En estas circunstancias, prefiero dimitir y convocar elecciones, para que los ciudadanos voten con la información suficiente sobre los factores que afectan a su presente y comprometen su futuro.

Podría haber sido un político socialista. Podría haberse llamado José Luis Rodríguez Zapatero. Podría haber optado por comportarse como una persona normal, por ser valiente, sincero. Y habría ganado las elecciones por goleada. Porque incluso yo, que nunca he votado a su partido, podría haberle votado, en esta hipótesis.

Compasión

Belén Esteban, tras su operación de cirugía estética

María Moliner la define como «sentimiento de pena provocado por el padecimiento de otros, e impulso de aliviarlo, remediarlo o evitarlo». Quizás la segunda parte de esta definición no tenga ya aplicación posible. Quizás sorprenda que aplique la primera a este juguete roto, porque se está forrando, pero lo único que le faltaba era que la desfigurara un cirujano plástico. Desde que la nariz se le ha caído hacia un lado, cada vez que la veo, por mucho que se esté forrando, se me parte el corazón.

Ella no es la única que me inspira ese sentimiento. «Princesa del pueblo» la llama la prensa de esos corazones que nunca se parten. Qué pena. Y qué pena me dan los listos, los listillos, la guapa rutilante y los que votan desde casa, comparsas todos en este linchamiento de la muñeca destripada, que compite con sus tripas porque no tiene otra cosa que ofrecer. Qué pena de pueblo capaz de entronizar unas vísceras maltrechas y confundir con el cariño el enfermizo placer de diseccionarlas con un mando a distancia.

España se vuelve cada día un poco más desagradable; la corrupción, un poco más castiza; la incultura, un poco menos grave. Todo, bajo los focos de colores y el confeti de una perpetua fiesta de Nochevieja hortera, que se pretende inocua, liviana, intrascendente. Pero es difícil dissociar los escándalos de las portadas de los diarios de «la invasión de los ultracuerpos» de piel rosa que impregna más y más páginas. Los valores imprescindibles para salir de una crisis, solidaridad, generosidad, compromiso, no florecen en

el charco de agua sucia de unas pantallas que solo alcanzan a mostrar una sociedad un poco más desestructurada cada día. ¡Guapa!, le gritan desde el público. Ella, aunque se esté forrando, tropieza, sonrío, aplaca a las fieras con su torpeza. Y yo solo siento el impulso de aliviarlo, remediarlo o evitarlo.

Rencor

Alberto Ruiz-Gallardón, cuando parecía
el relevo de Rajoy

Se levanta el telón, caen las máscaras. Por más que Rajoy permanezca ausente, y más allá de su insistencia en prorrogar los Presupuestos hasta después de las elecciones andaluzas, Soraya y Gallardón ya han asomado la oreja. En el caso del segundo, que se marchó del Ayuntamiento de Madrid haciendo un *simpa*, esto es, largándose sin pagar los 7000 millones que, con la normativa de Montoro en la mano, le habrían acarreado responsabilidades penales, el alarde exhibicionista es más llamativo. Parapetado tras el rigor carpetovetónico de Aguirre, Gallardón llevaba años haciendo de poli bueno, un papel que sus últimas propuestas han hecho pedazos.

A simple vista es lo de siempre, un ejemplo más de la técnica de la tortilla española creada en mala hora, hace más de un siglo, por Cánovas del Castillo, con quien Trillo comparó a Fraga, y con razón, hace muy poco. Cuando llego al poder, ceso a los tuyos, pongo a los míos, deshago todo lo que has hecho, y trágala, trágala... Luego, cuando vuelvas tú, pues haces lo mismo, trago yo, y tan amigos. Al fin y al cabo, la Transición no hizo otra cosa que rematar la Restauración borbónica que representó el franquismo.

Sin embargo, Gallardón aporta un rasgo novedoso. Hasta ahora, el PP se comportaba como si España fuera la finca de Cayetano, una propiedad privada, suya por la gracia de Dios. Por eso, su actitud estaba impregnada a partes iguales de desprecio y paternalismo hacia la izquierda, esa insolente advenediza que, por otra parte, gobierna con el complejo de inferioridad que

menos le conviene. Pero ahora, las cosas han cambiado. El ministro de Justicia ha resucitado un sentimiento, el rencor, que fulmina las reglas del bipartidismo convencional para retrotraernos a tiempos feroces. Por ahí ha empezado, siempre, lo peor que nos ha pasado a los españoles. Y no estoy pensando en Cánovas.

Márchense ya Alfredo Pérez Rubalcaba, tras el Debate sobre el estado de la Nación

El mundo no es justo, pero ustedes deberían saberlo mejor que nadie. Su partido se fundó para combatir, precisamente, la radical injusticia de un mundo no tan distinto a este. Si hicieran un pequeño esfuerzo por recordar sus orígenes, tal vez comprenderían mejor la realidad que les rodea.

La dimisión de Óscar López no arregla lo de Ponferrada. Lo de Ponferrada no lo arregla ni Dios, pero López tendría que haberse ido hace una semana, porque tomó una decisión monstruosamente equivocada, y eso no significa lo mismo que cometer un error. La crisis con el PSC no va a desembocar en una ruptura, pero esa crisis nunca debería haberse producido. José Blanco renunciará a su escaño si se abre un juicio oral, pero lo mejor sería que lo hubiera hecho ya.

Señor Rubalcaba, ¿es usted consciente de que sus componendas internas representan el único balón de oxígeno con el que cuentan los populares desde que estalló el caso Bárcenas? ¿Es que no se da cuenta de que su pasividad, la falta de reflejos y la catarata de desastres que caracterizan a su dirección, no hace más que abrir boquetes por los que el PP se escapa para seguir navegando con arrogancia por aguas tan turbias que en cualquier otro país augurarían un naufragio inevitable? Márchese, señor Rubalcaba, y llévase a la señora Chacón, y a todos aquellos que sustentaron los errores del último Gobierno de Zapatero. Deje paso a una dirección que tenga las manos limpias, la cabeza alta y la capacidad de acorralar sin piedad a la derecha de la

corrupción y la impunidad. De lo contrario, ninguna de sus culpas será tan grave como la de haber apuntalado en el poder a un Gobierno inmoral, promotor de políticas económicas que están arruinando a la mayoría de los ciudadanos. ¿No le parece justo? Si el mundo lo fuera, el Partido Socialista Obrero Español no habría llegado a fundarse jamás.

Suárez

Al día siguiente de la muerte de Adolfo Suárez

Creíamos que lo sabíamos todo, lo que estaba pasando, lo que había pasado, lo que iba a pasar. Arrogantes, radicales y bastante tontos, como todos los adolescentes, estrenábamos nuestra vida con una máquina de etiquetar en cada mano. En el umbral de la Transición, su gran obra, Adolfo Suárez nos parecía un facha, un franquista reciclado y culpable. Debo decir, en nuestro descargo, que no merecíamos la desinformación minuciosa, sistemática, en la que habíamos sido educados. Nuestros padres eran más viejos, pero no sabían más que nosotros.

La muerte de Suárez coincide ahora con una sistemática convulsión que parece capaz de poner fin a esa Transición que, transformada en un régimen permanente, llegó a parecer interminable. De todas las figuras implicadas en aquel proceso, él es el único que ha crecido, el único al que los manuales de historia que se estudien dentro de cincuenta años tratarán mejor que la prensa de aquella época. A cambio, la enfermedad que le apartó de la vida pública hace ya muchos años le convirtió en víctima de un destino cruel, un personaje digno de una tragedia griega.

Incapacitado por su imposibilidad para recordar, el único hombre que habría podido, y seguramente habría querido, contar toda la verdad, agonizó en las brumas de una larga desmemoria. La ausencia que, al margen de su voluntad, ha servido tanto para consolidar las presuntas virtudes de unos como para ocultar la probable responsabilidad de otros, es un eslabón más de la

maldita cadena que nos asfixia. Seguimos sin saber lo que estaba pasando, pero lo que intuimos agiganta la figura de Adolfo Suárez, el padre de la democracia española, con todos sus defectos y la indiscutible virtud de haber cumplido ya los mismos años que duró la dictadura de Franco. La insoportable adolescente que era yo entonces jamás lo habría sospechado.

Esperanza

Esperanza Aguirre, tras darse a la fuga en la Gran Vía de Madrid

«Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, / un andaluz tan claro, tan rico de aventura. / Yo canto su elegancia con palabras que gimen / y recuerdo una brisa triste por los olivos.» ¿Te suena esto, Esperanza? Son versos, son maravillosos, y son de Federico García Lorca, que fue un rojo español. El hombre que los inspiró, Ignacio Sánchez Mejías, también era español, y era torero, pero tú no le habrías gustado ni una pizca.

¡Ay, Esperanza, qué vergüenza! Ahora que se habla tanto de identidad, de nacionalidad, de la marca España, me abruma pensar que las dos somos mujeres, de la misma ciudad, incluso del mismo barrio, que las dos tenemos carné de conducir y que a las dos nos gustan los toros. Yo nunca he embestido a ninguna moto de la Policía Municipal, eso sí, nunca llevaré mechones rubios y jamás se me pasará por la cabeza que los antitaurinos —cuyas razones respeto profundamente— no merezcan ser españoles, pero nuestras coincidencias bastan para que me duela el estómago cada vez que te veo en una portada.

Y me pregunto cómo es posible que te comportes con tanta agresividad, tamaña prepotencia, y conozco la respuesta, pero sigo haciéndome preguntas. ¿Cuántas generaciones harán falta para que tus descendientes dejen de pensar que España es su propiedad privada, porque la han heredado de sus ancestros, mientras que los demás somos aquí unos pobres realquilados? «¿Y qué decir de nuestra madre España, / este país de todos los demonios, / en donde el mal gobierno, la pobreza / no son, sin más, pobreza y mal gobierno / sino un estado

místico del hombre, la absolución final de nuestra historia?» Estos versos admirables sí te sonarán porque los escribió tu tío, Jaime Gil de Biedma, y si no fuera imposible, se diría que los compuso pensando en ti. Menos mal que, frente a la brutalidad de la España inmortal, siempre nos quedará la poesía.

Epitafios

En la muerte de Emilio Botín

Lo mejor que le puede pasar a alguien en España es morir. Esta macabra sentencia se ha cumplido una vez más. Es una lástima que en un país tan marcado por la proliferación de la envidia, la malevolencia y el rencor, nadie viva para leer sus necrológicas y comprobar cómo sus virtudes personales — las mismas que nadie tuvo en cuenta a la hora de reprocharle su trayectoria profesional, sus defectos, sus errores y, llegado el caso, incluso sus problemas con la justicia— le elevan hasta el immaculado altar de los héroes. Es una lástima que, para llegar a ocuparlo, uno tenga que morir antes.

Al día siguiente de la muerte de Adolfo Suárez, todos los medios de comunicación españoles, incluidos aquellos que lanzaron campañas durísimas contra él en el peor momento de su carrera, se deshicieron en elogios de su figura. Su muerte coincidió con una crisis institucional provocada por la desconfianza de los ciudadanos en la misma democracia, pero nadie lo mencionó, como si reconocer la verdad representara una mancha en la leyenda del nuevo héroe. Con Emilio Botín ha sucedido algo semejante. Tras su muerte, el banquero más importante de España ha merecido un sinnúmero de elogios en un país destrozado por una crisis económica originada en gran medida por la fortísima inversión de dinero público que ha requerido el rescate de la banca. Este aspecto, el principal factor de la pésima imagen internacional de la marca España en la actualidad, contrasta con la insistente identificación de Botín con las virtudes de esa misma marca. Así, los silencios han llegado a ser más elogiosos que las palabras. Me pregunto cómo serán las necrológicas de Jordi Pujol. En todo caso, a los españoles nos iría mucho

mejor si nos dedicáramos a juzgar a los vivos en lugar de empeñarnos en
inmortalizar a los difuntos.

Pirro

Susana Díaz, tras su victoria en las primarias del PSOE

Otra victoria como esta y volveré solo a casa.

Pirro, rey del Epiro, no era un general cualquiera. Cuando pronunció estas palabras, en el año 275 antes de Cristo, era ya uno de los mejores estrategas militares de la Edad Antigua. Esa condición le permitió apreciar con claridad las consecuencias de la batalla de Benevento, donde logró hacer retroceder a las legiones de la República de Roma solo a costa de perder a sus mejores hombres. Sus enemigos habían aprendido a detener a los elefantes, arma decisiva en muchos de sus triunfos, con flechas incendiarias. Al comprobar que los animales, desorientados y furiosos, aplastaban tanto a sus propios soldados como a los del enemigo, Pirro decidió retirarse y regresar al Epiro con lo que quedaba de su ejército. Eligió salvar a sus propios hombres al precio de abandonar a sus aliados, aunque esto implicara dejar la Magna Grecia en manos de unos enemigos, los romanos, que jamás habían logrado derrotarle en el campo de batalla. Luego la posteridad fue injusta con él. Su memoria pervive en una expresión —victoria pírrica— que antepone los costes de su último triunfo, un desastre del que no fue culpable, a los motivos que justificaron su retirada.

A lo largo de la Historia, antes y después de Pirro, innumerables generales, con muchos menos laureles que los que llegaron a acumularse sobre la cabeza del rey del Epiro, han escogido el camino de su gloria personal por encima de cualquier otra consideración, invocando sus éxitos pasados para

obligar a sus tropas a combatir hasta la extenuación, sin calcular las consecuencias.

No sé si Susana Díaz conoce esta historia. Debería tenerla en cuenta porque yo diría que, después de otra victoria como esta, igual le toca volverse sola a casa.

Pioneros

Pedro Sánchez, diez días después de
formar Gobierno

Ya se sabe que la mejor arma electoral posible es el Gobierno. Y que ochenta y cuatro diputados son muy pocos. Y que Sánchez perderá más votaciones en el Congreso de las que a él y a mí nos gustaría. Y que la mayoría popular en el Senado le hará la vida imposible. Pero ni siquiera eso puede empañar lo que han significado dos semanas escasas de un Gobierno socialista que ha restaurado la sanidad universal, ha acogido a los refugiados del *Aquarius* y ha prometido, entre otras cosas, eliminar las concertinas, rebajar el IVA cultural, derogar los aspectos más lesivos de la reforma laboral, suprimir las medallas de los torturadores franquistas y ajustar las pensiones al IPC.

Porque el Gobierno podrá hacer todo lo que se propone o no, pero al anunciar estas reformas no se ha hundido la Bolsa, ni se han reído en Bruselas, ni el BCE lo ha sancionado, ni la patronal está en pie de guerra. Al contrario, nos hemos enterado de que la Guardia Civil es muy partidaria de eliminar las concertinas.

Más allá de la flagrante evidencia de que los recortes del PP se basaban en una agenda política privatizadora y neoliberal, y no en una necesidad imprescindible para nuestra supervivencia, la satisfacción que me inspiran estas medidas viene envuelta en una amarga nostalgia anticipada. Ojalá me equivoque, pero entre las anomalías de la democracia española está la maldición de los pioneros, obligados una y otra vez a subir siempre la misma cuesta, como si el progreso estuviera condenado a permanecer eternamente en

estado gaseoso, sin conquistar jamás la solidez.

Para la normalización de nuestro país es imprescindible una derecha democrática y responsable, que renuncie al revanchismo. El problema es que no se divisa ninguna en el horizonte.

Los derechos se defienden en la calle

¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo? — entonces, de propina, también me tocaba a mí la bronca correspondiente—. ¡No quiero política en mi casa! El que quiera hacer política, que se vaya a la calle. ¡A la calle, que es la casa de los muertos de hambre!

Almudena Grandes,
Las tres bodas de Manolita

El progreso

El derecho al aborto, siempre en peligro

El progreso no es una línea recta, sino un milagro frágil, improbable en países de historia difícil, como el nuestro. Es necesaria la voluntad de mucha gente, una perseverancia fronteriza con la rabia, para arrancar de la oscura inercia de la tradición conquistas revolucionarias, que pueden desmoronarse en un instante. Pero cuando este proceso describe siempre la misma parábola de ida y vuelta, las explicaciones sencillas no bastan. La huelga que han mantenido durante una semana las clínicas que practican la interrupción voluntaria del embarazo en la estricta observancia y bajo el teórico amparo de la ley, ofrece un buen ejemplo. Por más que algunos Gobiernos autónomos se constituyan en brazo armado de los pulpitos de la caverna, el PP no ha incluido la ilegalización del aborto en su programa electoral. El postergamiento indefinido de una ley de plazos es otro hecho lamentable, pero no relevante, porque tampoco solucionaría el problema por sí sola.

Lo que de verdad importa es que en España no se cumple la ley, que nuestro Estado de derecho no garantiza el ejercicio de determinados derechos a todos sus ciudadanos. Y no sé si eso es más triste que el procedimiento que lo consiente, las empresas privadas que funcionan como una válvula de escape que exonera a los poderes públicos del deber esencial de asegurar una atención igualitaria y universal. Quizás alguien se sorprenda de que no escriba en femenino, pero la defensa de los espacios públicos no es una cuestión de género, sino el único horizonte sólido del que disponemos hoy los hombres y mujeres que seguimos aspirando al frágil milagro del progreso. Ojalá todas las clínicas privadas cierren sus puertas para siempre algún día. Pero mientras

sigan siendo la coartada de un Estado que no asume sus responsabilidades, lo mínimo que deberían recibir a cambio es respeto.

La historia

Indolencia con el fascismo en el horizonte

Los viejos luchadores llevan mucho tiempo advirtiéndolo: los derechos que no se defienden, se pierden. Los sindicalistas veteranos, los militantes históricos, hombres y mujeres que saben de lo que hablan, porque vivieron bajo una bota que pisoteó los derechos civiles, los derechos laborales, los derechos políticos que hoy disfrutamos solo porque ellos tuvieron el empeño y el coraje de conquistarlos uno por uno, llevan mucho tiempo recordando que nadie regala nada. Nunca. Pero... ¿Quién les va a hacer caso, si no han querido enterarse todavía de que la Historia se ha acabado, de que las ideologías han muerto, de que en la era del desarrollo tecnológico todos vamos a trabajar desde casa, en pijama y a ratos perdidos?

Primero fue el referéndum de Suiza, manos oscuras y amarillas tratando de robar pasaportes rojos con una cruz blanca en los carteles del partido promotor de la consulta, una imagen nauseabunda y estilizadísima, en la más pura estética fascista de 1930. Luego, tras la toma de posesión del alcalde de Roma, brazos estirados, palmas alzadas sin complejos, llegaron la solución final de Berlusconi para la cuestión gitana y la directriz europea sobre inmigración. Nadie regala nada. Nunca. A nadie. Por eso, la indolente pasividad de los europeos satisfechos de sí mismos ha incentivado la imaginación de los explotadores, y ahora tenemos por delante la semana laboral de sesenta horas. A lo peor, de sesenta y cinco.

Recuerdo *I Compagni*, la amarga y emocionante película de Monicelli,

donde, a finales del siglo XIX, los obreros de una fábrica de Turín emprendían una huelga larga y extenuante para exigir la jornada de trece horas. Puede que, dentro de poco, sus bisnietos estén trabajando doce por no haber encontrado nunca motivos para protestar por nada. Y menos mal que la Historia se ha acabado. De lo contrario, no sé qué sería de nosotros.

Pecado

La demanda social sirve para hacer trampas

De plástico. Así me he quedado al leer que María Dolores de Cospedal justifica la oposición del PP a la reforma de la ley del aborto alegando que solo se puede abordar una modificación «siempre que exista una auténtica demanda social», es decir, dando por sentado que no existe. Y yo me pregunto... ¿Dónde vive esta señora? ¿Cómo es posible que no se haya enterado aún de que la ley de plazos es una exigencia más antigua que la redacción de una ley que resultó decepcionante porque limitó el derecho al aborto a tres supuestos tan eufemísticos como, para decir toda la verdad, tramposos? ¿Practica la hipocresía política por gusto, o cree sinceramente que el programa de su partido refleja la realidad?

Yo le pediría a la señora Cospedal que aplicara a este tema el mismo criterio que ha escogido para explicar su postura sobre esa asignatura maldita que nos va a mandar a la inmensa mayoría de los padres españoles derechos al infierno. Porque frente a las ridículas, casi patéticas, estadísticas de objetores a Educación para la Ciudadanía que han publicado algunas comunidades autónomas, y que en total no suman ni siquiera cincuenta alumnos, resulta que la demanda social no sirve como argumento. En los asuntos del alma, ya se sabe, cualquier cautela es poca, y por eso, la secretaria general del PP las ha obviado para cargar contra la asignatura con munición exclusivamente ideológica, insistiendo en que adoctrina en lugar de educar.

Es posible que la insistencia en el concepto de doctrina, en un país donde

hace treinta años no existía ni siquiera la oportunidad de recibir una educación laica, ofenda todavía a mucha gente, pero a mí me ofende más que me traten como si fuera tonta. No lo vuelva a hacer, señora Cospedal. La próxima vez, diga que se opone a una ley de plazos porque abortar es pecado, y yo se lo agradeceré de corazón.

Crisis

Tras la condena a Luis García Montero por injurias

A este paso, llegará un momento en que los españoles que quieran mantenerse dentro de la ley tengan que aprender a vivir lejos de los jueces. Es un pensamiento brillante, pero no es mío. No tengo la cabeza para ideas brillantes, y sin embargo la tengo llena de palabras, tantas que podrían llenar un diccionario, algunas calientes, capaces de arder, otras templadas, meditadas, todas valiosas, imprescindibles las que cortan el aire como un cuchillo y las que acarician la piel igual que un beso. Por eso, de entrada, gracias a todos. A los conocidos y a los desconocidos. A los viejos amigos, a los amigos recientes y a los que están por venir. Gracias de corazón, por ser tantos, y por ser tanto.

Los sabios dicen que las personas optimistas viven más tiempo. Quizás tengan razón, pero yo, que soy la más optimista que conozco, les puedo asegurar que esa longevidad solo se logra gracias a una interminable sucesión de bofetadas. Los optimistas, especialmente los que aspiramos a vivir dentro de la ley, manteniendo la fe en las instituciones que regulan la convivencia, que garantizan la justicia y los derechos de los ciudadanos, estamos abocados en los últimos tiempos a la crisis personal, un sentimiento de indefensión e incertidumbre, de rabia y soledad, que es el único lugar donde se aprende el verdadero valor de la palabra «solidaridad».

Desde mi pequeña crisis individual, solo lamento que la solidaridad no resulte eficaz para contrarrestar los efectos de la gran crisis universal,

generada por la insolidaridad de los más ricos. De lo contrario, tal vez la justicia podría ocuparse de reparar las injusticias, más allá de los juzgados, donde no hace mucho se defendía la libertad de opinión y ahora se opina sobre la libertad, una involución que apenas nos deja el consuelo de que ser condenado en España haya dejado de ser una infamia.

Víctima

Esperanza Aguirre solicita nuestra compasión

Esperanza Aguirre se considera la principal víctima de la trama parapolicial, presuntamente sostenida con fondos públicos, que, al parecer, ha espiado durante años a personalidades del PP, del Ayuntamiento de Madrid y de su propio Gobierno. Estoy segura de que no se refiere a los dossiers que circulan a su alrededor en todas direcciones, porque ella es de los pocos notables de su entorno del que no ha aparecido ninguno, pero sus palabras evocan en mí a otras víctimas.

Pienso en el doctor Montes, en sus colaboradores, en los equipos de cuidados paliativos de Leganés y otros hospitales, en los madrileños que podrían haber tenido una buena muerte que les fue negada, y en los familiares que les vieron morir con dolor. Pienso en los trabajadores y usuarios de una sanidad pública despreciada, maltratada y en vías de desmantelamiento, en los representantes sindicales difamados como delincuentes, en el triste final de la clínica Puerta de Hierro, en los pingües beneficios de las multinacionales sanitarias. Y en el abandono de la educación, en las guarderías inexistentes, en el colegio construido en El Álamo con dinero de todos y privatizado después a traición, en la caída de la inversión en los centros públicos, en el trato de favor que las juntas de escolarización deparan a los concertados, en los fondos que no llegan a las universidades, en el campo de golf que se alza donde los niños de Chamberí pedían instalaciones deportivas. Y, para ser sincera, también pienso en mí.

Pienso en mí, y en los millones de madrileños que ganamos por la izquierda las autonómicas de 2003, para que Aguirre recuperara el poder gracias a un procedimiento tan irregular que se diría digno de varios dossiers. En Madrid sobran víctimas. Hay tantas que nuestra presidenta se merece, con creces, el puesto de honor que reivindica. No nos caerá esa breva.

Libertad

Segregación por sexos en colegios concertados

Celia Villalobos exhortó la semana pasada a la unidad del PP, argumentando que «con las cosas de comer no se juega». Tiene toda la razón y por eso, aunque las imágenes que la cúpula de Génova nos ha regalado últimamente son una tentación para cualquier lector de novelas —¡cuánta Dueña Dolorida, cuánto Bartleby, cuántos Estupiñás y cuántas Bringas en tan poco espacio!—, prefiero ocuparme de una noticia importante que ha pasado casi desapercibida. Una cosa de comer hoy, y sobre todo, de comer mañana.

Respeto. Igualitarismo. Dignidad. Sentido de la equidad. Solidaridad. Compañerismo. Naturalidad. Habilidades sociales. Entropía. Conciencia del cuerpo. Conciencia del cuerpo del otro. Educación cívica. Educación sexual. Educación física. Comprensión. Tolerancia. Capacidad para apreciar las diferencias y para valorar las similitudes. Un conocimiento más profundo de la estructura de la sociedad. Una profundización de los valores democráticos. Una democratización de la vida escolar. Libertad para elegir, para decidir, para aprender a cocinar o a jugar al fútbol. Libertad... Hasta aquí, solo algunas de las ventajas de la coeducación.

Los responsables del centro concertado de Salamanca que pretende separar niños y niñas dicen que ellas son más listas y solo pretenden mejorar el rendimiento de todos. Como el Supremo dictaminó que segregar por sexos no es ilegal, la Consejería de Educación está dispuesta a respetar la «libertad de elección de los padres». Y ya sé que, con la que está cayendo, esto parece

una nadería. Pero el PP se hundirá, se escindirá, se refundará, o se enfangará aún más en el vicio de su autocomplacencia, y, cuando nadie se acuerde de Correa, esgrimir la palabra «libertad» contra la posibilidad de educarse en igualdad seguirá siendo uno de los atentados más graves que pueden infligirse a la propia libertad.

Llaves

El pueblo saharauí, abandonado a su suerte

España es el país de las llaves perdidas. En 1492, los judíos abandonaron Sefarad llevándose las llaves de sus casas, que siguen colgadas hoy en las paredes de hogares de medio mundo. Los moriscos multiplicaron después el número de llaves de Al-Ándalus, símbolos de amor, y de nostalgia, que no volverían a encajar nunca en cerradura alguna. En los años setenta del siglo pasado, regresaron otras muchas llaves, preciosas e inútiles, en manos de los hijos, los nietos de los republicanos que se las llevaron consigo al exilio. Entonces, los saharauis, abandonados por un Estado que tenía la obligación de defenderlos, cerraron sus casas.

Ellos también han conservado las llaves en su largo y tristísimo exilio argelino. Hasta si no hubieran aprendido a recitar a Lope y a Quevedo en la escuela, si aquí no recordáramos perfectamente a los procuradores por el Sáhara Occidental que se sentaban en las Cortes de Franco, ellas bastarían para establecer la tradición a la que pertenecen. El Derecho Internacional, esa goma elástica que se contrae y se dilata al capricho de los poderosos, ampararía incluso que, como ciudadanos de una colonia cuyo destino no se ha resuelto aún de acuerdo con las recomendaciones de la ONU, los saharauis pudieran seguir considerándose españoles. En los campamentos de Tinduf, esas llaves nos llaman por nuestro nombre, y nos cubren de vergüenza. Más allá de la injusticia, de la intolerable agresividad marroquí, de sus políticas de segregación y de los intereses económicos que puedan estar en juego, pesa el

sonrojo, la abrumadora carga de una culpabilidad objetiva que la diplomacia española pretende resolver mirando amablemente hacia otro lado. Cada vez que veo la sonrisa congelada de la ministra de Exteriores, me pregunto cómo puede seguir teniendo la cara en su sitio, y todavía no he encontrado ninguna respuesta.

Creo

Porque una vez creímos en el futuro del 15-M

Creo que todavía existe una oportunidad. No es la primera pero, por desgracia, sí puede ser la última en mucho tiempo.

Creo que quienes confían en que el 15-M evolucione por sí solo, desde su actual estructura asamblearia, hasta la constitución de una fuerza estable y capaz de influir decisivamente en la realidad inmediata, se equivocan. Creo que quienes reducen la rebelión de la IU extremeña a sus aspectos disciplinarios o su impacto electoral, también se equivocan. Creo que quienes piensan que lo que vivimos es otra crisis económica, y que aguantando el chaparrón, mañana será otro día, están muy equivocados, pero no tanto como quienes opinan que no hay prisa, que les sobra tiempo para mover ficha.

Creo que los jóvenes no gritan en la calle para divertirse. Creo que si no se reconocen en las voces que pretenden hablar en su nombre, es porque ni confían en ellas, ni les gusta lo que dicen. Creo que solo se pudre lo que está muerto. Creo que no vivimos una crisis económica, sino un proceso sistemático de destrucción del Estado de bienestar. Creo que la ausencia de oposición contribuirá a acelerar y endurecer ese proceso. Creo que si la izquierda no es capaz de interpretar los signos que la interpelan con una insistencia digna del Apocalipsis, el único horizonte al que podrán aspirar sus dirigentes será una jubilación muy poco digna. Creo que si no somos capaces de crear ahora una opción nueva, un lenguaje nuevo, una nueva manera de combatir con nuevas armas a nuevos enemigos, nuestra generación ya nunca lo

hará. Creo que si una suma de pequeñas ambiciones e intereses personales hace inviable un proyecto común, los responsables habrán trabajado para que, dentro de cuatro años, la dictadura financiera sea más fuerte y el 15-M, solo un recuerdo emocionante.

Tal vez esté equivocada pero, hoy por hoy, esto es lo que creo.

¡Aleluya!

La solución de la crisis consiste en empobrecer a los más pobres

Mariano ha hablado. Tras este titular, grave e intenso como el humo que anuncia la elección de un nuevo sumo pontífice, sus declaraciones han sido contundentes: la cosa está difícil. ¡Aleluya!, habrá exclamado en su casa cada uno de los cinco millones de españoles en paro, menos mal que me lo explica alguien, porque no me había enterado, la verdad...

Humo sobre humo, humo tras el humo, y solo humo, Mariano sigue siendo más elocuente en sus silencios que en sus palabras, pero otros hablan por él. Para decirnos, por ejemplo, que la solución de la crisis consiste en que, a lo largo de 2012, los españoles perdamos un 15 por ciento de poder adquisitivo. Es decir, que solo siendo un 15 por ciento más pobres podremos empezar a dejar de ser pobres. Esto no es un enigma para imbéciles, dicen, sino la única solución realista para un país que ha vivido por encima de sus posibilidades.

Esta mentira avala el silencio de Mariano. La verdad es que los españoles no han vivido ni por encima ni por debajo, sino al nivel de las posibilidades que el director de su banco les otorgaba mientras les daba créditos a troche y moche, unas posibilidades infinitas porque se edificaba hasta el último palmo y el precio de los inmuebles subía como la espuma. Decir lo contrario es pretender que los culpables de esta crisis sean sus víctimas y, en consecuencia, las víctimas los culpables. Pero Mariano ha dicho también, ahora que ya no conviene seguir culpando de todo a Zapatero, que no es un problema exclusivo de España. ¡Aleluya!, exclamemos todos de nuevo. La

banca alemana, sin ir más lejos, se forró con la burbuja de la deuda griega, y ahora la ruina de los griegos es la única solución para que no pierda un céntimo de lo que ganó con su especulación. Esa es la verdad que Mariano nunca dirá, así que, bien mirado, es mejor que no hable. Está, incluso, más guapo callado.

Ahorrador

Un empresario modélico

El cambio de Gobierno ha repercutido también en el vocabulario de la crisis. «Despilfarro» se ha convertido en uno de los términos más populares y entrañables entre nuestros cargos públicos. Funciona, eso sí, como un anatema autosuficiente, sin engorrosas oraciones subordinadas que, de lo contrario, lo identificarían con el esfuerzo del Estado para sostener los servicios públicos, dependencia, educación, sanidad. Voy a pasar por alto estas menudencias, para contar la historia de un ejemplar empresario español.

¿Quieren saber ustedes lo que es ahorrar? Este señor tiene una empresa de construcción que contrata, preferiblemente, a inmigrantes del Este de Europa. Como, aparte de ahorrador, es muy emprendedor, su empresa ofrece servicios de vigilancia para cubrir los fines de semana en almacenes de materiales y obras suyas, o de la competencia. ¿Genera, por tanto, riqueza, ilusión, puestos de trabajo? Yo diría que no, porque sus trabajadores se ven obligados a trabajar los siete días de la semana, como obreros de lunes a viernes, como vigilantes sábados y domingos. ¿Por qué? Porque si no, se van a la calle. ¿Este extenuante, e ilegal, ritmo de trabajo enriquece al menos a sus víctimas? Tampoco, porque les paga la mitad del sueldo, cuatro horas en lugar de ocho, y los fines de semana al mismo precio que los días laborables. ¿Por qué? Porque si no, se van a la calle.

Les prometo con la mano en la Constitución que esta historia no me la he inventado yo. No puedo escribir aquí, sin embargo, el nombre de este modélico empresario, porque la chica rumana que me contó en qué condiciones trabajaba su novio no quiso decírmelo. ¿Por qué? Porque temía

que si yo lo publicaba, él se fuera a la calle. Pero espero que, hasta sin ese dato, los enemigos del despilfarro se hayan emocionado con su ejemplo. Desde luego, no se puede pedir más.

¿Por qué? Recortes y manifestantes, este conflicto se resuelve a porrazo limpio

Un despropósito detrás de otro. La reforma laboral es imprescindible. La reforma laboral no creará empleo. Las calles llenas de gente. No se puede decir que las manifestaciones hayan sido un éxito. Los recortes en educación no afectan a la calidad de la enseñanza pública. Los alumnos de los institutos van a clase con una manta porque en sus aulas no hay calefacción. La CEOE afirma que el Gobierno va por el buen camino. Uno de sus dirigentes especifica algo más, al exigir que se prive de la prestación por desempleo a los parados que rechacen una oferta de trabajo, aquí o en Laponia. Cospedal afirma que el PP ha obtenido un amplio apoyo para hacer reformas. Las reformas promovidas por el Gobierno no figuraban en el programa del PP. Parecía un chiste, hasta que dejó de serlo.

La policía carga contra los estudiantes de Secundaria que se manifiestan en favor de sus derechos. El jefe superior de Policía de Valencia afirma que los estudiantes de Secundaria son el enemigo. Los antidisturbios aporrean a un señor con un jersey rojo, a un chico con rastas que sangra por la nariz, a otra chica con mochila y una cazadora negra. El Gobierno empieza lamentando los excesos policiales para terminar acusando al PSOE de amparar a peligrosos activistas antisistema que se dedican a provocar a la autoridad. Y ya no tiene ni pizca de gracia. Todavía tendrá menos la próxima vez, cuando la policía se sienta provocada por los fotógrafos y las cámaras de televisión que se han empeñado en alarmar a la opinión pública mostrando a un señor con un jersey

rojo, a un chico con rastas, a una chica con una mochila, recibiendo porrazos en el suelo.

¿Por qué hacen esto? Porque no pueden cumplir lo que han prometido. Mientras estrenamos otra recesión, no hace falta tener el ingenio de Santiago Segura para explicar cómo funcionan las cosas en este país.

Cerillas y dinamita

Más recortes, más protestas, más porrazos

A primera vista, existen motivos para preocuparse. La obsesión del Gobierno de España por el ejercicio de los derechos civiles de la ciudadanía proyecta sombras oscuras, y alargadas, sobre la paz social. El ostentoso despliegue policial que tomó Barcelona la semana pasada, los controles de la Jonquera, las advertencias, progresivamente asimilables a amenazas, que profieren diversos ministros ante cada nueva convocatoria de movilización contra los recortes semanales de Rajoy y el intento de criminalizar la actividad sindical que absorbe por igual al poder y a sus portavoces mediáticos, dibujan un panorama aún más negro por bien conocido.

Si la herencia genética de la izquierda española es la desunión, lo que está haciendo el PP es reivindicar con orgullo el gen tradicional de la derecha. Desde siempre, cuando un Gobierno conservador ha tenido dificultades en España, ha intentado salir del atolladero tocando la pandereta, cortejando a la Caverna inmortal y echándose al monte con un trabuco entre las manos. Se trata, en otras palabras, de ejercer la oposición desde el poder, de sembrar la crispación y la radicalización desde unas instituciones cuya principal función es prevenirlas.

Pero no se equivoquen. Fernández Díaz no estaba deseando llegar al Ministerio del Interior para que la policía cargue contra los madridistas en Cibeles y detenga en la frontera a activistas antisistema. Lo que pasa es mucho peor. Se trata de echar balones fuera, de ganar tiempo, de distraer a la opinión

pública, aun a costa de hacer experimentos con cerillas y dinamita, de la verdadera angustia de un Gobierno desfondado, que en unos pocos meses ha agotado todas sus ideas, sus recursos, y que no sabe qué hacer. Por eso, si lo piensan dos veces, se darán cuenta de que hay muchos más motivos para preocuparse de lo que parece a primera vista.

Los sentimientos ¡Atención!: material inflamable

Son muy complejos. Todos los seres humanos tenemos, pero al enarbolar los propios, a menudo olvidamos que los demás también sienten. Aun así, hasta cuando invaden territorios ajenos, incluso si sostienen posiciones que no comparto, los sentimientos me parecen respetables, porque forman parte de la naturaleza humana. Pero eso es una cosa y otra, muy distinta, la manipulación sentimental de las bajas pasiones —también humanas, pero nada respetables— con el fin de obtener ventajas espurias.

La carta en la que cuatro eurodiputados catalanes han denunciado la amenaza de una invasión militar de Cataluña, representa un ejemplo notable, y muy torpe por cierto, de esa clase de estrategias. En nombre de los sentimientos, esa vuelta de tuerca excesiva, superflua y, sobre todo, ficticia, ha puesto de manifiesto la calaña de unos propósitos que no tienen nada que ver con los latidos del corazón. Oportunismo, electoralismo, victimismo, histrionismo, cálculo, propaganda. El líder del PSC ha descalificado la iniciativa alegando que arroja más tensión sobre una sociedad demasiado tensionada, pero en mi opinión ha sucedido todo lo contrario. Quien es capaz de malbaratar sus propios sentimientos, de manipularlos a favor de su ambición política, solo destensa, desinfla, pincha una burbuja. Y se arriesga a que los demás sospechen que dentro no hay nada más que aire, aunque no sea verdad.

En este escenario, los estudiantes de la Pompeu Fabra que han abucheado al *conseller* de Economía de la Generalitat ofrecen un contrapunto interesante. Porque también tienen sentimientos, un futuro amenazado por la subida de las

tasas, del transporte, del IVA, por los recortes en profesorado, en instalaciones, en programas académicos, y la amargura de que nadie mueva un dedo a su favor. Si llega el momento de elegir, yo preferiría federarme con ellos.

Identidad

¿A quién le importa la crisis?

Al principio, pensé que era un caso de pura desfachatez. El ministro de Justicia le explicaba a un reportero de *El Intermedio* que el Gobierno no podía, aunque quisiera, aprobar la dación en pago de los inmuebles hipotecados porque era imprescindible que siguiera fluyendo el crédito. ¿Qué crédito?, me pregunté, ¿si lo único que fluye es el dinero que reciben con intereses irrisorios, de incluso el 0 por ciento, los bancos que echan cada día a la calle a más de quinientas familias que ya no pueden pagar la hipoteca que ellos mismos les concedieron para que vivieran al nivel de sus posibilidades?

Luego llegó Báñez con los brotes verdes y creí que era más grave. Pero un amable contertulio de una emisora que nunca habría escogido me explicó mientras iba en taxi que la ministra tenía razón. Si en España sobran 800.000 funcionarios, decía, y ya nos hemos quitado de encima a 200.000, hay razones para el optimismo. Entonces, antes incluso de que Rajoy anunciara el fin de la crisis, empecé a dudar de la naturaleza de un problema que tal vez no estuviera en ellos, sino en mi percepción de la realidad.

El miércoles pasado, presenté a Joan Herrera en un desayuno con políticos y periodistas en Madrid, y mi crisis sensorial llegó a su cenit. A pesar de que el candidato de ICV habló sobre todo de recortes, del desmantelamiento del Estado del bienestar y del sufrimiento de la gente, las preguntas que recibió giraron en torno a la famosa independencia. Me dieron ganas de felicitar a los asistentes, porque a ninguno deben de haberle recortado el sueldo, ni tiene hijos en paro, ni paga por los medicamentos, ni conoce los dramas que me estremecen todos los días. Pero después de tanto hablar de identidad, la mía

empezó a absorber toda mi atención. Desde entonces, estoy en vilo. ¿En qué país vivo yo? Si alguien lo sabe, que me lo diga, por favor.

Línea roja

Una huelga contra la banalidad del mal

Los abanderados del sufrimiento inexorable han sufrido su primera gran derrota. Durante la pasada legislatura dos formaciones políticas, ICV y BNG, intentaron impulsar en el Parlamento una reforma de la ley hipotecaria que permitiera la dación en pago. El Gobierno del PSOE rechazó ambas, en ambos casos con el apoyo del PP. Que los dos partidos mayoritarios escenifiquen ahora su comprensión y solidaridad hacia las víctimas del capítulo más sangrante del monumental escándalo de la banca española, es un triunfo de la calle. Los «antisistema», los «perroflautas», los «golpistas» y demás manifestantes, descritos como poco menos que terroristas en las tertulias del TDT *Party*, apoyados tan solo por la no menos denostada izquierda y los aún más anatemizados sindicatos, han logrado primero llamar la atención de los jueces y después, que los servidores de los intereses de los mercados —esto es, el Gobierno español— agachen la cabeza.

Esta victoria demuestra que la movilización es útil, y esa es una buena noticia, porque nunca ha hecho tanta falta como ahora. La «línea roja», esa teórica frontera de los abismos infranqueables, está ya a nuestra espalda. Las reformas emprendidas por el Gobierno Rajoy han degradado las condiciones de vida de los españoles hasta sumir en la pobreza a un porcentaje vergonzoso de la población. La reforma laboral, por su parte, constituye un ejemplo de mal banal, una agresión feroz a la dignidad de los trabajadores que no ha servido absolutamente para nada más. Cada viernes, nos encontramos con que los derechos civiles y laborales consagrados por la Constitución han sido suspendidos por decreto. ¿Qué nos queda? La calle para correr.

El 14 de noviembre tendrá lugar la huelga general más justificada y razonable de la historia de nuestra democracia. Es necesaria. Y, si ustedes la apoyan, será útil.

Feliz Navidad

Cuando la única esperanza era una ostra tóxica

A los que luchan por la dignidad de todos. A los huelguistas de la sanidad pública, a los combatientes de la marea verde, a los investigadores y científicos que no quieren emigrar, a los trabajadores de Canal Nou, a los de Telemadrid, a todos los periodistas que no han renunciado a su oficio, a los voluntarios que paran los desahucios, a los jueces que se niegan a que la justicia se convierta en un privilegio, a los farmacéuticos que se saltan la ley a la torera, a los que trabajan gratis en cualquier sector para mantener en pie los servicios que este Gobierno está arrebatando a los ciudadanos cuyos intereses debería proteger, a los que se movilizan, a los que se indignan, a los que protestan por ellos y por los demás.

A los pequeños héroes de la vida cotidiana. A los pensionistas que mantienen a sus hijos en paro con una pensión raquítica. A los abuelos que esta noche cenarán una tortilla francesa para que sus nietos no se queden sin juguetes. A las cocineras que harán milagros con el dinero que hace poco se gastaban solo en turrón. A los que cantan y bailan con un sapo atravesado en la garganta. A los que van a contribuir a encender las luces de sus casas con la miseria que cobrarán el 8 de enero por veinte días de trabajo temporal, sirviendo mesas o empaquetando regalos. A los que recuerdan navidades mucho más pobres, y se extrañan de que estas nos den tanto miedo.

A los que lo están pasando mal. A los que no tienen trabajo, a los que no ven la luz, a quienes no duermen por las noches, a quienes sienten que les han

robado el futuro. A todos ellos, cualquiera que sea el significado de esas palabras en este año maldito, feliz Navidad. A los demás, no. A los culpables, a los corruptos, a los indiferentes, a los insolidarios, a los mentirosos, lo único que les deseo es que se intoxiquen con una ostra justiciera. Ojalá.

Dos Españas

Los culpables de los problemas se ofrecen para solucionarlos

Nunca he creído que sobrevivieran a la muerte de Franco. La España democrática es una y son muchas, ni más ni menos que otras naciones europeas. Eso creía, y sin embargo ya no estoy tan segura, aunque si han vuelto a existir dos Españas, son desde luego nuevas, distintas de las tradicionales. Jamás, en nuestra historia reciente, ha sido tan necesario oponer el progreso a la reacción, pero por desgracia ya no se trata de eso, sino de algo que quizás parezca menos grave y puede resultar más peligroso. Porque el factor que hoy divide a España en dos es, simplemente, la realidad.

Si nuestro país fuera una persona, sus familiares intentarían llevarla a un psicoterapeuta que le ayudara a discriminar entre sus fantasías y su situación objetiva. Y no me refiero solo al debate parlamentario, ese triunfalismo de Rajoy que Bárcenas ha derribado de un soplo, igual que el lobo destrozó la casa del cerdito holgazán. Vivimos en un país donde, en general, los gobernantes corruptos proponen ambiciosos programas contra la corrupción, los creadores de leyes injustas piden que se apliquen con justicia, y los impulsores de delitos se apresuran a acudir a un juzgado para denunciarlos.

Mientras los responsables de los problemas se ofrecen gustosos para solucionar el problema que ellos mismos constituyen, sus víctimas sufren. Cuando alguien se atreve a decirlo en voz alta, se convierte en un populista, sinvergüenza, que está en política para ver si le cae un sobre o vive de las subvenciones y pretende encima cobrar por su trabajo. Observar la realidad se

ha convertido en una provocación, una agresión al poder que no solo se considera legitimado para ignorar lo que pasa, sino para criminalizar a quien intenta contárselo. Así, antes de que la mate la corrupción, la democracia española morirá de irrealidad, y nadie tendrá dinero para enterrarla.

El futuro

La ultraderecha enseña la oreja por primera vez

Bárceñas podría cobrar el paro. Los Urdangarin no tienen dinero para pagar la hipoteca. Corinna suplica nuestra comprensión por haber triunfado en un mundo de hombres. Navarro propone que el Príncipe lidere otra transición antes de votar a favor del plan de Mas. Cantó insulta a las mujeres maltratadas y sigue siendo portavoz en la comisión de Igualdad. Rubalcaba deja que su partido se pudra. Rajoy deja que se pudran el suyo, su Gobierno y el país. E Izquierda Unida, a la cabeza de los damnificados por la ley electoral, es como mi Atleti, ¡oé! Cuando saca la cabeza parece que molesta, y hasta inspira hostilidad por atreverse a estropear el gran duelo mediático entre los dos grandes.

Cada país tiene su propia tradición y en la nuestra nunca ha cabido un Partido Radical a la italiana. No surgirá por tanto ningún Beppe Grillo, pero podemos tener algo peor. La insólita tolerancia mostrada por el Estado hacia una organización de extrema derecha, como Manos Limpias, podría desarrollar, por ejemplo, notables consecuencias. Si el sistema judicial consintió que una asociación que sería ilegal en cualquier otro país de nuestro entorno demandara a un juez, si sigue consintiendo que ejerza la acusación particular contra el yerno del Rey, ¿a quién le extrañaría que se presentaran, cargados de medallas, a las próximas elecciones? ¿No trabaja el asesino de Yolanda González para las Fuerzas de Seguridad del Estado? La extrema derecha sí es una esencia, y muy castiza por cierto, de la tradición política

española.

Esto es solo una hipótesis, una pesadilla que me ha asaltado en los últimos días, pero si llegara a consumarse, ¿quiénes serían los culpables? ¿Los parados, los desahuciados, los trabajadores precarios, los estafados por las preferentes? Si no es mucho pedir, les ruego que vuelvan a leer el primer párrafo antes de contestar.

Una sugerencia

Propuesta para modernizar la lucha sindical

A menudo solo apreciamos las cosas cuando las perdemos. En plena crisis de todos los sistemas, con recortes salvajes en los servicios públicos, empleos de ínfima calidad y jóvenes sin futuro, los sindicatos han vuelto a celebrar el 1 de Mayo. Haciendo frente a una campaña de desprestigio a la que no se le ve el fin, asumiendo los errores que les han costado el favor de muchos ciudadanos y la parte que les toca de la desafección general hacia las instituciones, han vuelto a sacar sus banderas a la calle.

Su tenacidad es admirable, pero las viejas fórmulas que se repiten año tras año parecen cada vez más ineficaces, quizás porque nos hallamos en una situación que nunca hemos vivido antes. Las manifestaciones de fuerza, las huelgas, los boicots, surgieron como armas poderosas contra los abusos del capitalismo tradicional, basado en la propiedad de los medios de producción, pero ahora la economía productiva no es la más importante. Han sido los abusos de la economía especulativa los que nos han arruinado, y si los sindicatos no desarrollan instrumentos eficaces para moderar sus excesos, llegará un 1 de Mayo sin banderas en la calle.

No me gustaría verlo, ni asistir al momento en que la gente que ahora los denigra, empiece a echarlos de menos. Por eso, voy a atreverme a hacer una sugerencia. ¿Por qué no cambiar el sentido de la lucha y proponer otra clase de huelgas? En una sociedad como la nuestra, las de consumo, por ejemplo, podrían resultar más impactantes que las tradicionales. Para provocar un

colapso reivindicativo en todo el país, ¿no sería más eficaz designar un día de la semana para no echar gasolina o no pagar con tarjetas de crédito? Nadie podría sostener una campaña como esta mejor que los sindicatos. Y a lo mejor me equivoco, pero a lo peor, la inmovilidad desembocará en una parálisis permanente. Ojalá que no.

Fantasmas

La cruzada contra Podemos y otros fantasmas que recorren España

Aunque no ha vuelto a nacer ninguno capaz de recorrer Europa, la política española se agita, con creciente desasosiego, en pos de un ejército de sábanas blancas. Nos pueblan fantasmas de toda condición y naturaleza. Algunos, como los que ha evocado el obispo Reig Pla al situar a Rajoy bajo las garras del movimiento LGTB y el feminismo radical, darían risa si no dieran, incluso, un poco de pena. Otros, como la cruzada universal contra Podemos, brotan del miedo al fracaso, abismado y paralizante sentimiento que hace extraños compañeros de cama. Por seguir con las patologías, los partidos tradicionales en España se comportan como esas personas locas de celos que odian a muerte a los amantes de sus parejas, sin reparar en que, si quieren hallar culpables, deberían buscarlos entre quienes han roto su compromiso.

Odiar al partido de Iglesias les reconforta, porque les exime de afrontar sus propias culpas y de reconocer las verdaderas razones del abandono de sus antiguos votantes, esos pobres ingenuos sin cultura, abducidos por el populismo. Así, la asesora de Sánchez le sugiere que llame a *Sálvame* para acercarse al pueblo, pero no le explica el coste electoral que supone declarar que, en caso extremo, pactaría con el PP, nunca con Podemos. Allá él. Aunque, quizás, entre los fantasmas que nos habitan, los más conmovedores son los que empujan hacia delante a Mas porque, mientras Pujol no sea capaz de probar su inocencia, corre el riesgo de empezar a parecerse a esos grandes líderes europeos, como Berlusconi o Sarkozy, que tomaban decisiones pensando sobre

todo en esquivar a los tribunales. En cualquier caso, David no derrotó a Goliat por su astucia, sino porque era bueno, y justo, y gozaba del favor de Dios. Yo diría que, en lo sucesivo, le conviene tenerlo en cuenta.

Para qué sirve la política

... pero crecerás, te harás mayor, y tendrás tus ideas, las mías o las de tu padre, y te darás cuenta de que son mucho más de lo que parecen, de que son una manera de vivir, una manera de enamorarse, de entender el mundo, no tengas miedo de las ideas, Julio, porque los hombres sin ideas no son hombres del todo, los hombres sin ideas son muñecos, marionetas o algo peor, personas inmorales, sin dignidad, sin corazón...

Almudena Grandes, *El corazón helado*

Política

Reivindicación sentimental de la ideología

Todo es política, oigo a mi alrededor, continuamente. Y a veces tengo ganas de interpelar a quien lo dice, de girar la cabeza, de dirigir una mirada ilusionada a mi espalda y preguntar ¿dónde? ¿Dónde está la política? Decidle que me espere, que no se vaya sin mí... Porque el caso es que yo no la veo por ninguna parte. Ocurrencias sí, montones. Espectaculares montajes de luz y sonido, reales o figurados, a porrillo. Propuestas frescas, merengadas, ingeniosas y cargadas de *glamour*, tantas como en los anuncios de compresas. Me producen el mismo efecto. Me aburro. Los seres humanos olemos, y nos dolemos. Tenemos problemas, pero también esperanzas. Voluntad, sentido de la justicia, capacidad para creer, para ilusionarnos. Por eso inventamos la política. Por eso ha funcionado durante tantos siglos. Como una herramienta para transformar la realidad, para luchar por los propios deseos, para intervenir en el mundo. Eso era la política, pero, al parecer, ya no lo es. Cuando la gente dice que todo es política, habla de otra cosa. Habla de la alarma y de la desmemoria, de las zancadillas y del «yo no he sido», de la chulería y el mal arte de mentir con aplomo de unos, de la pasividad indolente de otros, y de nada más, porque parece que en España no hay más que dos partidos.

No me dirijo a la derecha. No quiero que gane la derecha. Pero quiero una izquierda madura, ni ingenua ni senil, politizada. Quiero oír hablar de sueños, de principios, de ideología. De ideología, sí, con todas las letras. Ya ven, lo he escrito y no me ha pasado nada. No me ha fulminado ningún rayo divino, sigo sentada en mi silla, tan tranquila, y eso que hasta me he emocionado un poco. Porque la política también tiene que ver con la emoción. Con la tensión,

no. La tensión pertenece a los dominios del miedo. Y el miedo no tiene nada que ver con la política.

¡Vota! Contra la abstención de los puros y los exquisitos

Sí, ya sé que mola más el escepticismo. Sé que el distanciamiento irónico es más acorde con mi edad, que la disciplina un pelín cínica de la crítica ácida va mejor con mi profesión, y hasta que la languidez del desencanto, tan femenina, me favorecería más en los planos cortos. Lo sé, pero el domingo yo voy a ir a votar. Por encima de mi escepticismo, más allá de mi evidente afición a la ironía, con mi conciencia crítica a cuestas y a despecho de la fotogenia, voy a ir a votar. Con mis propias decepciones y con mis ilusiones maltrechas, con mis principios más firmes y con mis hijos mayores, voy a votar.

Votaré a favor de mucha gente que no lo hará. Porque no tiene derecho a hacerlo o porque se le ha olvidado que lo tiene. Votaré para que los niños de doce años no sean tratados como delincuentes, para que los inmigrantes que sostienen nuestra riqueza sin participar de ella no sean tratados como delincuentes, para que los excluidos sociales y las mujeres que abortan no sean tratados como delincuentes. Votaré en contra de mucha gente que votará. Votaré contra los privatizadores de servicios públicos, contra la humillación de los reclinatorios, contra las juntas de escolarización que favorecen a los colegios concertados, contra los explotadores de inmigrantes. Votaré, en definitiva, contra la gente de orden, ese orden detestable, delincuente, que se afirma en la insolidaridad, en la indiferencia ante el sufrimiento ajeno y en la perpetuación de los privilegios de unos pocos. Votaré a la izquierda, con la

izquierda, por la izquierda, pensando en mis convicciones laicas, progresistas y republicanas, no en mis impuestos. Todavía hay unas pocas cosas que no pueden comprarse con dinero.

Y bien, a pesar de todo, sé que mola más el escepticismo. Pero yo miro a mi alrededor y, sinceramente, creo que no me lo puedo permitir. ¿Tú sí?

Dos dudas

Zapatero vuelve a ganar las elecciones y apuntala el bipartidismo

En aquella época conocí a algunos carlistas de pensamiento marxista. También, por supuesto, a católicos de la misma ideología. Había media docena de partidos a la izquierda del PCE, y otra media docena de Falanges Españolas que reivindicaban su autenticidad con insistencia. Incluso pequeñas formaciones liberales y democristianas que intentaban crear una nueva derecha. Cada partido tenía sus propios símbolos, sus colores, sus logotipos, sus canciones, y todos nos las sabíamos todas. Entonces, cuando voté por primera vez, los matices eran sutiles, importantes.

Ahora todo es mucho más simple. De derby en derby, las campañas electorales se parecen cada vez más a la Liga de Fútbol. Los grandes partidos alimentan mutuamente esa similitud, que les favorece por igual, y los ciudadanos se identifican con ella para no complicarse la vida. Nadie parece percibir que, en la medida en la que arrasa cualquier matiz a favor de dos variables complementarias del mismo sistema, el bipartidismo empobrece la democracia. Y sin embargo, los ciudadanos van a votar con la esperanza de que su voto sirva para algo, para mejorar su situación y la de su país, para construir un futuro mejor. Por eso, aunque los muertos duelan tanto como siempre, una jornada electoral sigue siendo una fiesta.

El resultado, simplísimo, no me ha sorprendido. Llevo meses prediciéndolo a muchos amigos aterrorizados por la niña de Rajoy. Sé que si el miedo tuviera cara y cuerpo, sería el gran ganador de estas elecciones,

como ha sido el campeón de la distorsión estadística que las ha precedido, pero aún me quedan un par de dudas. ¿Tendré días suficientes para cobrarme todas las cañas, copas, comidas y cenas que he ganado? Y por otra parte, ¿quién estará más contento, Pepe Blanco, Esperanza o Gallardón? Si lo supiera, igual cambiaba de oficio y me metía a pitonisa.

Una duda

El PP tiene prisa para llegar a la Moncloa

Escribo este artículo en una situación muy incómoda para una columnista. Cuando ustedes lo lean, yo aún estaré cruzando el Atlántico en un avión, rumbo a la Feria del Libro de Guadalajara, Jalisco, destino inmejorable, por otra parte, para una novelista. Por eso, aunque comparto la intuición de Zapatero y Rajoy acerca de su importancia, no puedo ocuparme de los resultados de las elecciones catalanas, que solo habré conocido después de pisar la otra orilla del océano.

Si me dedicara a la especulación financiera, tal vez me atrevería a hacer una profecía, con la secreta esperanza de que se autocumpla. Como no es así, y mi optimismo congénito solo conduce a que me estrelle, una y otra vez, contra una realidad hostil, voy a complacer al señor González Pons. Él, o el muñeco robotizado que, en su lugar y con su cara de buen chico de colegio de pago, dice cosas terribles sin que se le mueva un pelo, insiste mucho en la angustia que la duda siembra entre los españoles. Como yo también dudo, y me angustio, acudo a él en busca de auxilio espiritual.

Si la estrategia del PP consiste en provocar a cualquier precio unas elecciones anticipadas, por el procedimiento de hacer vaticinios catastróficos acerca de la situación económica, de la que culpan al Gobierno actual como si la crisis no existiera fuera de España..., ¿por qué tienen tanta prisa en llegar al poder? ¿No les preocupa que su campaña de desconfianza, que incentiva la de los mercados, se vuelva contra ustedes cuando tengan que gestionar la economía? ¿O es que los especuladores les han prometido que sus ataques cesarán en el instante en que un Gobierno de derechas haga una política

destinada a satisfacer sus intereses, liquidando definitivamente el Estado de bienestar? Señor González Pons, esta es mi duda. Le agradecería en el alma que me la resolviera. Muchas gracias.

Antológico

Rajoy no entiende su propia letra

Yo comprendo que debe ser agotador. Ser más socialista que los socialistas, más sindicalista que los sindicalistas, más de izquierdas que Llamazares y más papista que el Papa al mismo tiempo, es demasiado para una sola cabeza. La demagogia, es lo que tiene. Uno se lanza a hablar y se le olvida que tendría que haber pensado antes lo que va a decir. Ahora bien, excusar la carencia de argumentos con la mala letra en la que se han anotado, ha puesto a Mariano Rajoy a la altura de aquel alumno de Pedro Salinas que en un examen de comentario de textos, tomó unos versos de santa Teresa —«vivo sin vivir en mí...»— por un acertijo y contestó: la gallina. Un plató de televisión, Pedro J., Rajoy, los micrófonos abiertos al público. María, estudiante, anuncia que votará al PP y pregunta a su candidato cuáles son sus medidas concretas para incentivar el empleo juvenil. El hombre sediento de urnas se pone nervioso, mira sus papeles, y declara que lo traía todo muy bien escrito —¿y por qué?, ¿es que ya sabía lo que le iban a preguntar?—, pero que le pasa «una cosa verdaderamente notable». A pesar de que el moderador le repite la pregunta como si la masticara, Rajoy no contesta porque no entiende su propia letra. A cambio, le larga a su votante un pomposo ejercicio de retórica que remata con buenos consejos. Que estudie mucho, que se esfuerce, que viaje, que acumule experiencias y así será más fácil que la contraten alguna vez.

Lo más notable de todo es la sonrisa con la que María celebra las palabras de su líder. Como es imposible que no se haya dado cuenta de que acaba de entrar en la *Antología del disparate*, la primera conclusión es que le trae sin cuidado que el PP tenga o no un proyecto para salir de la crisis. La segunda,

derivada de la anterior, que si quiere encontrar un buen empleo, le conviene prepararse mejor las entrevistas.

Bildu

La participación de Bildu es una victoria de la democracia

Ahora que todos hablan de Bildu, Bildu en realidad es lo de menos. Como la avidez y la irresponsabilidad de algunos políticos no conoce límites, el mensaje que se transmite a los ciudadanos es que cada gran partido tiene su propio tribunal. El Constitucional, según el PP, obedece al PSOE pese a que el Gobierno se alineara oficialmente con las tesis de la impugnación. Su fracaso ante una instancia superior consagra al Supremo, en la versión de la calle Génova, como el bueno de una película cuya machacona banda sonora —el presunto respeto a las decisiones judiciales— se parece cada día más al estribillo de *Paquito el chocolatero*.

Una vez legalizadas sus listas, el nombre de Bildu estorba. Apenas se menciona para identificarlo con ETA, con Batasuna, con los violentos, los terroristas, los asesinos. Y para oponerlo, por supuesto, a la voluntad de las víctimas, porque no en vano el día 22 hay elecciones. Los términos que sería razonable esperar en un debate democrático, palabras como «derecho», «justicia», «igualdad», «legitimidad», permanecen ausentes en un discurso que enfrenta, una vez más, a los buenos contra los malos, a *ellos* contra *nosotros*. Pero esta vez los *abertzales* no son los culpables. Ni los que han empezado.

La derecha española arrastra una deformación congénita, basada en la convicción de que este país le pertenece porque para eso lo ha heredado de sus antepasados, que la impulsa a confundir sus deseos con la realidad. Cuando dicha ecuación se ve alterada por cualquier factor, reacciona siempre

con la misma violenta agresividad, como si de verdad creyera que su voluntad basta para desmentir la realidad, por más que esta acostumbre a ser más terca que una mula. Yo, desde luego, celebro que Bildu participe en las elecciones. Porque es justo. Porque es normal. Y, sobre todo, porque es una victoria de la democracia.

Naturalmente

Rajoy celebra el fin de ETA; los suyos, no

Menos mal que no soy votante del PP. De lo contrario, en este momento no sabría a quién voy a votar en realidad. Mientras Rajoy, con serenidad, elegancia y sentido del Estado —nunca es tarde si la dicha es buena—, celebra con la inmensa mayoría de los españoles el fin de la lucha armada de ETA, Aguirre proclama que no hay nada que celebrar en un comunicado como tantos otros, y la caverna ruge citando a otros líderes populares, con Mayor Oreja a la cabeza. Entre ambas actitudes, alegría serena y cuanto peor, mejor, caben tres cuartas partes de un abanico ideológico, de sensibilidades contrapuestas. Pero todas militan en el mismo partido.

No es la primera vez que el PP dice una cosa y su contraria. Durante el último año, Cospedal, González Pons y Sáenz de Santamaría se han abalanzado sobre los micrófonos para prometer a los españoles que la crisis, el paro y la amenaza de recesión terminarán en el instante en que Rajoy sea presidente del Gobierno. Han insistido tanto que han conseguido asustar a su candidato, que ya va advirtiendo en los mítines que él no tiene una varita mágica para arreglar esto. La responsabilidad no es como la dicha, y cuando llega tarde, ya no es buena, así que me temo que le va a costar trabajo rebajar las expectativas que sus portavoces han elevado hasta cotas tan astronómicas. Tal vez, eso sí, la agencia Moody's le eche una mano, como la que acaba de prestar al Gobierno de Castilla-La Mancha, al echarle las culpas a su antecesor por la rebaja de la calificación de su deuda. Que yo recuerde, sus

dictámenes previos nunca habían incluido semejantes alardes de memoria histórica. Así que Rajoy puede estar tranquilo. Si llega a la presidencia y, como es evidente, no se acaba la crisis, ni el paro, ni la amenaza de recesión, todo seguirá siendo culpa de Zapatero. Todo, menos el fin de ETA, naturalmente.

Perversidad

Deseando ver cómo Rajoy llega al poder y lo arregla todo

Mi lado perverso está deseando ver a Rajoy en La Moncloa. Cuando promete extremar la austeridad para crear empleo y paralizar las inversiones públicas para generar riqueza, me lo imagino sentado en su despacho, con un lápiz en la mano, enseñando la punta de la lengua mientras se concentra en la solución de un sudoku monstruoso. Entonces, lo confieso, mi lado perverso piensa en Arenas gritando que su partido va a sacar a España del hoyo con el mismo programa que en 1996, y recuerdo 1996, y lo comparo con 2011, y al concluir que eso solo puede decirlo un cretino o un demagogo, y que Arenas no es un cretino, me digo que, al fin y al cabo, ellos se lo han buscado.

La campaña electoral que acabamos de estrenar, aburre ya de puro vieja. Desde que el PP empezó a pedir el adelanto electoral, su discurso no se ha movido un milímetro. La realidad, sí. Este año, como ustedes recordarán, iba a traernos el final de la crisis, y el año próximo, la recuperación del crecimiento. Eso decían los mismos expertos que ahora dicen que va a ser que no, y que en el mejor de los casos, este proceso se retrasará dos años. Si hemos aprendido algo en los últimos tiempos, es que un economista tiene más peligro que un saco de bombas, pero así y todo, es notable, si no suicida, que un partido que aspira a gestionar una economía en estado crítico, mantenga unas promesas concebidas cuando el rescate de Grecia, sin ir más lejos, iba a ser pan comido.

Hay que tener mucho cuidado con los lados perversos, porque pueden

llegar a ser más peligrosos que los economistas. Sin embargo, existe un punto en el que mi lado sano está de acuerdo con su contrario. Para disfrutar a tope del poder que tan desesperadamente desea, Rajoy debería gobernar en minoría, con el capote pequeño de los toreros valientes. España no se merece más. Y él tampoco se merece menos.

Antiespaña

Consideraciones sobre la «mayoría silenciosa»

Aparte de para decir allí lo que no se atreve a decir aquí, Rajoy ha aprovechado su estancia en Nueva York para resucitar el castizo mito de la Antiespaña. No es el primero que cede a esa tentación. Hace unos meses, la ministra Báñez dividió a los españoles en buenos y malos en función de su ausencia o presencia en las protestas contra la reforma laboral. Desde entonces hasta ahora, las cosas no han hecho más que empeorar en todos los sentidos.

Dice el presidente que la «mayoría silenciosa» que no se manifiesta está trabajando. Con la tasa de paro registrado de nuestro país, ese diagnóstico parece un chiste, y de mal gusto. Pero, además, conviene tener en cuenta otros factores. En una ciudad como Madrid, por ejemplo, los parados no pueden pagar el precio de los transportes públicos. Los abuelos que tienen que cuidar de sus nietos porque sus hijos han perdido el empleo o un porcentaje de su salario, no pueden manifestarse. Las parejas que han tenido que renunciar a la guardería de los suyos, tampoco. Los pequeños comerciantes han despedido a sus empleados y hacen guardia tras los mostradores, los licenciados en busca de su primer empleo necesitan todas las horas del día para presentar currículos y pedir becas que nunca les conceden, y a las mujeres trabajadoras que ya no pueden pagar a nadie que las ayude, no les queda más remedio que hacer la compra de noche. Los que han emigrado no están, y los que quedan no siempre tienen fuerzas suficientes para salir a la calle a gritar su descontento.

Aunque, quizás, después de ver las imágenes de los antidisturbios disparando pelotas de goma en la estación de Atocha, logren sacarlas de su flaqueza.

Si las declaraciones de Rajoy no encerraran un mensaje tan injusto y peligroso al mismo tiempo, su optimismo resultaría encomiable. Se nota, eso sí, que ve los informativos de TVE.

La indiferencia

La crisis más grave no es la económica

En las últimas elecciones andaluzas, las encuestas desconcertaron a mucha gente. A mí también. Retrasé la redacción de mi columna hasta el último momento, la envié con el 10 por ciento del voto escrutado, y el saldo de un fin de semana de ansiedad fue un análisis absurdo de una realidad ficticia. Nunca más, me prometí a mí misma al día siguiente. Pero lo que no podía imaginar entonces era que hoy cumpliría esa promesa por razones muy distintas.

Ayer hubo elecciones autonómicas en Euskadi y en Galicia. A lo largo de la última semana, en Madrid, donde vivo, el tema de conversación en la calle, en el metro, en los bares, ha sido, una vez más, la crisis, seguida de lejos por la huelga de estudiantes y la mafia china de Fuenlabrada. En Barcelona, donde estuve un par de días, se hablaba de la crisis y de la independencia pero, al menos entre la gente con la que yo estuve, más de la primera que de la segunda. El viernes pasado, los titulares de los periódicos hablaban, cómo no, de la crisis, encarnada esta vez en Merkel y en Hollande, en la cumbre de Bruselas y en la Unión Bancaria. Solo en las páginas interiores, aparecían Feijóo y Urkullu, ausentes en la mayoría de las portadas.

Probablemente, esta es la más grave de todas las crisis que padece España. El descrédito de la política ha cuajado en una profunda desafección popular hacia las instituciones democráticas, que la ciudadanía percibe como una fuente incomparable de corrupción. ¿Para qué interesarse por los programas de los candidatos, si ninguno cumple el suyo cuando llega al poder? Cada vez que un ciudadano piensa esto, los especuladores ganan un céntimo más, la salida del túnel se aleja algunos metros. Solo los políticos capaces de

hacer política nos sacarán de esta, pero cada vez resulta más difícil convencer a los indiferentes de que todos no son iguales.

¿Y si nos vamos? ... del Fondo Monetario Internacional, del euro, de la Unión Europea...

De piedra. De plástico. De pasta de boniato. Así me han dejado las últimas declaraciones del Fondo Monetario Internacional. El miércoles, ya lo recordarán, pidieron más austeridad. Lo que está matando al enfermo no es la medicina, condescendieron a explicarnos, sino que se le ha aplicado en dosis equivocadas. El jueves, sin embargo, la homeopatía ya no era solución. Lagarde exigió que se suavizaran los ajustes para no agravar el paro, y se quedó tan ancha. Nuestra economía está rota, pero crecerá un 0,7 en 2014. ¿Quién dijo que no se podía afirmar una cosa y su contraria?

Hasta entonces podíamos pensar que la culpa era nuestra. Tanta corrupción, tanto ladrón, tanta incultura política y general, nos ponían en bandeja un diagnóstico específico de ineptitud nacional. Sin descartarlo, ahora resulta que, en Washington, los que presumen de cortar el bacalao dan los mismos palos de ciego. ¿Y si no fuera eso? Perdonen mi suspicacia, pero Bárcenas y Diego Torres (el socio de Urdangarin) nos han enseñado a desconfiar de las informaciones contradictorias que se sirven en pequeñas dosis.

El tortuoso hilo argumental de esta alternancia de palos y zanahorias desemboca en el incondicional sufrimiento de los españoles. Porque sí, porque es lo que hay, porque no se puede hacer otra cosa. Y yo me pregunto ¿por qué? Ahora que todos podemos divorciarnos, y por muchos años, con las bendiciones del Tribunal Constitucional, ¿por qué tenemos que seguir

encadenados a los intereses de la banca alemana? ¿Qué pasaría si decidiéramos divorciarnos, salir del euro, incluso de la Unión Europea? Si empezamos de cero, al menos seremos pobres por nosotros mismos, y no para que otros se forren con nuestra pobreza. ¿Es eso lo que teme el Fondo Monetario Internacional? Soy consciente de que a lo peor acabo de escribir una burrada, pero tampoco resultaría tan grave. Otras han comparado los escraches con el nazismo, y no dimiten ni a la de tres.

Patriotismo

A los culpables del desastre nacional siempre les queda Gibraltar

Espero que hayan tenido ustedes un buen verano. El mío lo ha sido, y sin embargo no se imaginan cómo les he echado de menos. Desde que me despedí de esta página, no ha pasado un día sin que me mordiera los puños por estar de vacaciones. A solas, en la playa, me preguntaba quién habría sido el responsable de las víctimas de Angrois si el maquinista, en lugar de despistarse, hubiera tenido un infarto. La respuesta, nadie, vale lo mismo para esa tragedia, para la financiación ilegal del PP, para los millones de Bárcenas, para las consecuencias de los recortes, para una realidad que multiplica a diario el dolor y la incertidumbre de millones de españoles.

A lo largo de este verano, una palabra vieja y noble, «responsabilidad», ha caído en desuso. La que está de moda es «culpabilidad», porque todos los responsables alegan que hay que dejar trabajar a los jueces, como si una absolución penal disolviera las responsabilidades políticas de quien no ha pisado el acelerador, ni ha rechazado el ingreso de un enfermo, ni ha detectado la desnutrición de un alumno, pero ha impuesto los recortes que han generado el deterioro de las condiciones de vida, cuando no la muerte, de tantos ciudadanos desamparados.

Siempre, eso sí, les quedará Gibraltar. Los bloques, los pinchos, los metros cuadrados de mar patrio, han vuelto a representar un inesperado salvavidas para un Gobierno acosado. Ya se sabe que la pérfida Albión nunca se niega a echar un cable, pero parece mentira que el clamor del patriotismo

barato haya vuelto a funcionar a favor de quienes eluden los compromisos del único patriotismo verdadero, que consiste en asumir responsabilidades por el bien común. Así que, por primera y ojalá última vez en mi vida, voy a gritar ¡Gibraltar español! A ver si, por lo menos, ese caladero de irresponsabilidad se agota de una vez y para siempre.

Siglo XX

En el siglo XXI no se derrocan tiranos

Cambalache problemático y febril, cantaba Gardel, y en efecto así fue. Desde 2013, todos los errores, las virtudes y las contradicciones de un siglo marcado, de principio a fin, por la intensidad, aparecen envueltos en el tono sepia, desvaído, de las viejas fotografías. Sin embargo, las últimas semanas me han enseñado que aquel era mi siglo.

A mi alrededor se multiplican las voces que se oponen, sin condiciones, sin fisuras, sin asumir la menor probabilidad de error, a la intervención en Siria. Sé que lo hacen con la mejor intención, que ruegan por la paz igual que el Papa, que se oponen a la guerra por principio, igual que yo. Y sé que El Asad ha sido un aliado importante para Estados Unidos, que una victoria rebelde desembocaría con casi toda seguridad en otro Estado islamista, y que el auge islamista es, a su vez, consecuencia de una política exterior norteamericana inspirada por la intolerable, aunque ampliamente tolerada, arrogancia de Israel.

Pero, me van a perdonar, creo que en la coyuntura actual se aprecian características nuevas, específicas del siglo XXI, un tiempo caracterizado por la indolencia, la pasividad, la indiferencia y, sobre todo, por una pavorosa ausencia de ideología, más allá del invencible rodillo del neoliberalismo erigido en único pensamiento planetario. Así, me parece percibir que, siempre con las mejores intenciones, se usan palabras antiguas para envolver una realidad hueca. Al fondo está El Asad, un dictador, un tirano, un asesino en serie que resultará el único beneficiario de la no intervención. Esa es una de

las pocas cosas de las que estoy segura, y de que nunca celebraré una carambola que le permita seguir masacrando a su propio pueblo. Por lo demás, solo puedo aportar dudas, contradicciones, ninguna tranquilizadora certeza. Para lo bueno y para lo malo, ya saben, soy una mujer del siglo XX.

Los responsables

El chapapote nunca existió

Hace algún tiempo, escuché una entrevista con un hijo de Juan Negrín al que preguntaron si su padre se había sentido maltratado por su país. Siempre decía que no le preocupaba lo que España pudiera hacer por él, respondió, sino lo que él pudiera hacer por España. Ahora que el fiscal Horrach ha opinado por nosotros que la memoria es frágil —será la suya—, creo que ha llegado el momento de que nos preguntemos qué podemos hacer por España.

A estas alturas, nuestro país espera de sus ciudadanos dos cosas. La primera, que paguen impuestos. La segunda, que no piensen. Es decir, que expriman la presunta fragilidad de su memoria hasta alcanzar la exacta proporción de amnesia y simpleza que nos recomiendan ciertos tribunales. ¿Se acuerdan ustedes del chapapote? Pues no. No sean arrogantes, ni soberbios, porque no se acuerdan. El chapapote no existió, el hundimiento del *Prestige* no fue una tragedia. Si lo hubiera sido, alguien tendría que pagar forzosamente por sus desastrosas consecuencias. Como no hay responsables, no hubo tragedia. No insistan. Tómense un antidepresivo, procuren distraerse y abandonen el vicio del razonamiento, de las analogías, del sentido común.

Yo no sé si algunos jueces, algunos fiscales, algunos políticos se dan cuenta de lo que están haciendo con nosotros. Supongo que no calculan las consecuencias de sus actos. Porque al final, lo de menos serán las indemnizaciones no pagadas, el dinero robado, los corruptos en libertad. Lo de más es la frustración que deben sentir ahora mismo los voluntarios que se metieron en chapapote hasta el cuello porque no se preguntaron qué podía hacer su país por ellos, sino qué podían hacer ellos por su país. La próxima

vez que se hagan esa pregunta, su respuesta desarrollará consecuencias hoy aún imprevisibles. Y, pase lo que pase, ellos tampoco serán los responsables. Amén.

El amor

Felices quienes pueden escribir sobre el amor

Es triste reconocerlo, pero la infidelidad de Hollande me ha inspirado, más que asombro o indignación, una profunda envidia. Si no fuera española, me lo habría tomado de otra manera. La depresión de Trierweiler, el *sex-appeal* de Gayet, el vodevil del apartamento reservado para los desahogos de los presidentes de la República, las intervenciones cruzadas en una célebre rueda de prensa, son suficientes para provocar una intensa discusión sobre lo público y lo privado, pero, por desgracia, yo no me la puedo permitir.

El bulevar de Gamonal, las declaraciones del secretario de Estado de Seguridad, el vocabulario de Ana Botella, la imputación de Cristina de Borbón, la críticas del fiscal Horrach al juez Castro, la crisis del PSC, el encuentro de Mas con un dirigente de la Liga Norte, el baile de los indultos, las estrategias de los condenados por corrupción para eludir el ingreso en prisión, la trayectoria de Blesa, la actuación de los antidisturbios contra los bomberos de Madrid... Y todo esto sin tirar de hemeroteca, en los veinte días escasos que llevamos de 2014 y saltándome la ley del aborto de Gallardón para no repetirme en exceso.

¿Quién puede opinar sobre el amor cuando le ha tocado vivir en una época, en un país como este? Sería interesante, sería refrescante, novedoso, hasta agradable, pero no cabe en una España tan negra como si Goya la hubiera pintado en la cima de su desesperación. Se me ocurre que ese será el verdadero final de la crisis que vivimos, la derrota del monstruoso pulpo que

nos ahoga con todos y cada uno de sus incontables tentáculos. Algún día podremos volver a hablar del amor, del adulterio, de las mujeres abandonadas, de las amantes resplandecientes. Algún día podremos volver a ser frívolos e, incluso, a hacer chistes de gusto dudoso. La medida de nuestra pobreza es que hayamos podido llegar a echarlos de menos.

Comprensión

La derogación de la doctrina Parot y el nacimiento de Vox

Soy española, tengo cincuenta y tres años y me acuerdo de todo. Desde el atentado de Carrero Blanco hasta el de la T-4, una lista larguísima de víctimas, el miedo con el que encendíamos el televisor a la hora de comer, aquellas fotos de carné de un hombre joven y la voz del locutor, deja mujer y tres hijos, el nudo en el estómago que la llegada de la democracia no relajó, que se fue haciendo más duro, más insoportable día tras día. A los españoles de mi edad nadie tiene que recordarnos lo que fue ETA. Crecimos, vivimos, maduramos bajo la sanguinaria sombra del terrorismo. Por eso me resulta tan difícil escribir esta columna.

Un nuevo partido, Vox, nace para reprocharle al Gobierno que haya cumplido una sentencia cuya aplicación no dependía de su voluntad. La derogación de la doctrina Parot deja de ser una cuestión técnica sobre los límites de la retroactividad de una ley, para convertirse en una ofensa intolerable y una señal inequívoca de complicidad con los asesinos. Hasta ahí, el PP se lo tiene muy bien empleado. Quien siembra vientos, recoge tempestades, y este tempestuoso fruto es la cosecha del semillero de votos de ultraderecha que los populares han abonado y cultivado con tanto celo, durante tantos años.

Eso no me inquieta. Al fin y al cabo, que el PP se rompa por la derecha no deja de ser un rasgo de normalidad, que nos homologa con el resto de los países de la Unión Europea. Pero la insistencia fanática, de apariencia incluso

morbosa, en argumentos de otros tiempos, está provocando en mí efectos indeseables. Porque yo comprendo que después de veintiséis años de cárcel, una persona sonría al salir a la calle. Que esa comprensión anule la que siento por el dolor, hasta por el rencor, de viudas y huérfanos, para convertirme en cómplice de ETA, me lleva a un lugar donde nunca he querido estar. Y eso es algo que no podré perdonar fácilmente.

Blasfemia

¿Quién dijo que los pucherazos no pueden ser creativos?

No es la primera vez. Estamos tan contentos, con una jarra de gazpacho en la nevera y la ilusión cotidiana de una siesta larguísima, cuando nos encañonan a traición. Manos arriba, esto es un atraco. En 2010 fue la reforma que convirtió el control del déficit en norma constitucional. En 2014, Rajoy nos ha colado, entre el gazpacho y la siesta, un bonito proyecto de pucherazo. Y se ha atrevido a envolverlo en el sacrosanto, indiscutible prestigio que posee el término «regeneración» en la cultura democrática española.

En un país normal, este planteamiento resultaría, más que una indecencia, una blasfemia política. Pero como aquí los libros de texto afirman que Antonio Machado murió en el extranjero, tan ricamente, no ha pasado nada, aunque eso no significa que no vaya a pasar. Porque si el atraco que proyecta el PP para retener sus alcaldías más importantes a seis meses escasos de las municipales, llegara a consumarse, el partido más reacio a la recuperación de la memoria histórica se convertiría en su más firme adalid.

Si la elección automática del candidato más votado, con techo del 40 por ciento —y ya puestos, ¿por qué no del 50 por ciento?, ¡ah!, ya, las encuestas... — y sin segunda vuelta, veda las coaliciones entre grupos municipales, la oposición se verá forzada a integrar candidaturas electorales unitarias. Entonces, sean estas las que sean, el PP agitará el fantasma del Frente Popular. En un país normal, invocar la memoria de una legítima coalición entre partidos legales para desacreditar a otra legítima coalición entre partidos legales,

significaría arrojar blasfemia sobre blasfemia, pero a nosotros nos ha tocado vivir en un país anormal. Total, que espero que hayan descansado mucho en sus vacaciones. Ser español vuelve a ser una tarea agotadora, y eso que acaba de empezar septiembre.

Encuestas

Contra la prisión permanente revisable

Los políticos suelen decir que solo son buenas las que salen de las urnas. Tienen tanta razón que todos nos hemos acostumbrado a que fallen, a menudo de forma clamorosa. No obstante, las encuestas electorales, con sus sutilísimos, casi bizantinos, matices entre intención de voto directo y voto estimado, promedios y proyecciones, siguen siendo un argumento constante en la información política, un arma arrojadiza habitual entre partidos, líderes de opinión y medios de comunicación de signo ideológicamente opuesto.

Si yo estuviera incluida en alguna lista ni siquiera las estudiaría, y sin embargo, entre las últimas publicadas, algunas me han hecho daño. Porque mientras España cambiaba a un ritmo aparentemente vertiginoso durante los últimos meses, yo conservaba mis referencias, mis vínculos con mis compatriotas. Creía saber en qué país vivía. Pero ahora, mientras muchos medios que no suelen coincidir, coinciden en anunciar que la mayoría de los españoles, incluidos quienes declaran su intención de votar a la izquierda, con la única y honrosa excepción de los votantes de IU, es favorable a la inclusión de la cadena perpetua —embozada en el eufemismo que la describe como «prisión permanente revisable»— en el Código Penal, ya no lo sé.

No discuto la calidad del trabajo de los encuestadores ni la honestidad de sus resultados. Me discuto a mí misma, no en mis ideas, ni en mis sentimientos, pero sí en mi, evidentemente errónea, percepción de la realidad. Si la mayoría de los españoles piensan que la cadena perpetua, ausente de nuestra legislación desde 1928, es útil, justa y proporcionada, me queda poco tiempo como columnista. El que esa misma mayoría tarde en apoyar la

reimplantación de la pena de muerte.

Más política

El ministro Morenés intenta convertir a una víctima en culpable

La política es una actividad admirable. La sensibilidad de unos cuantos hacia los problemas de sus conciudadanos, la decisión de contribuir con sus mejores capacidades a la mejora de las condiciones de vida de los demás, el impulso de sacrificar el propio bienestar para luchar contra las injusticias, la ineptitud y la corrupción que impiden el bienestar de la mayoría, eso es la política.

Nada inhabilita más a un político que la falta de sensibilidad hacia el sufrimiento ajeno, excepto, quizás, el cinismo que pretende enmascararla.

El ministro Morenés nunca debería haberse mostrado arrogante, indiferente y cruel —porque se es cruel por omisión, tanto o más que por acción— con la comandante Cantera, y mucho menos en sede parlamentaria, en un recinto que simboliza y expresa la soberanía popular. Su actitud en aquella sesión basta para descalificarle como político, por sí mismo y porque contradijo con una soberbia afilada y consciente el sentimiento mayoritario de los españoles frente a los casos de acoso sexual en el Ejército.

No hay nada más indigno que la estrategia que persigue convertir a una víctima en culpable, pero la retractación que nos ha ofrecido Morenés no anda muy lejos en la escala de la indignidad. No se trata ya de que nadie se haya creído sus excusas, sino de la inmoralidad que implica humillar a una víctima presente en el Congreso un miércoles, para ofrecerle cariño y solidaridad un viernes por la noche, después de recibir una reprimenda desde un despacho donde se analizan encuestas y se revisan los comentarios de Internet.

Eso ha sido lo peor, más allá de la inutilidad de una rectificación que ha ofendido a la inteligencia de los españoles. Y por eso conviene recordar en qué consiste la política.

Pactos

Elogio de la negociación y los pactos

Están inscritos en la esencia de la naturaleza humana.

Vivir es pactar, llegar a acuerdos con uno mismo y con los demás, establecer prioridades, aprender a renunciar a todo para obtener una parte suficiente de lo que se desea, sentarse a hablar, negociar, romper la negociación como una medida estratégica para reanudarla, tirar de la cuerda lo justo para tensarla sin que se rompa, volver a sentarse, volver a hablar, llegar por fin a un pacto. Los niños y las niñas aprenden a pactar antes que a leer y a escribir. En las asambleas que se celebran a diario en las aulas de Educación Infantil, les enseñan a negociar con su deseo de intervenir, a ceder la palabra a los demás, a aceptar turnos y compartir recursos sin sentirse frustrados ni fracasados por no acaparar todos los materiales, todo el protagonismo.

No es un aprendizaje relacionado con la urbanidad o la cortesía, sino una enseñanza imprescindible para madurar, para que lleguen a ser felices, a vivir en equilibrio con la sociedad y consigo mismos, porque irremediablemente tendrán que pactar para hacer amigos, para conseguir un trabajo, para atraer a la persona de quien se hayan enamorado, para criar a sus hijos.

Todo esto resulta evidente para cualquiera menos para un político en campaña electoral. Entonces los pactos, ese imprescindible instrumento de la civilización, se convierten en una encarnación demoniaca, un enemigo mortal, un anatema. Los candidatos se sienten más fuertes prometiendo que nunca pactarán, porque creen que a sus votantes les tranquiliza una promesa que todos saben que no podrán cumplir. Eso no habla muy bien de la inteligencia ni de unos ni de otros. Porque pactar no es mancharse, y eso los saben hasta los

alumnos de Educación Infantil.

Indecisos

Las razones de los votantes indecisos

Aunque se le está prestando muy poca atención, su número es sin duda el dato más relevante de las encuestas. Lo es porque, probablemente, el 24 de mayo desmentirá buena parte de los pronósticos que se dan hoy por seguros, y lo es, sobre todo, en sí mismo. España afronta unas elecciones con un 35 por ciento de ciudadanos indecisos, que creen que van a ir a votar, pero todavía no saben a quién. En casi cuatro décadas de democracia nunca había ocurrido nada parecido.

El hecho de que uno de cada tres ciudadanos esté barajando aún diversas opciones me parece una buena noticia. Frente a quienes lo interpretan como un símbolo de la incertidumbre de los tiempos que vivimos, creo que representa más bien un aumento del compromiso, de la responsabilidad de unos votantes que perciben, con mucha más claridad que algunos de los líderes que les cortejan, que no están los tiempos como para no pensar, para votar con los ojos cerrados o para taparse la nariz al escoger a un candidato.

El incremento del interés por la política, por los programas, por las posiciones de cada partido ante cuestiones concretas, es siempre una buena noticia. La necesidad de construir un modelo más abierto, que propicie la participación de los ciudadanos en los mecanismos del Estado —esa democracia participativa que todos los partidos ensalzan en público para congraciarse con los diversos indignados que hoy constituyen la mayoría más absoluta del pueblo español—, empieza por ahí.

Quizás el incremento de exigencia de los electores acabe siendo la aportación decisiva de los partidos emergentes al sistema democrático

español, aunque eso no implique necesariamente que sean ellos los más beneficiados a corto plazo. A la larga, sin embargo, todos saldremos ganando.

Europa

O un amor mal correspondido

El problema está en nosotros.

Escribo en primera persona y pienso en los españoles, aunque quizás otros europeos meridionales podrían enriquecer este relato después de leer la crónica de la reciente intervención parlamentaria de Merkel, que ha presentado a sus compatriotas el pacto con Grecia como una muestra de solidaridad sin precedentes. No discuto que ella crea honestamente que es así, porque el problema siempre ha estado en nosotros, en nuestra ingenuidad, nuestra voluntad de confundir el deseo con la realidad, y no es nuevo.

A lo largo de los siglos, el europeísmo de los españoles ha conocido altibajos de popularidad, pero siempre ha estado asociado a la defensa del progreso, del bienestar popular, de la felicidad pública. Se ha tratado, desde el principio, de un amor muy mal correspondido. Pienso en todas las grandes apuestas de amor por Europa que, desde la coronación de José I como rey de España en 1808, hasta la tragedia del puerto de Alicante en abril de 1939, pasando por los Cien Mil Hijos de San Luis entre otros casos, han desencadenado, directa o indirectamente, el triunfo de la reacción en España, es decir, la derrota de los europeístas españoles.

Desde esta perspectiva, la fortaleza de este sentimiento en nuestro país podría llegar a ser, más que una virtud, una patología, un confuso ejercicio de masoquismo colectivo. Todos los pronósticos de los agoreros que alertaban hace treinta años de que la construcción de la Unión nos convertiría en un país de servicios, un parque temático del bronceado para turistas nórdicos, se han cumplido. Y sin embargo, nos sentimos obligados a seguir amando a Europa, y

a esperar siempre lo mejor de cualquier cosa que venga del otro lado de los Pirineos. ¿Por qué?

Letras

La recuperación de la crisis es un camelo

Hola de nuevo. ¿Cómo están? Si comienzo diciéndoles que les he echado de menos, no me creerán y harán bien. Este año, todos necesitábamos mucho unas vacaciones y yo, ya lo saben, soy una mujer corriente. Sin embargo, precisamente por eso, hoy celebro la oportunidad de compartir con ustedes mi inquietud.

¿Recuerdan cómo vivíamos las personas corrientes en España hace ocho años? Hablo de 2007, cuando ningún español había recibido aún una carta en la que le anunciaban que iban a recortarle un 10 por ciento de su salario por las buenas, cuando los becarios cobraban por su trabajo, cuando no sabíamos qué significaba la palabra ERE, cuando las empresas con beneficios no cerraban, cuando los jubilados no pagaban un céntimo por sus recetas de medicamentos... No pongo más ejemplos porque, si sigo, me quedo sin columna, pero tampoco hace falta porque estoy segura de que todos se acuerdan, ¿verdad? Por eso me pregunto cómo habrán encajado ustedes las trompetas y los clarines que proclaman que la economía española ha vuelto a crecer al mismo ritmo que en 2007. La recuperación se consolida, dicen. ¿La recuperación de quién?

Al final, todo es cuestión de escoger entre ciencias o letras, igual que en el bachillerato. La crisis se ha terminado para las tasas, para las cifras, para los números.

Pero los seres humanos somos más bien de letras, las que componen nuestros nombres y nuestros apellidos, las que nos amargan la vida a fin de mes. De letras son las verdades y las mentiras, también aquellas proclamas

que hablaban de un sacrificio imprescindible, de una inversión en el futuro, de las rentas que obtendríamos a cambio de un esfuerzo transitorio. ¿El suyo ha sido transitorio? ¿Han vuelto ustedes a vivir como en 2007? Pues eso.

Feliz 2016

Tras la última victoria electoral de Mariano Rajoy

Paz en la Tierra a los hombres y las mujeres de buena voluntad.

Este año, las elecciones generales se han comido la Navidad. A Rajoy le ha salido el tiro por la culata y, lejos de fomentar la abstención con una convocatoria que sonaba a villancico, ha puesto en peligro la Nochebuena de muchos españoles. Como no pude desearles una noche pacífica y alegre, espero que, al menos, las discusiones políticas no se la echaran a perder. No habría merecido la pena, porque vamos a tener mucho tiempo para discutir.

Los dos principales culpables de la tensión que ha puesto en peligro la convivencia en nuestro país están en la misma situación. A Rajoy, que pretendió sacar ventaja de la estrategia de Mas, le espera la amargura de un mal trago que Mas aún no ha terminado de apurar, por mucha ventaja que pretendiera extraer de la estrategia de Rajoy. De todo lo que puede pasar, lo más seguro es que el presidente en funciones haya sido derrotado tres veces antes de que suceda nada más. La buena voluntad que le ha faltado, la soberbia, la arrogancia y el desprecio que ha exhibido de forma sistemática en la última legislatura le han privado de paz, para condenarle de antemano a un fracaso irremediable.

El proverbio navideño se mezcla con la justicia poética en el callejón sin salida donde Rivera lucha por su dudosa supervivencia, exigiendo a Sánchez que se suicide por el bien de sus enemigos. La traición de los propios ideales vuelve a llamarse responsabilidad y sentido del Estado, los mismos nombres

que adoptaron nuestros gobernantes cuando sacrificaron los derechos de los españoles a los intereses de los especuladores financieros.

Ojalá sean ustedes muy felices en el año que empieza. Después de tanto sufrimiento, nos merecemos un poco de diversión.

Analogía

La forja de un héroe llamado Pedro Sánchez

Millones de españoles han crecido bajo los ecos de aquella gesta. Se han agotado los adjetivos excelsos, las fórmulas de alabanza para ensalzar la generosidad, la responsabilidad, el patriotismo de quienes renunciaron a sus líneas rojas a favor de la gobernabilidad de este país.

Que yo no esté precisamente de acuerdo con el relato no implica que no recuerde a dos antagonistas enfrentados en un grado hoy inconcebible. Uno era el secretario general de un partido ilegal, al que el franquismo consideraba una banda terrorista. El otro había sido secretario general del Movimiento Nacional, el partido único de la dictadura. Se sentaron a negociar, pactaron y llegaron a un acuerdo. Sus seguidores se sintieron traicionados por igual, pero apoyaron el pacto porque cualquier otra solución les habría parecido peor.

Esa fue la clave de aquella negociación, y es el aspecto que hoy se empeñan en ignorar quienes censuran cualquier pacto entre el PSOE y Podemos, dos partidos legales que, desde la dirección hasta su último militante, están infinitamente más cerca entre sí que el PCE de 1976 y el aparato franquista, y equidistantemente alejados del PP. Sus votantes no les perdonarían que no intentaran llegar a un acuerdo porque cualquier otra solución les parecería peor, pero su capacidad de renuncia, su postura favorable al diálogo, no merece elogio alguno. Al contrario, parece que la sensatez, la cordura, la solvencia, son en España patrimonio de la derecha, quizás porque sus diputados llevan siempre corbata.

Si yo fuera Pedro Sánchez, intentaría formar Gobierno. Es una tarea ardua, pero el premio merece la pena porque entre todos, amigos y enemigos, le están convirtiendo en un héroe. Como Suárez. O como Carrillo.

Posesivo

Pablo Iglesias tiene cuernos y echa fuego por la boca

Rivera se justifica por haber intentado formar Gobierno con el PSOE. Lo hice porque, si no, ¿saben quién sería el vicepresidente ahora mismo? Pregunta retórica, pausa dramática, respuesta obvia. Pablo Iglesias. Silencio destinado a que el auditorio comprenda que acaba de escuchar el nombre del Príncipe del Mal.

Me pregunto quién inspira esta estrategia que, de entrada, implica insultar a los cinco millones de españoles que optaron en diciembre por Satanás. Y me respondo que, desde luego, cualquiera que haya votado siempre a los grandes partidos y nunca haya tenido que plegarse al célebre silogismo que, durante años, nos ha empujado a otros hasta las urnas. No puedo transcribir aquí su versión original porque incluye una palabra malsonante, compuesta de dos sustantivos y una preposición, aunque la traducción aproximada sería: voy a volver a votarlos, porque ya sé que son unos indeseables, pero son *mis* indeseables. El elemento más importante de esta frase no es el verbo ni el sujeto, ni siquiera el predicado. Aunque solo tenga dos letras, la clave del razonamiento es el posesivo, porque esa diminuta partícula salta por encima del miedo y de las cifras para abrir la puerta a las emociones, los sentimientos que, en definitiva y por mucho que molesten a los expertos electorales, deciden el voto de la gente.

La demonización de Unidos Podemos expresa mucho más de lo que sus portavoces pretenden y, ante todo, que el poder en España está ya rifado, que

las verdaderas líneas rojas son las que los poderes fácticos activarán para que Iglesias nunca gobierne. Y a mí, que no mando nada, me asombra que todavía no se hayan dado cuenta de hasta qué punto su actitud fortalece, ensancha y agranda una simple partícula posesiva.

El futuro

El miedo a Unidos Podemos fortalece a Rajoy

Nunca hemos vivido una campaña tan larga. A lo largo de 2016, día a día se ha ido haciendo evidente que todo lo que ocurría en la política española iba dirigido a preparar la repetición de las elecciones. Sin embargo, en vísperas del 26-J, nadie parece interesado en mirar hacia delante, ni en analizar las consecuencias del tan inesperado como abultado beneficio que la escalada de Unidos Podemos ha deparado al PP.

Mientras medios, partidos y candidatos cargan con una agresividad prácticamente unánime contra Iglesias, Rajoy parece un candidato de consenso. Cualquiera pensaría que de verdad hemos salido de la crisis, que en este país nadie sufre ya las consecuencias de los recortes y la austeridad, que las cifras de creación de empleo de las que alardea el Gobierno son ciertas.

El refrán que alaba lo malo conocido se ha convertido en el verdadero motor de una campaña en la que nadie parece dispuesto a pararse a pensar qué ocurrirá si, como parece casi inevitable, Rajoy repite en la Moncloa. Da la sensación de que, en ese instante, los cañones que apuntan hoy hacia Iglesias se volverán contra él. Después de haber facilitado su investidura, por activa o por pasiva, como último remedio para impedir unas terceras elecciones, una oposición mayoritaria bloqueará al Gobierno para acortar la legislatura a un par de años, quizás uno y medio.

Las elecciones que vendrán después, aunque estén a la vuelta de la esquina, son las que ahora no le importan a nadie excepto a Unidos Podemos,

una coalición muy joven, con candidatos muy jóvenes, que tienen toda la vida por delante. Me pregunto si la hostilidad que padecen hoy será suficiente para evitar su ascenso al poder cuando caiga el futuro Gobierno de Rajoy. La verdad es que no lo creo.

Evolución

La vieja guardia del PSOE sabía por qué no le gustaban las primarias

El término «adaptación» es uno de los pilares del pensamiento de Charles Darwin, un concepto sin el que no se comprende la teoría de la evolución. El naturalista inglés estableció que las especies que logran sobrevivir no son ni las más fuertes ni las más inteligentes. La clave de la supervivencia consiste en la capacidad para adaptarse a los cambios. Quienes no logran hacerlo, desaparecen.

La crisis del PSOE aporta una insospechada variante política a la teoría que Darwin elaboró observando la variedad de picos que habían llegado a desarrollar los pinzones de las islas Galápagos. Cuando se produjeron las diecisiete dimisiones de la ejecutiva, yo estaba convencida de que los críticos habían calibrado a la micra las consecuencias de una cirugía tan masiva. Su experiencia, y la de sus mentores, me llevó a descartar cualquier otra hipótesis. Reconozco que estaba equivocada. Con independencia del desenlace de esta triste historia, su estrategia no obtuvo el fulminante efecto que buscaba. Desde entonces me pregunto si no habremos llegado de una vez al auténtico y definitivo final del bipartidismo, tantas veces anunciado y nunca consumado.

Los críticos del PSOE han pretendido aplicar una solución del siglo XX a una situación del siglo XXI. Hay quien ha pedido incluso que se suspendan las primarias. Y no se trata de estar a favor o en contra de la elección directa del líder, sino de que, a estas alturas, esa petición es tan incomprensible como si

hubiera sido formulada en sánscrito. La adaptación al cambio es la clave de la supervivencia. Aunque parezca mentira, un partido tan rancio en apariencia como el PP lo ha entendido mucho mejor. Después de atraerse a Ciudadanos, ni siquiera necesitan discutir sobre las primarias.

Comprensión

Ni todas las víctimas son iguales, ni todas merecen el mismo cariño

En España, en 2017, la comprensión de María Dolores de Cospedal hacia las víctimas del accidente del Yak-42 es digna de alabanza. La misma que en ningún momento han merecido hasta ahora los responsables de otros accidentes, como el del metro de Valencia, el Talgo de Angrois, o la tragedia del Madrid Arena, miembros todos ellos del partido del que la ministra de Defensa sigue siendo secretaria general. Ya sabemos que, en contra de lo que dictan la sensibilidad y el sentido de equidad que constituyen, o al menos deberían constituir, atributos esenciales del patrimonio emocional y moral común a todos los seres humanos, también hay ricos y pobres más allá de la muerte.

Al hacer de la necesidad virtud, Cospedal ha trazado una nueva línea que divide a las víctimas españolas en dos nuevas categorías, en función de la existencia o la ausencia de un dictamen proveniente de una institución de determinada categoría. Las víctimas del franquismo acaban de descubrir que el Consejo de Estado puede más que la ONU. Los países, como las víctimas, no son todos iguales, y en este estamos tan acostumbrados a que nos cuenten que las cosas suceden porque sí, o que han pasado ya hace mucho tiempo, o que son culpa de todos y, por tanto, de nadie, que una víctima del Yak ha definido la actitud de Cospedal como «oro moral».

Dado su previo estado de abandono, esta reacción es muy comprensible, pero conviene recordar que tanto los familiares de los muertos como la

sociedad española merecen mucho más que comprensión. Si no se emprende una investigación objetiva e implacable sobre la contratación del vuelo, la ausencia de seguro, la chapuza forense, los indultos y los ascensos, la sonrisa de la ministra no será más que un nuevo y definitivo agravio.

Los servicios públicos son propiedad de todos nosotros

Al llegar a la puerta del Centro de Salud, Venancio ve las pancartas, escucha los cánticos, mira las pintas de los jóvenes que están en primera fila y se siente fatal, fuera de sitio, infinitamente traidor, pero cuando está a punto de volver sobre sus pasos, recuerda todo lo que tiene que perder.

Almudena Grandes, *Los besos en el pan*

Que no Niégalo todo, que algo quedará

Yo tengo un amigo —caribeño, dominicano por más señas— que recomienda negarlo todo siempre, por principio, en ciertas crisis de pareja. Aunque mi mujer me pille con la vecina en nuestra propia cama, yo le digo que no. Y si me dice: te he visto, yo le digo: no me has visto, y si dice: pero si yo estaba allí, le digo: no, no estabas allí, y que no, que no y que no. Siempre hay que negarlo todo, concluye, porque, además, tu pareja al final te lo agradece.

Los dirigentes del PP han aplicado esta pintoresca receta de armonía conyugal durante las últimas semanas, mientras la opinión pública les pillaba cada día en un desliz a veces modesto, como los trajes de Camps, otras más suculento, como los mil millones que Correa llevaba de aquí para allá. En todo caso, se han limitado a decir que no, que no y que no, de todas las formas posibles. El escueto «no me consta» de Rajoy, la expresión amenazante con la que Sáenz de Santamaría exhibía la querrela contra Garzón, y la penosa hipótesis de Aguirre acerca de que la pareja de Brad Pitt sucumbiera a los encantos del muñeco de Famosa que es su consejero de Sanidad, han sido solo algunas variantes de una estrategia destinada a tratar al electorado igual que a una pareja engañada. Y, como los cónyuges infieles, siempre con los dedos cruzados en la espalda.

Pues bien, el recurso que ha permitido a mi amigo consolidar un matrimonio feliz ha dado también excelentes resultados en esta campaña. Podría concluirse que a los electores les trae sin cuidado la corrupción, o que la consideran inherente al mecanismo de los propios partidos, ya que nadie puede tirar la primera piedra, pero en estas elecciones hemos aprendido algo

más. Todos, que no vale la pena gastar dinero público en encargar encuestas.
Y yo, que si en otra vida soy columnista, tendré mucho cuidado en no escribir los lunes.

Cuenta y riesgo

El Estado no debería intervenir a favor de una empresa privada

Ahora que los tripulantes del *Alakrana* están en sus casas, sanos y salvos, supongo que ya se pueden hacer algunas consideraciones. Recordar, en primer lugar, que ese barco no pertenece al Estado español, sino a un señor. Que ese señor fue avisado en su momento de que si faenaba fuera de una determinada área de seguridad se exponía a que secuestraran su nave. Que, en el libre ejercicio de su iniciativa, decidió desoír esos avisos y, por desgracia, su nave fue secuestrada. En nuestro idioma existe una expresión muy precisa para estos casos: por su cuenta y riesgo. Por eso, es cuando menos sorprendente que ni la cuenta, ni el riesgo, parezcan pertenecer ya al dueño del *Alakrana*.

El otro día, Sáenz de Santamaría le espetó a Fernández de la Vega en el Congreso que su Gobierno tiene un serio problema a la hora de hacer uso de la fuerza. Es probable. El uso de la fuerza en el Tercer Mundo es, en sí mismo, un problema. Menor, en mi opinión, que la empanada mental que representa el concepto de propiedad privada para la portavoz del PP. En estos últimos días, su partido ha clamado contra cualquier intento de regular la economía, afirmando que la recuperación y el crecimiento solo pueden provenir del libre ejercicio de la iniciativa empresarial. Entonces, ¿cómo se explica su exigencia de que se emplee al Ejército para proteger a unos barcos que son propiedad privada de algunos empresarios?

El Ejército español lo pagamos todos los ciudadanos de este país, con independencia de que nos guste, o no, recurrir al uso de su fuerza. El PP

debería escoger entre su nostálgico modelo de *pais-macho* —incompatible, por otra parte, con sus reproches por la captura de dos piratas— y su pretensión de reducir el Estado a un raquítico esqueleto formal. Y quienes actúan por su cuenta y riesgo deberían pagar sus cuentas y asumir sus riesgos.

Agentes y señorías

Cuando los jueces dan más miedo que la Guardia Civil

En mis primeros años, los últimos del franquismo, solo existía una cosa en el imaginario colectivo español que infundiera tanto temor como un tricornio acharolado. No era la muerte, sino un uniforme gris. Aún recuerdo un protocolo físico, automático, que consistía en encoger los hombros, bajar la mirada, y aplicar el consejo que la mayoría de los padres daban a sus hijos cuando empezaban a andar solos por la calle: tú, de entrada, si te dice algo, llámale «agente», no se vaya a mosquear...

La alegría que nos llevamos al ver venir a la Guardia Civil cuando el coche nos ha dejado tirados en la carretera, representa una de las grandes conquistas de la democracia española. Por eso produce más tristeza que pasmo la impresión de que aquella alarma universal se haya trasladado, en los últimos tiempos, a una institución creada para proteger a los ciudadanos de, entre otras cosas, los excesos de las fuerzas represivas del Estado.

Hoy por hoy, nada en España da más miedo que un juez, tanto cuando condena —a la cárcel, a periodistas por publicar informaciones veraces— como cuando opina —que es lástima que un marido que acaba de matar a su mujer se suicide, siendo tan abundantes las falsas denuncias por maltrato—, y no digamos ya cuando se colocan, todos ellos como un solo hombre, de espaldas a la sociedad, para respaldar a ciegas los errores, por acción u opinión, de sus compañeros.

Los jueces deberían reflexionar sobre el descrédito de su profesión,

porque su relevancia va mucho más allá de ellos mismos. El Gobierno y la oposición deberían asumir sus culpas en el estancamiento de los órganos judiciales, aunque eso no baste como coartada. Y los demás, si esto no cambia, tendremos que acostumbrarnos a añadir, al darle a los niños las llaves de casa: y tú, si ves una toga, de entrada, llámale «señoría», por lo que pueda pasar...

Te quiero

Palabras de amor entre corruptores y corrompidos

El sumario del caso Gürtel ha vomitado una abrumadora cantidad de cifras, euros y más euros volando, reptando, buceando en todas direcciones. Pero las palabras también son importantes, y algunas resultan más escandalosas, más obscenas que el saldo de la cuenta corriente de Bárcenas. Así, el verbo «querer» explota como una traca en las conversaciones de El Bigotes con las esposas de los dirigentes del PP valenciano. Te quiero. Y yo a ti. Ya sabes cómo te quiero. No sé si sabes tú cuánto te quiero yo. Te queremos. Yo os quiero muchísimo... Lo mejor de la condición humana se expresa en frases como estas, tan comunes que todos las hemos pronunciado alguna vez, tan extraordinarias que solo las personas más afortunadas pueden repetir las todos los días. En la misma medida, una expresión universal de la vileza humana consiste en la malversación de estas palabras, la grotesca deformidad que las pervierte cuando se ponen al servicio de un interés distinto del amor, que la tradición ha vinculado casi siempre con la ambición. De influencia, de poder, de riqueza.

La lectura contemporánea de la honradez de la mujer del César se aparta del sentido clásico. Los «te quiero» tampoco tienen que ver con las encuestas, con los programas electorales o la lealtad a unas siglas, y la política como pasión —ese memorable vestigio arqueológico— excluye, por definición, los regalos de un millón de euros. Pero el amor revela, en todos los sentidos, la integridad de las personas. Comprar favores con joyas es un delito. Usar

palabras de amor para envolverlos o agradecerlos, no lo es, y sin embargo, dice cosas tan feas del emisor como del receptor que tolera tal mensaje. Si eran fingidas, malo. Si eran sinceras, peor. Su intensidad representa, eso sí, la máxima expresión de contundencia que el entorno del PP ha producido en relación con este caso.

Despropósitos

Recetas de la patronal para acabar con la crisis

Vivimos una época de despropósitos. La crisis desborda a diario los límites de su origen financiero, para introducir en nuestra vida cambios que hace unos años, incluso unos meses, nos habrían parecido inverosímiles. Caminamos hacia un nuevo ciclo en el que no solo tendremos cada vez menos derechos. También muchos valores han empezado ya a cambiar de signo, pero todavía existen unas pocas cosas que siguen repugnando a la razón. ¿Se imaginan a un violador en el puesto de asesor de la ministra de Igualdad, a un psicópata de ministro de Sanidad, a un pirómano de delegado de Medio Ambiente? Díaz Ferrán, experto en hundir sus propias empresas, sigue representando a los empresarios españoles sin complejos. Impone remedios para el paro como si no llevara a un montón de parados sobre su conciencia, sugiere medidas para la reactivación económica como si no hubiera contribuido a su desactivación, anatemiza a las centrales sindicales como si fuera una víctima, y hasta se permite el lujo de ponerse colorado de indignación cuando sus dirigentes se niegan a aceptar que la solución de todos los problemas sea mucho más despido y mucho más barato.

Se diría que este enigma desafía a la ley de la gravedad, pero su solución es muy sencilla. A la patronal, todo le da lo mismo. Si los empresarios son capaces de perseverar en un despropósito que sumiría en un sonrojo intolerable a cualquier otra organización de este país, es porque sienten que tienen la sartén por el mango, y lo peor es que es verdad. Díaz Ferrán puede

estar satisfecho, porque algunas cosas no cambiarán nunca. Muchos de sus trabajadores ya no lo son, porque están en el paro, pero otros, todos los que aceptan la degradación de sus condiciones y el recorte de su salario sin rechistar, trabajan para afianzarle en su cargo. De todos los despropósitos, ninguno comparable a ese.

Un suponer

La persecución del juez Garzón

Esta columna es pura ficción.

En un país que —es un suponer— se llama España, el Tribunal Supremo persigue a un juez que —es un suponer— se apellida Garzón por tres causas distintas, entre las que parece descollar la desencadenada por la querrela de un partido antidemocrático que en cualquier otra nación de un continente llamado —es un suponer— Europa sería ilegal. Su delito consiste en amparar a las víctimas de una sanguinaria dictadura que se prolongó durante casi cuatro décadas. Pero la autoridad judicial le sienta antes en el banquillo por otra causa.

El juez Garzón va a ser procesado antes que los imputados de un delito continuado de corrupción, por haber ordenado que se grabaran las conversaciones que los responsables de la red más abrumadora de la historia de la democracia sostuvieron en la cárcel con sus abogados. Y este anuncio se produce un mes y medio antes de unas elecciones en las que un partido cuyas siglas son —es un suponer— PP presenta como candidatos a casi una docena de imputados en aquel proceso.

Como escribo ficción, soy libre de conjeturar que la intención del Supremo consistiría en desmontar la causa de una red denominada —es un suponer— Gürtel, al proclamar que considera más urgente, y por tanto más grave, el caso de las escuchas que el delito original. Al asumir que se perjudicó la defensa de los imputados, la opinión pública podría sospechar que los cargos que pesan contra ellos son dudosos, irregulares. El tribunal se convertiría así en la más eficaz oficina electoral de un partido político, en

lugar de velar por los intereses de todos los ciudadanos. Y estos no tendrían ninguna posibilidad de oponerse a una maniobra política indecente, blindada sin embargo por el principio que establece la separación de poderes. Pero esto no es más que un argumento de ficción. Lo que se dice un suponer.

La libertad

En defensa de la Propiedad Intelectual

Un campo francés, enero de 1939. Manuel Altolaguirre se había puesto toda su ropa encima para salir de España. Un soldado que estaba tiritando celebró la calidad de su abrigo. El poeta se lo quitó, se lo dio, y siguió desnudándose, hasta dárselo todo a quienes le rodeaban. Poco antes, o después, en otro punto de la frontera, era Antonio Machado quien tiritaba. Otro soldado le reconoció, y le regaló su manta. Hasta entonces, la cultura y el pueblo de España fueron una sola cosa. Quienes deseaban la vida de la muerte y la muerte de la inteligencia, se ocuparon de arreglarlo.

Ahora que los empresarios de Internet plantean la defensa de la propiedad intelectual como una guerra entre los creadores y los ciudadanos, conviene recordar estas viejas lecciones. Porque los creadores somos, antes que nada, ciudadanos. Nuestro trabajo está tan indisolublemente unido a las inquietudes y necesidades de la sociedad, que no existiría sin ella.

Por eso es doloroso comprobar cómo argumentos que se fundan en una defensa a ultranza de la iniciativa privada y niegan al Estado cualquier derecho a legislar o regular un sector del mercado, han logrado disfrazarse de principios progresistas en una operación de demagogia sin precedentes. En otras palabras, quienes salen a la calle para pedirle al Gobierno que regule los mercados y legisle a favor de los derechos laborales, celebran el fracaso de la «ley Sinde». Se diría que nosotros no trabajamos, y por eso, no tenemos derecho a cobrar por nuestro trabajo.

Hay hasta quien, en nombre de la libertad de expresión, propone que recurramos a los mecenazgos privados para subsistir. No es nada nuevo. Hasta

el siglo XVI, la cultura dependía de la caridad de los poderosos. Hagan memoria, proyecten sus conclusiones en el futuro y mediten un instante sobre la palabra «libertad». Mientras tanto, feliz Navidad.

Hagan juego

El timo de Eurovegas

No soy aficionada a los juegos de azar porque cultivo mi propia manera de ser supersticiosa. Si, por un simple cálculo de probabilidades, tengo una cuota de suerte asignada en la vida, prefiero cobrarla en cosas más importantes que el dinero y trabajar para pagar mis facturas. La sensación de que apostar en una ruleta es algo semejante a malbaratar la fortuna en una tontería, me hace a los jugadores poco simpáticos, pero mucho más antipáticos me resultan los puritanos. Tengo otras razones para detestar el proyecto de Eurovegas.

Que dos Gobiernos democráticos, los que presiden Aguirre y Rajoy, concentren todas sus ilusiones en el desarrollo de un inmenso casino, representa una humillación colectiva difícil de soportar. Que unas autoridades cuyas políticas nos han empobrecido drásticamente, destruyendo el patrimonio público que heredamos de nuestros antepasados, se muestren capaces de crear una isla de ilegalidad para atraer a presuntos grandes inversionistas extranjeros, es un insulto a los asfixiados contribuyentes españoles. Pero ni siquiera eso me inquieta tanto como las concesiones de las que no se ha hablado todavía.

Dicen que Eurovegas creará doscientos cincuenta mil empleos. No sé si esta cifra incluye, o no, a las prostitutas de lujo, o no, que se afincarán en Alcorcón, o no, si Eurovegas llega a ser realidad. Tampoco importa mucho, porque las condiciones laborales que se impondrán a todos los trabajadores del complejo serán similares, con independencia de la tarea que desempeñen. Si Adelson de verdad tiene dinero, y de verdad lo trae aquí, la excepcionalidad que ha exigido al Estado privará a un cuarto de millón de

españoles de derechos tan elementales como pertenecer a un sindicato o negociar un convenio colectivo. ¿Y al próximo que venga, qué? Hagan juego, señores, y elijan el número al que vamos a jugarnos la Constitución.

Palabras

Maneras de mentir

Ana Botella dijo que la calidad del aire en Madrid es la mejor de la Historia (la mayúscula es mía, aunque en este caso, sin duda, la realidad no supera a la ficción). José Bono recibió a Obiang diciendo que son más las cosas que nos unen (a los españoles con los guineanos, acoto yo de nuevo, no a él con su dictador) que las que nos separan. Desde que se presentó como un nuevo partido democrático, Sortu insiste en subrayar que aplica el verbo «rechazar» (que no aparece en ningún diccionario como sinónimo del verbo «condenar») a la violencia de todo tipo, incluida la de ETA. Al dirigirse a los manifestantes de la plaza Tahrir, Hosni Mubarak los llamó hijos, proclamó que había escuchado su mensaje, y asumió sus reivindicaciones de cambio (que se concretan en una sola, ¡Mubarak, vete ya!) como un compromiso que le impulsaba a permanecer en el poder.

Desde las meteduras de pata más chistosas a los malentendidos inocentes, desde la perversión conceptual hasta la expresión formal de la tiranía, todas las historias, con mayúscula o con minúscula, se cuentan con palabras. Solo puede pensarse aquello que se dice, porque todo lo que existe tiene un nombre. Por eso, los silencios, las omisiones, las lagunas y, sobre todo, los errores, pueden llegar a ser tan elocuentes como las oraciones en las que se insertan. Todos nos equivocamos todos los días, pero al decir cosas importantes, solemos ser conscientes del significado de las palabras que elegimos. Nadie equivoca sus intenciones, ni a su interlocutor, cuando dice «te quiero» o «esto nunca te lo perdonaré».

Aunque parece que ellos no se dan cuenta, el principal problema de los

políticos no es la economía, ni el paro, ni las encuestas, sino el desprestigio de su función. Mientras sigan escogiendo palabras equivocadas, los ciudadanos seguirán pensando que lo que dicen no es importante.

Atraco

Mi voto vale menos que los demás

Los ricos siempre han podido permitirse el lujo de ser elegantes. La caridad, la generosidad y hasta la condescendencia con los pobres quedan bien y salen gratis. Pero los parias no tienen más patrimonio que la rabia, porque su miseria es fruto de la codicia de quienes tienen más y nunca tienen bastante. Por eso, suelen hacer papeles feos, que encarnan el rencor, la torpeza, el egoísmo. Ese es el papel que yo voy a representar aquí, pero antes les voy a explicar por qué.

Si mi voto valiera lo mismo que el de Sáenz de Santamaría, analizaría mi victoria con la preocupación de constatar que, después de haberles mentido tanto, los ciudadanos ya saben que a los mercados les importa un bledo que gobierne o no Mariano. Si mi voto valiera lo mismo que el de Duran i Lleida, celebraría la astucia de los míos, que apenas han esperado unas horas para imponer los recortes que han ocultado durante la campaña. Si mi voto valiera lo mismo que el de Martín Garitano, afrontaría el futuro con optimismo. Si mi voto valiera lo mismo que el de Josu Erkoreka, me sentiría, al menos, salvada por la campana. Si mi voto valiera lo mismo que el de Rubalcaba, estaría aterrada, lo confieso, ante el panorama de un congreso ordinario que consolidara el liderazgo de los grandes perdedores de la historia del PSOE ante el horizonte de la representación parlamentaria más endeble desde 1977.

Todo eso haría yo si mi voto valiera lo mismo que el de los demás, y quedaría como una señora, pero no me lo puedo permitir. Los parias, ya se sabe, somos rencorosos, torpes, egoístas, y la papeleta de Izquierda Unida que yo meto en la urna, siempre vale menos que otras. Esta vez, por ejemplo, ni

siquiera la tercera parte de lo que ha valido una papeleta de Amaiur. Así, me permitirán que condense mi análisis del resultado del 20-N en una sola frase: la ley electoral es un atraco.

Placer

Cuando Merkel gobernaba en España aunque nadie la hubiera votado

Es un chiste muy viejo, y seguramente, ni siquiera muy bueno, aunque a mí me gusta porque parece hecho a mi medida. Un español le dice a otro: yo soy de izquierdas, republicano y del Atleti. El otro se le queda mirando con cara de pena y le pregunta: y tú, ¿cuándo disfrutas?

El 20 de noviembre, al conocer el resultado de las elecciones, evoqué, como tantas otras veces, este chiste. Lo que jamás pensé es que la actitud del nuevo Gobierno volvería a recordármelo tan pronto. La expresión con la que Sáenz de Santamaría, los ojos duros, el gesto forzadamente adusto y esa vocecilla de matona que le ha sobrevenido con la vicepresidencia, advierte que esto es solo «el principio del principio», me inspira una pregunta semejante a la del chiste: ¿y para esto queríais el poder? Tanta chulería, tanto sacar pecho, tanto prometer el regreso a 1996 y que España volvería a importar en Europa, ¿para esto?

Como, a pesar de las apariencias, no es razonable suponer que Soraya disfrute chinchando a los españoles, como no habrá disfrutado Rajoy, supongo yo, arrodillándose ante Merkel, que es quien ha conseguido que suban los impuestos en un país donde nadie la ha votado, es legítimo especular con las oscuras fuentes de placer del Gobierno del PP. Como muestra, basta la congelación del salario mínimo interprofesional, una medida que ni estimula el crecimiento, ni crea riqueza, ni incentiva el ahorro, ni hace otra cosa que agravar la situación económica. ¿De todos? No. Los empresarios están tan

contentos como los alemanes. Si esto es lo que Rajoy entiende por gobernar para la mayoría, todavía tendré que agradecerle la oportunidad de darle la vuelta al chiste de mi vida. Cuando sus votantes empiecen a pagar por las recetas, podré advertirles que se lo tienen muy bien empleado. Será un placer mezquino, lo sé, pero no dejará de ser un placer.

Derroche Gallardón y su cruzada contra el aborto

Señor Gallardón: usted lo sabe. Sabe que en el instante en el que su partido pierda el poder, una de las prioridades esenciales de su sucesor será abolir su reforma de la ley del aborto. La reforma que ha emprendido en contra de la voluntad mayoritaria de los ciudadanos. Una reforma que cumple, según sus declaraciones, una promesa electoral del PP, es decir, un artículo del mismo programa que el señor Rajoy incendia todas las semanas para encender el puro que se fuma después del Consejo de Ministros.

No le voy a preguntar si no le da vergüenza porque su respuesta me trae sin cuidado. Me da tanta vergüenza a mí, que con eso tengo bastante. Sin embargo, me gustaría subrayar que usted, desde el Gobierno paladín de la austeridad, del sentido del Estado y de la inflamada defensa de la marca España, ha emprendido, como el señor Wert, como la Mato —porque las sospechosas de corrupción no son señoras, sino presuntas delincuentes—, el camino del derroche y el gasto superfluo, para acentuar un poco más la fragilidad de nuestra democracia.

Tampoco voy a defender la ley de plazos. No hace falta cuando hasta la mayoría de sus votantes la apoyan. Pero estoy cansada, amargada de vivir en un país anormal, donde nada progresa, entre otras razones, porque hay que cambiar la legislación de casi todo cada cuatro años, en un péndulo inmutable de rencores y desafíos. Usted ha vuelto a darle cuerda a la maldición del bipartidismo caníbal, aunque sin duda es consciente de que a su ley le quedan los mismos días de vigencia que a su persona en el Ministerio de Justicia. Por eso le voy a hacer otra pregunta. Si ya sabe que se la van a tumbar más pronto

que tarde, ¿por qué derrocha en esa reforma el tiempo, el dinero y la energía necesarios para paliar, si no resolver, los auténticos, incontables problemas que tanto hacen sufrir a los españoles?

Estado

Los estibadores tienen la culpa de todo

No me refiero a la(s) palabra(s) que describen el ánimo del usuario en las redes sociales, sino al otro. Y, más concretamente, a ciertas expresiones que lo incluyen, como responsabilidad de Estado o sentido del Estado, bellos conceptos que deberían atañernos a todos pero que, últimamente, el Gobierno esgrime como un arma arrojadiza contra toda o una parte de la ciudadanía.

Tras una derrota parlamentaria vivida como una tragedia inconcebible —curiosa reacción para un partido que no posee mayoría en la Cámara—, el PP se ha envuelto en la bandera del Estado para regañar a todos los partidos que han votado en contra y amenazar con nuevas elecciones. Lo más grave es que sus portavoces culpan ya a los estibadores de la multa que tendremos que pagar todos los españoles, debido a que este Gobierno no solo no ha sido capaz de negociar un acuerdo satisfactorio con las partes, sino que ni siquiera ha mostrado mucho interés en lograrlo. El sentido del Estado se transfiere así, por tanto, a unos trabajadores que serían culpables de haber luchado por conservar su empleo y su salario, en lugar de irse al paro tan contentos por el bien de todos, excepto de sí mismos y de sus familias. Es un despropósito tan descomunal que hasta me duele escribirlo. Más ridículo resulta todavía que, amparándose en términos como estabilidad y sensatez, el Gobierno advierta que puede convocar nuevas elecciones si su derrota se repite. Pero más absurdo resultaría aún que sus amenazas resultaran efectivas precisamente ahora, cuando su minoría parlamentaria ha quedado en evidencia.

Lo más triste es que no me extrañaría que fuera así. Y estoy segura de que nos venderían las nuevas elecciones como un ejercicio de responsabilidad y

sentido del Estado.

Lobbies

Contra Rivera y su proyecto de regulación de la gestación subrogada

Les prometo que no quería resultar pesada. Pensaba explorar en esta columna las hipotéticas, sutiles conexiones entre la ausencia del Rey emérito en el Congreso y el hecho de que su sucesor recurriera al término «dictadura» para calificar al franquismo, pero hay cosas superiores a mis fuerzas. Antes de sentarme a escribir, unas declaraciones de Albert Rivera han torcido mi voluntad.

Al hablar de la gestación subrogada, se ha preguntado quién es él para limitar la libertad de una mujer. Y yo me pregunto por qué no se pregunta quién es él para limitar la libertad de un enfermo desahuciado que desea dejar de vivir, puesto que su partido va a votar no a la legalización de la eutanasia. Han dicho que es un tema delicado y requiere dictámenes expertos, como los que, por lo visto, no necesitan cuando un tema atañe en exclusiva a las mujeres, dado que el Comité de Bioética de España ya se ha pronunciado en contra de la regulación que defienden.

Cabe concluir que Rivera practica un liberalismo con perspectiva de género, machista, en mi opinión. Y no solo porque llame *lobby* al movimiento feminista —no sé si daros la enhorabuena o el pésame, chicas—, sino porque declara que, gracias a la gestación subrogada, todos podrán ser padres. Me permito apuntar que si se aprobaran medidas contra la brecha salarial y la discriminación de las trabajadoras en edad fértil, todas podrían ser madres y, a partir de ahí, solo en el caso de que hubieran dejado de morir españolas

asesinadas todas las semanas, quizás podríamos empezar a debatir con serenidad.

Mientras tanto, el único *lobby* cuyo poder no se puede discutir es la alianza del viejo machismo con la nueva misoginia, por muy liberal y progresista que pretenda ser la máscara tras la que se esconde.

Madrid

Madrid es de los madrileños y de nadie más

Es una villa que nunca ha llegado a ostentar el título de ciudad aunque, contando con su área metropolitana, en ella vivimos 6,5 millones de personas. Algunas hemos nacido allí y no somos de ningún otro lugar. La mayoría tiene orígenes muy diversos, aunque no se distinguen del resto porque nosotros no usamos palabras como *maketo* o charnego.

Como en cualquier otra urbe de su tamaño, en Madrid convive gente de todas las ideologías, que piensa de todas las maneras y vota a todos los partidos. En la actualidad, su Ayuntamiento es de izquierdas mientras que en la Comunidad gobierna la derecha, porque el porcentaje mínimo para obtener representación parlamentaria es del 5 por ciento y no del 3 por ciento, como en origen, desde que el PP lo cambió para perpetuarse en el poder. De lo contrario, allí también gobernaría la izquierda. Entre los líderes políticos actuales, solo hay dos madrileños. Son Pedro Sánchez y Pablo Iglesias. Ustedes se preguntarán por qué les cuento todo esto, si lo saben de sobra.

Se lo cuento porque, durante toda mi vida, he pagado un precio por ser de Madrid, que consiste en que, de entrada, me tomen por lo último que soy, una facha. A eso ya estoy acostumbrada pero, recientemente, las circunstancias parecen haber impuesto un nuevo uso del nombre de mi ciudad, que se ha convertido en sinónimo de Gobierno de España e, incluso, de Estado español.

Por eso, aprovechando el momento de descanso que nos ha regalado la partida de *ping-pong* semántico a la que están jugando Rajoy y Puigdemont,

me atrevo a solicitar, en aras de la objetividad, del derecho a la defensa de la propia identidad y del respeto al hecho diferencial, que nos devuelvan Madrid a los madrileños y empiecen a llamar a cada cosa por su nombre.

España huele muy mal

Sé que muchos han reconocido los pagos realizados para llegar a un acuerdo con la Fiscalía, pero sigo teniendo la impresión de que, si no han tenido la suerte de que sus delitos prescriban a tiempo, los corruptores permanecen en un confortable claroscuro, lejos de la cruda potencia de los focos. Hace algún tiempo concluí que, así, la corrupción no terminaría nunca. Es lo mismo que sigo pensando ahora.

Almudena Grandes, «Corruptores»,
El País, 22 de enero de 2018

Epílogo

Las agencias de calificación, un sindicato del crimen

Un argumento pesado, recurrente como una pesadilla. La ingeniería financiera mundial da la voz de alarma, desata el terror, provoca una crisis y se las arregla para incrementar sus beneficios gracias a ella. Faltaba el epílogo, aprovechar la situación para machacar al enemigo, y ya lo tenemos aquí. Cuando la película parecía a punto de terminar, aparece un nuevo protagonista de naturaleza siniestra y tentacular, a quien no le tiembla el pulso al señalar a los verdaderos culpables: las organizaciones sindicales y el Estado de bienestar. Solo de nuestra renuncia a los derechos conquistados durante largas décadas de lucha, debemos esperar la salvación.

Nadie parece inquietarse porque ignoremos demasiadas cosas. Quiénes son, por ejemplo, los propietarios de esas fantasmales agencias de calificación que funcionan como una mafia universal. Por qué no tienen un portavoz que dé la cara y responda a preguntas. A qué intereses obedecen, aparte de fortalecer el dólar en detrimento del euro, un objetivo que, a estas alturas, es ya meridiano hasta para quienes carecemos de mentalidad conspirativa. Y por qué, mientras las reivindicaciones de los trabajadores se presentan como el colmo del egoísmo insensato, no se plantean medidas de control frente al calculado, rentable pánico de los especuladores.

En los últimos días, he escuchado pronunciar el venerable nombre de Grecia con tal desprecio, que demasiadas veces, y en muchos idiomas distintos, ha evocado en mis oídos el acento de Adolf Hitler. Y no he podido

evitar que un profundo prejuicio racista arraigue en mí. Sí, lo confieso. Si algún día caigo fulminada en plena calle con un bebé entre los brazos, siempre se lo confiaré antes a un sindicalista griego que a un financiero anglosajón. Vivirá peor, pero su espíritu permanecerá a salvo de la despiadada crueldad de los cínicos.

Resaca

Tristeza tras la huelga general contra la reforma laboral de Zapatero

No todas las resacas son iguales. Las hay sonrosadas, placenteras pese al agotamiento y a ese tenue, doloroso zumbido que delata en las sienes los excesos. También existen las resacas malas, endurecidas por la conciencia de haber roto algo, una fiesta echada a perder, un amigo que se ha sentido traicionado, una equivocación de graves consecuencias. Pero las peores son las resacas tristes. Las que te dejan sin ganas de levantarte de la cama. Las que te hacen dudar hasta de cómo te llamas. Las que apenas proyectan sombras negras en el futuro. El 29-S me ha dejado en el paladar el regusto amargo de las resacas tristes. La diligencia con la que la vicepresidenta económica enseñaba al día siguiente el dispositivo de memoria que contenía los Presupuestos, la condescendiente sonrisa con la que la vicepresidenta primera invitaba a Méndez al diálogo, la pose patriarcal, institucional, casi decimonónica en el gesto, que el presidente adoptó para tratar a los líderes sindicales como a unos chiquillos revoltosos, que no tienen mal corazón pero ignoran la verdad, el abrumador peso de la púrpura, me ha hecho más daño que los desprecios de la patronal, que la altivez del PP, que el sarcasmo de algunos titulares que estaban escritos antes de que salieran a la calle algunos periódicos.

Yo también desconozco el peso de la púrpura, pero me sé algunas verdades de andar por casa. Entre ellas, la más relevante fue la que me enseñó una Puerta del Sol abarrotada de gente. Ignoro cuántos éramos, pero sé que

éramos muchos, y que ninguno de nosotros ha votado ni votará nunca al PP. Después de eso, la seguridad de Zapatero en que sus reformas demostrarán sus benéficos efectos en cuatro o cinco años, como si él fuera a estar allí para recogerlos, me parece una ingenuidad incomparable con la convocatoria de esta o cualquier otra huelga general.

Demagogia

Hablar del precio del rescate de Bankia es de mal gusto

Alfonso Alonso, portavoz del PP en el Congreso, pidió que no se hiciera demagogia a propósito de Bankia. Me parece una petición loable, porque la demagogia siempre es peligrosa. Tanto, que conviene analizar con mucho cuidado el contexto en el que se invoca. Hay palabras afiladas, que cortan como cuchillos.

Al hacer esa petición, Alonso no se dirigía al Gobierno. Ni siquiera, creo yo, a la oposición. Hablaba sobre todo para la ciudadanía, para esa opinión que, a este paso, dentro de poco será el único término al que pueda aplicarse el adjetivo «pública» en este país. Nos estaba pidiendo que no relacionáramos la crisis de Bankia con esos jubilados que van a tener que pagarse la ambulancia para ir al hospital, con esos bebés a quienes sus padres solo podrán vacunar si pueden pagarles la triple vírica, con esos enfermos de sida que ven peligrar su tratamiento, con esos niños que no pueden ir a clase porque las limpiadoras de su colegio no cobran desde hace cinco meses, con esos jóvenes que ni siquiera podrán llegar a ser universitarios en paro porque tendrán que abandonar la carrera antes de terminarla. Nos estaba pidiendo que no relacionáramos el país donde vivimos con los miles de millones procedentes de nuestros impuestos que le va a costar al Estado salvar a un banco privado. Nos estaba pidiendo que renegáramos de nuestros ojos, de nuestros oídos, de nuestra razón y nuestro corazón. Y nadie, nunca, debería atreverse a pedirnos tanto.

Escribo estas palabras y soy consciente de que cualquier auditor de Bankia podría alegar al leerlas que soy una ignorante que no sabe lo que dice, pero sigo escribiendo. Porque una cosa sé con certeza, y es que nada puede ser más grave, más importante, más urgente que el sufrimiento de mis semejantes, la pavorosa realidad que basta para redefinir, por sí sola, el término «demagogia».

La gangrena

Apuestas sobre los corruptos que jamás iban a ir a la cárcel

Últimamente pierdo todas mis apuestas. No me preocupa, estoy acostumbrada, pero me amarga la condición, la edad de los ganadores. No va a pasar nada. Mis hijos y sus amigos, entre los veintiocho y los dieciséis años, llevan semanas pronosticando que todos los procesos se atascarán, que todos los culpables saldrán bajo fianza, que todos los sospechosos resultarán inocentes, que nadie irá a la cárcel y no habrá pasado nada. Yo he intentado llevarles la contraria hasta ayer. Hoy, a punto de tirar la toalla, me estremece el miserable destino que nos hemos labrado.

Porque es miserable, más que triste, que quienes hemos crecido bajo una dictadura nos empeñemos en enarbolar la bandera de la esperanza, de la ilusión y la normalidad democrática, para que jóvenes criados en la democracia interpreten nuestros gestos como una muestra de ingenuidad casi senil. Aquí no pasa nada, nunca ha pasado nada excepto esa irremediable desilusión, el hastío que crece, día tras día, entre los españoles menores de treinta años. Ningún otro índice es capaz de expresar la pésima salud de nuestra democracia con más precisión.

Tampoco es de extrañar, en un Estado que se fundó en los silencios más que en las palabras, en la eficacia del miedo y los peligros de la alegría. Hasta hoy. Porque ahora resulta que los que tienen ánimo y arrojo para protestar por el escándalo sin límite de la corrupción que padecemos, son unos violentos que encarnan una amenaza para la democracia. ¿Qué democracia? ¿La de los

grandes partidos que se sostienen entre sí; la de los jueces que dilatan las instrucciones durante décadas; la de los apañeros parlamentarios que garantizan la impunidad de los culpables? España huele cada vez peor, a úlcera vieja, mal vendada. Cuando la gangrena llegue al corazón, agonizará pidiendo calma, emitiendo mensajes de tranquilidad, y nos lo tendremos muy bien empleado.

No, no y no Rajoy solo sabe decir que no

Si tienen ustedes hijos recordarán que, de pequeños, se protegían de cualquier realidad hostil cerrando los ojos, escondiéndose bajo una manta o negando haber abierto una caja de bombones con la boca manchada de chocolate. Pero si te estoy viendo... Que no. Si te he visto... Que no. Si sé que has sido tú... Que no, que no y que no.

Como Rajoy tiene hijos, igual piensa que es una buena idea, que le rejuvenece, que nos hará gracia. El juez Ruz da por cierta la contabilidad B del PP, y él dice que no. Vemos fotos escalofriantes que documentan el efecto de las concertinas sobre la piel humana, y vuelve a decir que no. Los supervisores europeos pronostican nuevos recortes, y repite que no. La comunidad educativa exige una vez más la dimisión de Wert, Fernández Díaz se ve obligado a rectificar el proyecto de su —en cualquier caso inadmisibile— Ley de Seguridad, no logra escapar a una rueda de prensa donde se le recuerda su antiguo y ferviente apoyo a Carlos Fabra, y su respuesta es siempre la misma, que no. Que no voy a hacer cambios en el Gobierno, que no acepto presiones de nadie, que no comento ese tema porque hoy no toca.

Yo no tengo ningún interés en escuchar a Rajoy, pero más allá de mi alivio personal, me parece inconcebible que el presidente del Gobierno de este país se vaya al no con la misma soberbia con la que Franco se iba de cacería, como si se sintiera en el derecho de gobernar sin darle cuentas a nadie. Más inconcebible aún debería parecerle a él que se lo consintamos. Porque la razón de que sus noes apenas sirvan para hacer chistes todos los días, no reside precisamente en su prestigio. De no en no, la palabra de Rajoy ha ido

perdiendo todo su valor. Aunque después de que Ana Botella haya declarado que el PP es lo que más progreso ha traído a la Humanidad, ya no sé si todos ellos no están más guapos callados.

El lado oscuro

Retener el poder a cualquier precio

El paisaje de la corrupción se parece cada día más a una barraca de feria. Los trampantojos, las trampillas, las cajas de doble fondo, tan útiles para esconder elefantes como para sacar conejos de las chisteras, se multiplican por doquier. El chivo expiatorio evoluciona más deprisa que la telefonía móvil, hasta el punto de que ya casi nunca es una persona. Para descargar responsabilidades propias sobre hombros ajenos, vale todo. Desde la elevación del amor —que lleva a las mujeres a delinquir sin saber que lo están haciendo, pobrecitas— hasta el lodo de los bajos instintos.

Así, la crisis del Gobierno navarro está resultando ejemplar en el menos ejemplar de los sentidos. Con los datos en la mano, la vicepresidenta y consejera de Hacienda, Lourdes Goicoechea, protagoniza un episodio clásico de tráfico de influencias. Cuando Idoia Nieves, exdirectora de la Agencia Tributaria, confesó que la había presionado para que algunos de sus antiguos clientes fueran exonerados de una inspección fiscal, parecía imposible otra salida que no fuera la dimisión del Gobierno. Es probable que no puedan evitarla, pero el doble fondo ha vuelto a funcionar. Y de donde los magos sacan un conejo blanco, UPN ha sacado a Bildu.

La cuestión ya no es la denuncia de Nieves, el interés de Goicoechea por obtener un trato privilegiado para los antiguos clientes de su asesoría fiscal. Ahora, de lo que se trata es de la avidez del PSOE, dispuesto a pactar con ETA —¿matices?, ¿qué matices?— para robar el poder a los vencedores de las últimas elecciones. A mí me cuesta creer que no les dé vergüenza. Pero me parece aún más lamentable que la imaginación de nuestros políticos nunca esté

al servicio del bien común, que consagren su creatividad al perfeccionamiento del juego sucio. Es la demostración más patente de que nos ha tocado vivir en el lado oscuro.

Curiosidad

Yo te pago una asesoría y tú tratas a los míos con cariño

Yo era una debutante en los circuitos de conferencias anexos a la literatura y alguien me dio un buen consejo. Mira, cuando te inviten a algún sitio y te dé vergüenza preguntar si van a pagarte o no, lo que tienes que decir es: oye, ¿y eso cómo va? Lo hice tantas veces, que cuando saltó el escándalo de las *tarjetas black*, me pareció inverosímil que nadie hubiera hecho esa simple pregunta.

Mi estupor de entonces palidece ante la perplejidad en la que me ha sumido la noticia de que algunos magistrados de la capital han cobrado dietas de la Comunidad de Madrid a cambio de asesorar a una empresa de la que la propia CAM es cliente. El presidente del Tribunal Superior de Justicia de Madrid, que se eligió a sí mismo para cobrar, ha alegado que no se ha cometido ilegalidad alguna, y no lo dudo. La legalidad de su actuación no basta, sin embargo, para esconder el hecho de que este tribunal es el encargado de investigar a los aforados madrileños. En otras palabras, un Gobierno, con numerosos casos de corrupción abiertos, ha pagado dietas en dinero público por una asesoría de la que se ha beneficiado una empresa privada, a los mismos magistrados que juzgarán a sus imputados, y a nadie se le ha ocurrido preguntar: oye ¿y eso cómo va?

La falta de curiosidad de estos jueces contrasta vivamente con la contundencia del comunicado emitido por el Consejo General del Poder Judicial para comunicar la suspensión de tres años de Santiago Vidal, el juez

que redactó un borrador de la Constitución catalana. En el texto, se afirma que la libertad de expresión del magistrado no puede prevalecer sobre «la dignidad, integridad e independencia del Poder Judicial». ¿Y los pagos en dinero público no menoscaban estos atributos? Pues parece que no, y así va esto.

Conspiración

Soraya y Cospedal luchan por la sucesión a base de filtraciones

Las sucesivas explosiones de escándalos ligados a altos cargos del PP, tan puntuales como inoportunas para sus intereses ante la inminente cita electoral, han disparado las hipótesis conspirativas. Desde hace una semana, España se divide entre los partidarios de si ha habido o no filtración y entre quienes opinan que esta ha venido de dentro, de fuera, o es fruto del trabajo normal de las instituciones.

En cualquier caso, dos cosas parecen claras. La primera es que en el PP dan por descontado el batacazo, porque no se recuerdan filtraciones de este calibre en vísperas de un triunfo electoral. No es el único partido donde se están produciendo movimientos destinados a promover la carrera política de personas concretas, que anteponen su propio futuro al de la organización a la que pertenecen.

Para más de uno, un buen resultado de sus siglas el 24 de mayo supondría un gran disgusto. Eso siempre es triste, pero más graves me parecen las declaraciones de un presidente del Gobierno que se ha limitado a denunciar ataques externos contra el PP, para sumarse al ruido general que ha logrado, deliberadamente o no —que ni lo sé, ni me importa—, que no se hable de hechos tan graves como la sospechosa gran fortuna del defraudador Rato, o las retribuciones económicas, inmorales pero legales, que han cobrado diputados populares, como Trillo y Martínez Pujalte, por charlar un rato con este o con aquel empresario.

Aunque a estas alturas parezca casi mentira, la obligación de Rajoy es gobernar para todos los españoles, y no servir a los intereses de su partido. Los rumores sobre quienes filtran la noticia no pueden suplantar a la noticia. Y si el presidente del Gobierno no lo sabe, los ciudadanos deberán recordárselo en las urnas.

Radicales

La demonización de una palabra noble

En tiempos corrompidos, el significado de las palabras se pervierte.

En el diccionario de la RAE, las dos primeras acepciones del adjetivo «radical» son muy nobles, puesto que lo asocian con la pureza, la raíz de las cosas, es decir, con los aspectos fundamentales del nombre al que califica. Un poco más abajo, aparece una asociación interesante con otro adjetivo, «intransigente». Manuel Azaña, tan citado y alabado por José María Aznar no hace tanto, lo usaba a menudo en sus discursos. En tiempos convulsos, azotados por la corrupción y la incertidumbre, Azaña preconizaba las virtudes de la intransigencia contra los males crónicos de la política española, el saqueo de las arcas públicas, las redes clientelares que permitían los fraudes electorales continuados, la alternancia bipartidista que sostenía un simulacro de democracia que parecía destinado a eternizarse.

Es significativo que, ahora mismo, el PP utilice el término «radical» como un arma total, ofensiva y defensiva a la vez. Por una parte, sus dirigentes lo usan para autoadjudicarse el papel de campeones del sistema democrático que ellos mismos han ido minando. Por otra, lo esgrimen para demonizar a las plataformas que representan a una ciudadanía que ha reaccionado por puro hartazgo, de escándalo en escándalo, para promover la regeneración del Estado.

En tiempos corrompidos, hay que tener cuidado con el significado de las palabras porque, al situarse en solitario frente a los defensores de una interpretación radical de la democracia, Rajoy corre el riesgo de que asumamos literalmente su discurso. Así, se consagraría como el gran enemigo

de la esencia de la democracia, en el abanderado de quienes transigen con la corrupción de las instituciones.

Gobierno

En minoría, y por los pelos, Rajoy conserva el poder

Bueno, pues ya está. Ha sido un parto fulminante tras una larga, trabajosa gestación. La criatura es robusta, hasta obesa, y de expresión más viejuna que madura, pero su alumbramiento representará un alivio inmenso para toda esa gente que no dormía por la preocupación de que los españoles lleváramos tanto tiempo sin Gobierno.

Sería injusto decir que la única novedad es su nacimiento, que la elección de Rajoy no aparece sorpresas. Yo encuentro varias, la más relevante, sin duda, la elevación al Ministerio de Defensa, nada menos, de la secretaria general del que compite por el título de partido político más corrupto de Occidente. Cospedal no está embarazada pero, si lo estuviera, podría pasar revista a las tropas sin temer ninguna portada injuriosa, como las que la prensa de la caverna le dedicó a la ministra Chacón. Como está acostumbrada a llevar mantilla, su imagen armonizará muy bien, además, con todas esas advocaciones de la Generalísima Virgen María condecoradas por el ministro del Interior saliente, pero resulta difícil concebir una decisión más discordante que su nombramiento con el espíritu de las ciento cincuenta medidas de las que Ciudadanos alardeaba hasta ayer.

Los nuevos aires, el nuevo clima, la nueva atmósfera que Rivera presuponía, apenas van a concretarse en las lluvias que por fin han acabado con un verano tan agotador como la investidura. Los que querían a Rajoy de presidente, se han salido con la suya, y no pueden alegar que desconocían que

la apuesta que han ganado era doble o nada sin hacer un ridículo tan abultado como el premio obtenido. La indemnización en diferido y los discos duros destrozados a martillazos, no suponen el ostracismo, sino un ministerio de los gordos. Resumiendo, que empezamos bien.

Imperdonable

Las primeras sentencias de la Gürtel y el congreso del PP

María Dolores de Cospedal inauguró el decimoctavo Congreso Nacional del PP, afirmando que su partido ha apoyado siempre al Gobierno en el inevitable desgaste generado por el ejercicio del poder.

De otros desgastes no habló, a pesar de que el mismo día que arrancó el congreso se dictaron las primeras sentencias del proceso de la trama Gürtel, contra proveedores y dirigentes de su partido. Pablo Crespo lo fue, aunque ahora nadie quiera acordarse, tanto como Milagrosa Martínez y Rafael Betoret. Entre los tres suman más de veintiocho años de cárcel, gracias a los testimonios de diversos empresarios valencianos que han reconocido ante el juez haber realizado, durante muchos años, pagos a cambio de contratos públicos, destinados a financiar ilegalmente al partido cuya secretaria general es, y al parecer seguirá siendo, Cospedal. Esto es solo el principio. Después de la Comunidad Valenciana, el juicio se extenderá a otras comunidades autónomas, entre cuyos presidentes y expresidentes se encuentran los propietarios de algunas de las sonrisas más radiantes que han pretendido deslumbrarnos este fin de semana.

Las sentencias de la Gürtel me han producido alivio, porque sería imposible seguir viviendo en España si los corruptos no ingresaran en prisión, pero sobre todo estupefacción, por la alegría con la que los compañeros de los condenados se han apresurado a sacar pecho por estar tan unidos y haber superado, según ellos, los errores del pasado. A lo mejor no se dan cuenta,

pero su alegría es inconcebible, aunque no tanto como la involuntaria cooperación que les han prestado las peleas a garrotazos que han sacudido, sacuden y, a lo peor, sacudirán a la izquierda española. Eso sí que me parece imperdonable.

Reflexiones

Mi conclusión es que Cristina de Borbón
no fue absuelta

Miquel Roca, padre de la Constitución hace cuatro décadas, abogado de Cristina de Borbón en la actualidad, ha pedido a la ciudadanía que reflexione sobre la sentencia del caso Nóos. Me he propuesto complacerle y reflexionar, aunque el primer objeto de mi análisis no es jurídico, sino semántico. Si un tribunal me impusiera una multa de más de 265.000 euros, ¿me consideraría yo absuelta?

Me parece que no. Interpretaría que he sido condenada, puesto que si los jueces me hubieran hallado inocente, no me obligarían a pagar esa enorme, al menos para mí, cantidad de dinero. Sigo reflexionando. El tribunal ha impuesto dicha multa a Cristina de Borbón por considerarla responsable a título lucrativo de los delitos cometidos por su marido. Es exactamente la misma calificación aplicada al PP por el tribunal que juzga el caso Gürtel. A propósito de la igualdad de los españoles ante la ley, reflexiono sobre el revuelo jurídico, político y mediático que desencadenó la imputación del partido del Gobierno en un proceso de corrupción. Y, me pregunto, si los jueces condenaran al PP por esa responsabilidad, obligándole a devolver lo que obtuvo gracias a los delitos de Correa, ¿también resultaría absuelto?

El lenguaje es la manifestación más maravillosa del pensamiento humano, una fuente inagotable de alegrías y desafíos. A partir de ahí, cada uno es responsable de lo que dice. Por eso reflexiono sobre el júbilo expresado por el PP ante una sentencia que manda tres años a la cárcel a un dirigente de su

partido, modelo de presidente autonómico hasta hace muy poco. Y me pregunto por el poder de la Monarquía, a la que sus súbditos aman más que a sí mismos. No encuentro ninguna respuesta, excepto la que explica por qué soy republicana.

Lo saben Actualidad de una vieja cita de Valle- Inclán

Es mucho pedir. Después de las declaraciones con las que el fiscal jefe de Murcia ha comentado su cese —y su sustitución por otro que parece más favorable a los intereses de un presidente imputado por corrupción—, después de que haya contado que informó al jefe de la Fiscalía Anticorrupción de las presiones y ataques que recibió, después de que haya llegado a precisar que informó igualmente a sus superiores de que la casa del delegado de Anticorrupción en dicha comunidad fue objeto de un robo en el que los delincuentes ni siquiera se llevaron el dinero, solo el ordenador que contenía la información del caso que estaba investigando, pedirle a los españoles que crean en la independencia e imparcialidad de la justicia, es demasiado.

Pretender que vivamos tranquilos, en la confianza de que los tribunales nos amparan a todos por igual, cuando Iñaki Urdangarin, que no vive en España, que ni siquiera vive en un país de la Unión Europea, elude el ingreso en prisión sin fianza, y ni siquiera se le retira el pasaporte fundando dicha decisión en el término «arraigo» —¡que alguien les regale un diccionario a esas magistradas, por favor!—, es mucho pedir. Que Rodrigo Rato le saque solo un año de condena al rapero mallorquín Valtonyc, por muy injuriosas que le hayan podido parecer sus canciones al juez que le ha condenado, es mucho, muchísimo, demasiado, de verdad.

Me pregunto si el Gobierno y los responsables del poder judicial saben en qué país vivimos todos los españoles que no somos ellos. Recuerdo lo que

escribió Valle-Inclán en *Luces de bohemia*: «En España el mérito no se premia; se premia el robo y ser sinvergüenza. En España se premia todo lo malo», y me respondo que sí, que por supuesto que lo saben.

El silencio de Esperanza

Todo acaba en esta vida, la inmunidad de Esperanza Aguirre también

En el mundo pasan cosas horribles. El número de víctimas inocentes se multiplica, el imperio del terror gana adeptos, partidarios que declaran actuar en nombre de la paz o del propio terror. Cada cadáver que contemplamos a diario con la pasiva impasibilidad de lo inevitable merece una columna. Lo sé, y sé que otras amenazas, como la que convierte el ejercicio de la libertad de expresión en una actividad peligrosa para los españoles, no son menos urgentes. Pero me van a perdonar que vuelva a escribir hoy sobre Esperanza Aguirre, aunque solo sea porque llevo tantos años esperando este momento que ya sospechaba que no llegaría.

La relación de Esperanza con las tramas de corrupción de su partido, antes la Gürtel, luego la Púnica, ha sido como el argumento de una larguísima novela negra, de esas en las que el lector sabe desde la primera página quién es el asesino pero el detective nunca es capaz de probarlo. Lejos de proclamar su inocencia mientras los rumores la cercaban, dio vueltas y más vueltas a la tuerca de su honestidad hasta alardear de haber destapado la corrupción en su propio partido. Cuando Granados publicó lo evidente, que todo lo había aprendido de ella, no se dio por aludida y pareció haber salido con bien una vez más.

Ahora, la documentación incautada a Beltrán Gutiérrez, gerente del PP madrileño bajo su mando, no solo prueba la financiación ilegal del partido que dirigía, sino que promete más de lo que da. ¿Por qué llevaría un gerente

encima un *pen drive* con la contabilidad B de su partido? ¿Contra quién pretende usarla, de quién quiere protegerse? Solo sabemos una cosa con certeza. Es la primera vez que Esperanza lleva más de dos días callada mientras su nombre aparece en todos los titulares. Por algo será.

Descansen

Las vacaciones nos hacen más falta que nunca

Podría comentar la declaración de Rajoy ante un tribunal que más bien parecía el jurado de un concurso televisivo. Podría recordar una máxima jurídica que es casi la única que me atrevo a citar sin consultarla previamente, y que establece que la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento. Podría enredarme en una cuestión lingüística para intentar delimitar los campos semánticos de los términos «sobresueldo» y «complemento salarial». Podría preguntarles si las redes de corrupción que han llevado a declarar a un presidente del Gobierno en un juzgado no les parecen más vergonzosas, mucho más dañinas para la marca España, que el detalle de que haya tenido que comparecer en persona y no por videoconferencia.

Podría escribir eso y más, pero voy a limitarme a mandar un abrazo a los gallegos, que deben estar hartos, y con razón, de que cada vez que Rajoy se encuentra en un aprieto, todo el mundo recurra al chascarrillo de la escalera y a su *galleguidad* dialéctica. A los catalanes también les mando un abrazo y ni una sola palabra más, porque aunque soy consciente de que su hastío es superior al mío, la verdad es que estoy muy cansada. Estoy cansada de mirar a España, de interpretar a ciertos españoles, de no entender, demasiado a menudo, lo que pasa en el único país que tengo, el único que debería ser capaz de comprender.

Por eso, en esta columna que inaugura mis vacaciones, les deseo sobre todo descanso. Que duerman mucho, que paseen, que lean, que se diviertan y

disfruten de los pequeños placeres veraniegos que, como bañarse en el mar o paladear los sabores de la infancia, han añorado durante un año entero. Las vacaciones son siempre cortas, pero aún más imprescindibles. Ojalá en las de este año sean ustedes muy felices.

Regeneración democrática: una entelequia española

Después, alguien nos dijo que había que olvidar, que el futuro consistía en olvidar todo lo que había ocurrido. Que para construir la democracia era imprescindible mirar hacia delante, hacer como que aquí nunca había pasado nada. Y al olvidar lo malo, los españoles olvidamos también lo bueno.

Almudena Grandes, *Los besos en el pan*

Gracias

Un homenaje a la entereza y la decencia del doctor Montes

Los buenos ganan algunas veces, pero casi nunca a tiempo. Los séptimos de caballería de este mundo tienen la mala costumbre de llegar a fuertes humeantes, repletos de cadáveres heroicos, inservibles. Sin embargo, cuando ganan los mejores buenos, los buenos de verdad, nunca es demasiado tarde. Pienso en el triunfo de Luis Montes, de su equipo.

No me refiero a su situación laboral, porque estoy segura de que recuperarán sus puestos antes o después, aunque haga falta otro juez para imponer la evidencia de su capacidad profesional a los sinvergüenzas que les atacaron como un paso más en su estrategia de desprestigio de la sanidad pública. Tampoco aludo al regocijo que me estremecerá de placer al ver sentados en un banquillo a los pistoleros verbales de la aguerrida patronal de la sotana. Ni siquiera hablo de los felices efectos electorales de un apasionado ejercicio de dignidad que, por una parte, ha sacado a la luz la auténtica catadura moral de Esperanza Aguirre —y, empezando por la de Rajoy, cuando las barbas de tu vecino veas pelar...—, pero por otra debería alertar también sobre la repercusión de tantas rebajas fiscales en la financiación de los servicios públicos. No. Estoy hablando de Madrid. No es fácil vivir aquí. A mí, que me la sé de memoria, a veces me cuesta trabajo orientarme en mi propia ciudad. Sin embargo, no puedo atribuir dos decenios de equivocaciones al simple azar, y comprendo que en esta comunidad abandonada a su suerte por el PSOE hace ya muchos años, crezca cada día la

desilusión, la indiferencia. Vivir en Madrid es, una vez más, resistir, y el Severo Ochoa, una referencia constante de la resistencia que este año por fin tiene motivos para celebrar el Carnaval. Pero, mientras caen las máscaras, más que felicitar al doctor Montes quiero darle las gracias. Por todo, y sobre todo, por la compañía.

Plástico

Al menos, la derecha española no engaña
a nadie

Cuando sopla el viento del Norte, se oye el ruido de los aviones de la base. Entonces, en las playas de Rota, cientos de niños miran al cielo, y dicen adiós con sus manitas a unos pájaros raros, de siniestra panza plumiza. Dentro, ahora lo sabemos, ciudadanos occidentales, o no, de origen árabe, o no, secuestrados, o comprados a 5.000 dólares la pieza, por los guardianes de la libertad mundial, viajan cargados de grilletes, sin agua, sin comida, como los viejos condenados a galeras, o peor, camino de Guantánamo o, tal vez mejor, del destino más dulce de su propia muerte.

Mientras, a mi alrededor, a todo el mundo se le cae la baba con el duelo Clinton-Obama, mientras escucho elogios de su frescura, de su fuerza, de su género y su color, recuerdo esos aviones, y a los niños que los saludan en la playa. Mientras los más críticos denuestan las turquesas de Hillary o las corbatas de Barack, descubro las millonarias donaciones que financian sus campañas, y llego a una conclusión sorprendente hasta para mí. Prepárense: prefiero a los nuestros, a los de aquí. Ya lo dice el líder de la extrema derecha belga, el PP es el único partido de derechas de Europa. Rajoy es de derechas, pero todavía no es de plástico. No engaña a nadie. En eso se parece a sus socios de la Conferencia Episcopal, que han dado una lección de firmeza ideológica inaudita tras el fin de la historia, gracias a un aparato de agitación y propaganda que para sí quisiera cualquier dictador. Ellos tampoco engañan, su ira y su soberbia son auténticas.

No me gustan, pero prefiero la piel humana, las zozobras de Zapatero, la soledad de Llamazares, al plástico del *marketing*. Así, cuando dentro de un par de veranos, algún plastificado líder ilusionante, e incluso elegante, ordene que otros aviones sobrevuelen Rota, no seré yo quien levante la mano para decirles adiós.

Qué pena El mensaje subliminal de los «artistas de la ceja»

Yo creo, primera persona del presente de indicativo del verbo creer. Yo creo, también del verbo crear. Me levanto todas las mañanas a las siete y media, como los creadores que prefiere Rajoy. No lo hago por gusto, sino por mor de la maternidad, concepto que está muy de moda en este gran mercado persa de ayudas y rebajas donde se celebra la precampaña, y de los horarios de la escuela pública, que ya estaría bien que se pusiera de moda alguna vez. Soy, por tanto, una creadora que cree. En la utilidad de mi voto, por ejemplo. Quizás porque nunca he sido miedosa. Ni en lo que creo del verbo creer, ni en lo que creo del verbo crear.

Ahora que ya está claro que la campaña electoral se va a polarizar en una sola dirección, porque la socialdemocracia se va al centro, el centro a la derecha y la derecha a la extrema derecha, yo creo que alguien tiene que ocupar la izquierda, dejar de hacer regalos con el dinero de todos y dedicarse a defender los espacios públicos, que aseguran el bienestar de los más débiles. Yo creo que nada es más útil. ¿Soy ingenua? No. Sé que mi voto vale la cuarta parte que un voto al PSOE o al PP, pero eso no tiene nada que ver con la ingenuidad. Eso es solo injusto.

Yo creo, y creo en la utilidad de las causas justas. Por eso no me afecta que muchos creadores a los que admiro, algunos a los que quiero, y hasta un hermano mayor, anden por ahí poniéndose cejas postizas. Lo que sí me hace daño es que, en lugar de pedir el voto a Zapatero y atacar de paso al enemigo,

digán que pretenden orientar a los votantes de izquierdas que no saben a quién elegir. O sea, que no miran al PP, sino a IU. Desde que lo leí, me siento como una niña bajita, gordita y con gafas, amenazada en el patio por los grandullones del cole, no sea que se me ocurra crecer medio centímetro o ponerme lentillas. Qué feo. Y qué pena.

Equivocaciones

Los políticos jamás reconocen sus errores

Me he preguntado muchas veces por qué los políticos nunca reconocen sus errores. Por qué, si la capacidad de equivocarse es una condición universal de los seres humanos, ningún político de ningún partido se sienta nunca ante un micrófono para pronunciar unas palabras que todos decimos todos los días, y casi siempre más de una vez: lo siento, me he equivocado, he cometido un error, perdóname. Se diría que pretenden situarse al margen de las debilidades propias de su especie, pero al hacerlo, se excluyen también de su grandeza. Solo aprendemos de los errores que hemos cometido, y reconocerlos es una prueba de honestidad intelectual y de integridad moral que, en teoría, debería mejorar las expectativas electorales.

Las de Zapatero han empeorado en el malabarismo verbal de los sinónimos que se dedica a espolvorear, como si fueran polvos mágicos, sobre una crisis que devora sustantivos, adjetivos y adverbios con idéntico apetito. Solbes, más sintético, porque es de ciencias, comenta las peores cifras económicas diciendo que no son datos positivos. Yo miro a mi alrededor, descubro que en otras crisis, las que sacuden a los partidos de la oposición, tampoco nadie ha roto nunca un plato, y concluyo que no se trata de un vicio del poder, sino de la política. Pero ¿por qué lo hacen? ¿Qué ventajas extraen de su insistencia en perseverar en un error que crece en la misma proporción en que lo niegan?

Ellos saben que la teoría no es la práctica, y que su oficio jamás ha sido tan fácil como ahora, cuando los errores se pagan solo cada cuatro años porque los ciudadanos creen que la política no va con ellos, que no tiene nada

que ver con su vida cotidiana. Así, entre todos, la hemos convertido en la profesión de unos señores que nunca se sienten obligados a reconocer que se han equivocado. Y esa es la mayor de las equivocaciones.

La realidad

La izquierda española no lee a Lenin

Como el lunes pasado terminé con una frase de Lenin, hoy voy a empezar con otra: la primera obligación de un revolucionario es comprender la realidad. En el escenario que ha creado el 22-M, esta máxima se aplica por igual a los políticos de cualquier ideología. Porque, como dijo Sáenz de Santamaría en el Congreso, España ha hablado alto y claro. El problema es que nadie la ha escuchado.

No hay peor sordo que el que no quiere oír. El PP ha obtenido la victoria más aplastante de su historia sin llegar a la mayoría absoluta. Probablemente ha tocado techo porque, entre otras cosas, el incremento que ha obtenido respecto a 2007 equivale a la mitad de la suma de los votos nulos y en blanco. Los ciudadanos que se han tomado el trabajo de ir a votar para expresar que no se identifican con ningún partido, se acercan al millón, y se convierten en la cuarta fuerza política de un país donde la abstención roza el 40 por ciento. Mientras tanto, IU saca pecho, presumiendo de haberse consolidado en el tercer lugar —y en la realidad de la que hablaba Lenin, ¿cuándo ha estado en otro?— gracias a un incremento del 0,7, una ganancia aún más insignificante si se compara con el peor resultado obtenido por el PSOE en la historia reciente.

En estas circunstancias, la renuncia de Chacón no me parece tan generosa como inteligente. O, dicho de otra forma, apaga y vámonos. La única regeneración posible para los partidos de la izquierda española, se queme quien se queme, es dar 2012 por perdido, empezar desde cero y elaborar un discurso que se plantee seriamente la comprensión de una realidad que se les ha escapado por completo mientras se han empeñado en combatirla con

palabras y actitudes de 1870. Desde luego, el 22 de mayo España habló alto y claro. Tanto, que ni siquiera los gritos de Sol han resultado tan elocuentes como algunos silencios.

Si no fuera...

En la ONU ni siquiera saben quién es
Mariano Rajoy

Si no fuera porque me ha subido los impuestos precisamente por haberlos pagado siempre. Si no fuera porque los que nunca han pagado pueden blanquear ahora su dinero por un mísero 10 por ciento, hasta si proviene del proxenetismo o del narcotráfico. Si no fuera porque su Gobierno se ha cargado los servicios públicos con el pretexto de una ineluctable austeridad que, mira por dónde, no va a impedirle recapitalizar la banca con el dinero de todos. Si no fuera porque el curso avanzado de demagogia aplicada que ofrece Cospedal en cada rueda de prensa me inspira más pasmo que vergüenza. Si no fuera porque la ineptitud del equipo económico que sabía cómo devolvernos a la opulencia de 1996, alcanza a diario cotas astronómicas. Si no fuera porque lo que nos cuenta se parece cada día más al timo de la estampita, ese mismo que ha logrado engañar una vez más a los griegos, convenciéndoles de que, aunque los bancos se dediquen a prestar dinero con interés, iba a apaciguarles más un Gobierno dispuesto a pagar lo que le pidieran que otro que dijera: señores, hasta aquí hemos llegado y vamos a negociar lo que pagamos o no pagamos nada. Si no fuera porque, después de haberse volcado en este y otros timos, españoles y europeos, sigue sacando pecho por unos aciertos que no ven absolutamente nadie más que él y su ministro de Hacienda, les confieso que Mariano Rajoy me inspiraría auténtica piedad, una compasión sincera.

Lo único que faltaba ya fue que en Río+20, la cumbre de la ONU sobre el desarrollo sostenible, anunciaran al primer ministro de las islas Salomón y

apareciera él, pisando fuerte, con una sonrisa de oreja a oreja, dispuesto a compartir su sabiduría con el mundo.

No sé lo que pensarían ustedes, pero yo sentí lo mismo que cuando Massiel ganó Eurovisión. ¡Sabino, pásame el pelotón, que los arrollo! Qué pena de país, qué lastimita...

Referéndum

El sueño imposible de un referéndum sobre la reforma constitucional

¿Han sido felices este verano? Espero que sí, porque la memoria de esa felicidad va a resultar imprescindible en los próximos meses. Y no crean que invoco las tinieblas del otoño para llamarles a la resignación ante el rescate inevitable. Me propongo animarles a hacer más bien lo contrario.

Los taurinos saben que un toro manso es más peligroso que uno bravo. Los aficionados al boxeo, que la reacción de un púgil acorralado puede ser más violenta que la de su rival. Este Gobierno manso, que está contra las cuerdas, no solo ilustra admirablemente estas metáforas, sino que además, y eso es lo más grave, desborda con creces el mandato que recibió en las urnas. Una mayoría absoluta jamás puede servir de coartada para minar el consenso democrático, fulminando por decreto las bases de una convivencia acordada por la mayoría de los españoles. Por eso, lo que está haciendo el gabinete de Rajoy no es gobernar, sino desmontar, uno por uno, los derechos y libertades que cimentaron el espíritu de la Constitución del año 1978.

Si entonces los ciudadanos fueron llamados a las urnas para aprobar aquel texto en referéndum, hoy no pueden asistir impasibles al espectáculo de su demolición, a manos de un Gobierno tan inepto como soberbio, que no solo no se molesta en informarles de unos acuerdos que van a empeorar sus condiciones de vida durante generaciones, sino que a la vez intenta impedir por cualquier medio que se difundan teorías contrarias a las suyas. Esta crisis, que es mucho más que una coyuntura económica, solo terminará cuando ocupen

el poder unos políticos capaces de hacer política, y consultar a los ciudadanos, respetar su opinión, es la primera obligación de un demócrata. Si Rajoy tiene miedo de convocar un referéndum, debería dimitir, en lugar de embestir como un toro manso contra los ciudadanos cuyos intereses debería proteger.

Opinión

Las centrales sindicales no son el enemigo

Yo tuve un profesor al que le gustaba decir que las matemáticas no son una opinión. Lo hacía siempre que nos pedía la solución de un problema y empezábamos respondiendo «pues yo creo que...». No me interesa lo que usted crea, señorita, solo pretendo que resuelva la operación. Era un buen profesor, mucho mejor de lo que yo llegaría a ser como alumna, y quizás por eso no he olvidado aquella advertencia.

Vuelvo a recordarla ahora, cuando la aritmética creativa parece haber alcanzado su cénit. Mi profesor se habría muerto de vergüenza al asistir al bochornoso baile de cifras que ha generado la huelga general —coste, porcentajes, número de manifestantes— y al inconcebible aplomo con el que algunos opinantes profesionales han sostenido números no ya falsos, sino incluso imposibles. Pero a mí, quizás porque soy de letras, me asombran más otras opiniones.

Por ejemplo, que en un país donde la política está absolutamente desprestigiada, la corrupción absolutamente instalada y la desconfianza de la ciudadanía en las instituciones creciendo a ritmos absolutamente vertiginosos, tanta gente pretenda que las centrales sindicales son los malos de esta película. Trasnochadas, inútiles, impopulares, incentivadoras del odio social... Da igual que puedan convocar dos huelgas generales en siete meses, que tengan millones de afiliados, que llenen las calles de manifestantes, que funden la Cumbre Social con centenares de asociaciones de toda España. Para

cualquier persona sensata es evidente que a cualquier Gobierno le convendría buscar su apoyo para salir de la crisis, pero, para este Gobierno, los sindicatos son el enemigo. Y en ese punto, la máxima de mi profesor vuelve a demostrar su admirable utilidad. Señores, a ver si dejan de opinar y resuelven el problema de una vez, porque llevan ya demasiado tiempo emborronando la pizarra para nada.

Educación

El problema de los niños españoles es España

Los resultados académicos de los niños españoles han hecho sonar, una vez más, las alarmas. Nuestros estudiantes están por debajo de la media de la OCDE, pero no hay que preocuparse. El ministro Wert ya ha dicho que su reforma lo va a arreglar. Me pregunto si estará tomando algún complejo vitamínico, y si será el mismo que ha permitido a Rajoy declarar que 2012 ha sido un buen año para España en el ámbito de la Unión Europea. Creo que muchos ciudadanos, que no recuerdan un año peor, pagarían con gusto un euro por esa receta.

Vitaminas aparte, yo le recomendaría al ministro que intentara comprender la realidad de unos niños que viven en un país que se desmorona. Que ven a diario cómo sus hermanos mayores, con un doctorado, dos másteres y tres idiomas, se pegan por un trabajo en un bar de copas. Cómo sus padres, después de trabajar toda su vida, se quedan en la calle con veinte días por año y la perspectiva de un desahucio inminente. Cómo sus abuelos tienen que tirar de todos ellos con una pensión que cada vez vale menos. Y cómo ese dinero que dicen que no había, aflora por doquier, en escándalos de corrupción que infiltran a toda la sociedad, desde la Casa del Rey hasta la Pantoja, mientras siguen escuchando que su familia ha vivido por encima de sus posibilidades.

El problema de los niños españoles no es el diseño de los programas, ni Educación para la Ciudadanía, ni el castellano como lengua vehicular. El problema de los niños españoles es España, un país injusto, un país inculto,

donde los ricos no pagan los impuestos que asfixian a los trabajadores y nadie tiene nunca la culpa de nada; donde las leyes, como los programas electorales, están para violarlas y el único horizonte de los mejores es la emigración. Esa es la verdadera, trascendental reforma educativa que padecemos. Si les han dejado sin futuro, ¿para qué van a estudiar?

La cultura

Otro 23 de abril para amar los libros

La cultura no tiene nada que ver con los famosos. La cultura no es un calendario de premios literarios, festivales de cine y temporadas de ópera, que se pueda medir por los modelos de alta costura que se suceden sobre una alfombra roja. La cultura no es un nido de evasores de impuestos, gánsteres bien vestidos y millonarios indolentes que se forran gracias a la falta de criterio de sus ineptos seguidores. De todas las políticas perversas que ha puesto en marcha el Gobierno de Rajoy, esta es una de las más potencialmente nefastas.

La cultura tiene que ver con las canciones que cantan las madres a los hijos para que se duerman en sus brazos. La cultura es la lengua, ese inagotable tesoro de palabras que nos permite describir lo que sentimos, y contárselo a los demás. Es el conjunto de imágenes, de escenarios, de paisajes de nuestra vida. Nuestra identidad personal se cimenta en un conjunto de historias, de sentimientos, de emociones que, unidas a muchas otras, distintas pero semejantes, definen la identidad de un país. Eso sí es la cultura, y atacarla es lo mismo que bombardear la línea de flotación de un barco en el que viajamos todos, un barco que navegaría mucho mejor, y más deprisa, si sus ocupantes remaran a una, siempre en la misma dirección.

Pasado mañana, los libros volverán a inundar las calles de Barcelona, las de toda España, para celebrar su día al amparo de Sant Jordi y de Miguel de Cervantes. Será, un año más, la fiesta de todos, y de las canciones que nos cantaban nuestras madres, de las que nosotros hemos cantado a nuestros hijos, de las que nuestros nietos escucharán algún día. No poseemos nada mejor, más

valioso, pero este año no me atrevo a pedirles que salgan a la calle para comprar un libro. Me basta con que salgan a la calle, y sostengan el espíritu de esta fiesta mientras llegan tiempos mejores.

Aquella voz

El ingeniero de caminos que ya lo sabía todo

Queda muy feo decir «ya os lo advertí», pero él podría permitírselo con creces. No recuerdo su nombre, pero sí que era aragonés, e ingeniero de caminos. Recuerdo también la amargura que impregnaba su voz para llegar hasta una radio encendida en mi mesilla, la desesperación con la que explicaba que el AVE Madrid-Barcelona resultaría más lento, más caro, menos eficaz de lo previsto porque, con las prisas, al diseñar su trazado nadie había tenido en cuenta la configuración geológica del suelo de Los Monegros.

Recuerdo aquella voz porque, más allá del prestigio, de los títulos académicos, de la experiencia que la avalaba, tenía la preciosa virtud de la sinceridad. Este hombre está diciendo la verdad, pensé al escucharle, e imaginé la expresión de su rostro, seguramente acalorado por la pasión con la que hablaba, el ceño fruncido por el disgusto, las venas del cuello más gruesas que de costumbre. Ahora, seis, siete años después, Adif, nada menos, ha reconocido en público las chapuzas de las que él y otros pretendieron alertarnos en vano. El motivo no ha sido el amor a la verdad, sino un intento —lamentable, por cierto— de justificar el escandaloso sobrecoste de una obra con la que se forraron unos cuantos. ¿Cómo podría haber sido de otra manera?

No creo que aquel ingeniero se sienta satisfecho porque los responsables del desastre le hayan dado la razón en público. A mí no solo no me consuela, sino que me enfurece haberle escuchado hace ya tanto tiempo. Claro que hay algo que me enfurece mucho más. Después de reconocerlo todo, Adif ha

declarado que estas cosas pasan en todos los países del mundo y que no es el momento de buscar culpables. ¿Y cuándo será? A estas alturas, lo único que me consuela de España son algunos españoles. La honestidad, la furia, la tristeza con la que hablaba un hombre al que nadie quiso escuchar.

Populismo

Detalles de la guerra contra Podemos

Siempre he tenido miedo de las teorías de la conspiración en general. Como mi profesión consiste en fabular, tengo mucha facilidad para dejarme llevar por cualquier fabulosa hipótesis. Como lo sé, procuro refrenar mi imaginación, aunque en las últimas semanas me ha resultado casi imposible. Quizás porque, a pesar de las evidencias, me resulta muy duro aceptar que el Gobierno de mi país está en manos de personas incapaces de analizar la realidad y pensar en lo que dicen.

La actitud de los dirigentes del PP contra Podemos ha superado en muy poco tiempo el nivel de ineptitud política que ha convertido a Mas en el jefe de campaña de ERC. Dejando de lado mi capacidad para ficcionar, me resulta tan inconcebible lo que estoy oyendo, lo que estoy leyendo, que he llegado a sospechar que tal vez Sáenz de Santamaría y Aguirre, entre otros, pretenden incentivar el voto a Podemos para despejar el panorama de la izquierda. Los novelistas sabemos hasta qué punto es cierto que la naturaleza supera a la ficción. Por eso no es posible descartar un error de cálculo de tamaña gravedad.

Pero incluso asumiendo la ínfima calidad de nuestra clase política, lo que resulta verdaderamente notable es la degradación intelectual y moral a la que están llegando los detractores de Pablo Iglesias. Cuando Aguirre le pidió que entregara el dinero recaudado para querellarse contra ella a las víctimas del terrorismo, batió todos los récords de populismo demagógico conocidos. Que después de eso, la vicepresidenta del Gobierno se atreva a criticar a Podemos «porque dice lo que la gente quiere escuchar», sonaría a chiste si no arrojara

bochorno sobre el bochorno. Y eso sin contar con la falta de respeto que supone tratar a más de un millón de votantes como si fueran tontos. Ya veremos qué pasa cuando sean tres o cuatro. O cinco.

La bondad

Las malas personas no deberían hacer política

La campaña electoral que acaba de terminar ha dejado muchas cosas nuevas, pero algunas no son buenas. Se presumía que iba a haber navajazos, juego sucio, secretos revelados, dossiers alimentados con mimo durante meses para ser publicados cuando más doliera, pero lo más llamativo de este proceso ha sido el tono brutal, incendiario, de las rayas rojas que se han traspasado. Desde el PP hasta IU, el fuego amigo ha sido mucho más cruel que el enemigo. Ya no hablo de la lealtad, que por desgracia parece un concepto trasnochado en la política española, sino de la espantosa mezquindad que se ha normalizado en nuestra vida pública. Eso me ha llevado a formular una conclusión desalentadora. Ahora, mientras se habla de la honestidad más que nunca, nadie habla de la bondad. La calidad de un político se mide por la transparencia de su declaración sobre la renta, como si todo se redujera al cumplimiento de una obligación que debería darse por descontada. Pero un político que no roba y se porta como una mala persona, ¿es un buen político, un referente aceptable para la sociedad?

Yo no quiero que me gobierne una persona que no roba, pero es dura de corazón. No quiero gobernantes capaces de vender a sus compañeros, de triunfar por la vía de humillar a sus contrincantes más débiles, de asentar su poder sobre las cenizas humeantes de incendios provocados por ellos mismos, sin atender al número de las víctimas que han perecido entre las llamas. Me da igual que gestionen con eficacia, que tengan un expediente académico

admirable, que enamoren a las cámaras. La regeneración democrática de la que todos hablan tiene que asentarse en una previa, imprescindible regeneración moral.

Las malas personas no deberían dedicarse a hacer política.

Difícil

Los jueces nunca ayudan

Es muy difícil creer que el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña no esperara manifestaciones de apoyo a los imputados por el 9 de noviembre. Es muy difícil creer que esos manifestantes supongan una agresión a su independencia. Es muy difícil creer que en esta semana, en este mes, en este año, no hubiera otra fecha posible para convocar a Artur Mas que el aniversario del fusilamiento de Lluís Companys. Es muy difícil creer que una institución que desampara sistemáticamente a las víctimas del franquismo haya pasado por alto la provocación que conlleva destacar de esta manera su memoria. Es muy difícil creer que el respeto a la legalidad implique celebrar esta comparecencia en las condiciones en las que se ha producido. Es muy difícil creer que el Consejo General del Poder Judicial no haya calculado las consecuencias políticas de un proceso que extiende una alfombra roja para quienes identifican desobediencia con soberanismo. Es muy difícil creer que el PP se erija en el máximo defensor de la independencia de los jueces. Es muy difícil creer que Manos Limpias, conocido como pseudosindicato porque cobra subvenciones del Estado por una labor sindical que no se le conoce ni se le ha conocido jamás, siga marcando la agenda de este país. Es muy difícil creer que partidos democráticos avalen las causas que emprende Manos Limpias sin cuestionar su naturaleza antidemocrática y ultraderechista, ni sentirse contaminados por ella.

Es muy difícil leer el periódico, enfrentarse a las noticias, entenderlas, asumir el perpetuo desastre cotidiano que, entre la ineptitud y la chapuza, marca el paso del calendario por nuestras vidas.

Es muy difícil vivir en España. Pero más difícil todavía, para mí, es ser española.

Perdedores

La derecha se inventa las coaliciones de perdedores

La primera vez que escuché esa expresión, Aguirre estaba en campaña electoral. Ignoro si es una creación suya, tan personal como las mamandurrias, pero no había oído hablar de ninguna «coalicón de perdedores» hasta entonces. En ese momento experimenté una piadosa variedad de la vergüenza ajena, y en lugar de celebrar lo que solo podía interpretar como una metedura de pata, me sonrojé violentamente por dentro. ¡Ay, madre mía!, me dije, esta mujer está perdiendo la cabeza... Pues no.

Pese al respeto reverencial que, quizás por haberlas suspendido tantas veces, profeso por las matemáticas, la equivocada, una vez más, era yo.

Hace unos días, Rajoy volvió a hablar de coaliciones de perdedores en el congreso del Partido Popular Europeo, cosechando un aplauso unánime. Está claro que, para la derecha, la aritmética no es una ciencia, sino una opinión. La que, sin ir más lejos, ha impulsado al presidente de Portugal, el conservador Cavaco Silva, a encargar Gobierno a Passos Coelho, sabiendo de antemano que no podrá hacerlo, porque una oposición dispuesta a formar un Gobierno de izquierdas lo impedirá en el Parlamento portugués. Los números de la deuda y el déficit que Cavaco ha invocado para contrariar la voluntad popular carecen de importancia cuando la derecha se arriesga a perder el poder. Aunque es evidente que los portugueses han votado que Passos no siga gobernando, si hay que hacer otras elecciones, se hacen, por mucho dinero que cuesten. Y si a la izquierda se le ocurre presentarse en una coalición

perfectamente legítima, se saca a pasear el fantasma de los sóviets, como hizo Esperanza sin pudor alguno.

Todo vale, porque Europa se ha convertido en un casino, y en los casinos, ya se sabe, la banca siempre gana.

Neutralidad

A Podemos, ni agua

El Gobierno ha destituido al general Julio Rodríguez por considerar que ha faltado a la neutralidad política a la que están obligados los miembros de las Fuerzas Armadas. Como titular, pocas horas después de que el militar anunciara su intención de presentarse como candidato a las generales en las listas de Podemos, parece un bombazo. Pero aunque Rodríguez fue, hace solo tres años, jefe del Estado Mayor de Defensa, su destitución se limita al cargo de vocal de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, una especie de comité de honor encargado de asignar condecoraciones. Teniendo en cuenta que estaba en la reserva y ya había pedido el retiro, el presunto bombazo encoge hasta situarse entre la pataleta y el enésimo guiño de complicidad del PP con la caverna inmortal.

Sáenz de Santamaría ha insistido con mucho énfasis en la pérdida de confianza que la decisión del general ha inspirado al Gobierno. Sus declaraciones sugieren que la política ensucia, desacredita, deteriora, pero no a todo el mundo y, desde luego, no en cualquier partido. La palabra clave en este caso es Podemos, porque nadie exige neutralidad, por ejemplo, al ministro de Defensa, que favorece con contratos millonarios a empresas de cuya dirección formó parte antes de aceptar el cargo. Este caso ejemplar de puerta giratoria no inspira al Gobierno desconfianza alguna, aunque el ministro no se haya dignado a informar de si adjudicó esos contratos a dedo o a través de un concurso público.

Los políticos españoles, ya se sabe, se dividen en dos clases. Los que sienten que este país es suyo porque lo heredaron de sus abuelos, y los

desaprensivos, advenedizos, muertos de hambre, que tienen la osadía de aspirar a disputárselo.

En fin, nada nuevo bajo el sol.

Esperanza Aguirre y el prohibido prohibir

Ciertas prohibiciones hacen progresar a la Humanidad

Prohibido prohibir. Aquella pintada, uno de los grandes lemas del Mayo del 68, fue escogida por Esperanza Aguirre como título para uno de sus libros. Conviene recordarlo en estos momentos de aparente confusión sobre los límites de la libertad en general y de la libertad de expresión en particular. En principio es un lema simpático, envuelto en una cáscara revolucionaria con la que pueden identificarse hasta los conservadores más rabiosos. A nadie le gusta que le prohíban hacer las cosas que desea, pero eso no significa que los demás tengamos por qué simpatizar con sus deseos, ni que estos sean legítimos o beneficiosos para la sociedad.

El progreso de la humanidad no se asienta solo en el ejercicio de las libertades. Algunas prohibiciones han logrado avances mucho más sustanciales en procesos que pueden parecer paradójicos. Hace poco tuve una bronca monumental con mi mejor amigo a propósito de la maternidad subrogada, esa sutil trampa progresista contra la dignidad de las mujeres que, en el sagrado nombre de su libertad, crearía las condiciones óptimas para la explotación de las más pobres. Cuando me reprochó que opinara lo mismo que la Conferencia Episcopal, recordé las discusiones de los Estados esclavistas del sur de Estados Unidos, en las que abolicionistas y radicales votaban lo mismo, no, a las benévolas propuestas de regulación de los esclavistas moderados. La abolición de la esclavitud es el mejor ejemplo de la virtud de ciertas prohibiciones.

En nombre del progreso de la humanidad, yo prohibiría muchas cosas más, la ablación del clítoris, el velo islámico, el trabajo infantil, la aplicación de la reforma laboral y ese autobús que pretende seguir circulando por Madrid, por citar solo algunos ejemplos.

España, por lo visto, es cuestión de banderas

Saque una bandera a su balcón y olvídense
de todo lo demás

Estamos rodeados. Desde la Feria del Libro de Guadalajara, interesarme por lo que pasa en España cada día me da más miedo, más vergüenza, más pereza. Cruzo los dedos antes de mirar las noticias en el móvil, y sin embargo, desde la lejanía, aprecio la intensificación del rasgo más perverso del proceso.

Mientras los tibios se desgastan y los bienintencionados cosechan ataques de todos los sectores, los culpables siguen ganando. El PP jamás habría podido soñar una coyuntura tan favorable como la que le han regalado los mítines televisados de Puigdemont, la prisión de Junqueras, las asambleas de la CUP. Cuando empezamos a oír hablar de la Gürtel, los ciudadanos tampoco habríamos podido creer que la implicación de un partido político en un escándalo de semejantes dimensiones pudiera pasar desapercibida, pero eso es lo que está ocurriendo. La tesorera del PP, procesada por el caso de los ordenadores de Bárcenas y en libertad provisional, no será expulsada porque no es un cargo público, alegan los portavoces de su partido, tras considerar que los triunfos electorales posteriores a los hechos extinguen cualquier responsabilidad política. Así de fácil.

Ahora, España es lo que importa, y España, por lo visto, es cuestión de banderas. El bienestar, los derechos y el futuro de los españoles es otra cosa, mucho menos importante, por lo visto, aunque no más que los intereses de los catalanes para esos líderes tan flexibles que van y vienen entre la verdad y la apariencia, la DUI simbólica y la mayoría social, la ilegitimidad de unas

elecciones y el programa con el que van a intentar ganarlas. Así que, se mire por donde se mire, estamos rodeados. Los cercos se alimentan entre sí, y a los sitiados cada día nos falta más el aire.

Magistral

Una moción de censura que fue una obra maestra

Le bastaría con hacer cuatro cosas bien. Regenerar la radiotelevisión pública. Derogar la *ley mordaza*. Reunirse con el movimiento feminista para impulsar una agenda de medidas básicas. Sentarse a negociar con el *president* de la Generalitat dentro de la ley, pero sentarse. Con unos pocos meses, Sánchez tendría tiempo de sobra para desarrollar estas iniciativas. Mientras tanto, se haría muchas fotos en Bruselas, con Merkel, con Macron, con Juncker, para desprenderse de su imagen de perdedor. Y así, podría convocar elecciones en unas condiciones tan ventajosas como nadie se habría atrevido a soñar hace unas semanas. Pero esto no es todo.

El principal beneficio de la magistral jugada que, en mi opinión, ha sido esta moción de censura, no tiene que ver con el PSOE, sino con Ciudadanos. Porque todo lo que ha hecho bien Sánchez lo ha hecho mal Rivera. El único partido que ha apoyado a Rajoy en su agonía y no ha percibido que la sentencia de la Gürtel desencadenaba una emergencia democrática sin precedentes, y no ha entendido que Sánchez ha llegado a La Moncloa gracias a la corrupción del PP y no a las alianzas que ha sido capaz de entablar, ya no puede aspirar a pescar votos en los caladeros de una izquierda tan ilusionada hoy como un niño con zapatos nuevos.

Si Sánchez hace tres o cuatro cosas bien, y no es difícil, esta moción consagrará a Ciudadanos como el simple recambio del partido más corrupto de la historia democrática de España, y punto. La gran esperanza blanca

desteñirá mientras la leyenda del perdedor que se crece en la adversidad, agrandándose en proporción a las dificultades que le acechan, triunfará rotundamente.

Lo mejor que se le puede desear a Sánchez es que no se lo pongan fácil. Y eso tampoco es difícil.

Leer la página de la memoria antes de pasarla

Treinta años después, nadie puede discutir que desde el punto de vista institucional, la Transición democrática constituyó un éxito sin precedentes [...] Pero, treinta años después, es igual de indiscutible que la Transición democrática, desde el punto de vista moral, constituye un fracaso igual de inaudito, porque los principios en los que se fundó carecen absolutamente de validez para la generación sucesiva.

Almudena Grandes,
Por una falda de plátanos

Memoria

Un Estado democrático sin relato y sin raíces

Imaginen una pistola contra una nuca. El dedo que se apoya en el gatillo pertenece a un hombre sucio, mal alimentado, peor vestido. La nuca, a una cabeza aún adolescente, el pelo corto, la piel limpia, sonrosada. El hombre sucio, un resistente antifascista europeo, aprieta el gatillo para que el hombre limpio, un soldado alemán de reemplazo, muera en el acto. Si alguna vez hubieran visto esta escena, habrían visto un asesinato a sangre fría. Precisamente por eso, y aunque la resistencia no hacía prisioneros, nunca jamás la han visto. Y nunca jamás la verán.

Las democracias europeas que fueron nuestro modelo en la Transición se asentaron sobre la convicción de que la resistencia armada contra el fascismo había sido una causa necesaria, y reivindicaron con orgullo la herencia de quienes dieron la vida por la libertad de su pueblo, sin mirar cuántos errores cometieron. Paradójicamente, España, el único país de Europa que se levantó en armas contra el fascismo, es la excepción a esta regla y, por tanto, la única democracia occidental edificada en el aire, sin cimientos ni raíces, al no haber reivindicado nunca, de manera oficial, su propia tradición antifascista.

Yo creo que esta es la verdadera trascendencia del auto del juez Garzón, más allá de las cifras, de las fosas, del dolor o la alegría de los nietos de quienes murieron por una causa tan grande que en ella caben todas las libertades, todos los derechos de los que gozamos ahora todos los españoles, de izquierdas o de derechas. El PP debería meditar muy detenidamente sobre

las consecuencias morales y políticas de su solapado apoyo a una sanguinaria dictadura militar. Porque, a lo mejor, Garzón solo ha dado el primer paso. A lo mejor, un día de estos hasta nos convertimos en un país democrático normal, de los que saben honrar a sus héroes y maldecir a sus enemigos. Ojalá.

Mary Poppins

La Transición versionó la película más célebre de mi infancia

El juez Varela se asustó —¿en qué país vive el juez Varela?— y convocó a los corresponsales extranjeros para explicarles lo que ni ellos ni nosotros alcanzamos a entender. Luego, rectificó. Quizás alguien le recordó a tiempo que eso mismo hizo el Gobierno de Aznar después del 11-M, para desautorizar a la sociedad civil. Por eso, quiero enunciar aquí mi propia explicación. Es muy sencilla, sobre todo para quienes hayan visto *Mary Poppins*. Mary sale de paseo con los niños bajo un cielo acorazado de nubes negras y encuentra a su amigo Bart, pintando paisajes sobre las baldosas de la acera. Cuando empieza a tronar, los cuatro se cogen de las manos, cierran los ojos, saltan sobre el más bonito y... ¡Oh! Ahora están en un mundo de dibujos animados a todo color, donde los caballos vuelan y los peces bailan un foxtrot. ¿No es maravilloso?

Ese proceso, cerrar los ojos, cogernos de las manos y saltar sobre un paisaje de irreal felicidad, fue el precio del indiscutible éxito institucional de la Transición española. Es cierto que nos estaban apuntando desde las azoteas, pero lo que vale en una película no funciona en la realidad. Renunciar a nuestra tradición democrática, omitir una ruptura oficial, expresa y contundente, con el golpe de Estado que causó la Guerra Civil, fingir que toda la sangre derramada durante cuarenta años no hizo mella en nuestras conciencias, produjo una democracia de colores, vistosa, fotogénica, pero congénitamente débil. Esa fragilidad de Estado sin memoria, sin raíces,

edificado en el aire de su propia soberbia, se manifiesta en las grietas, las inconcebibles fisuras que consienten que un partido fascista, y orgulloso de serlo, sienta en un banquillo al único juez que ha investigado los crímenes del franquismo. Basta ya. Porque Mary Poppins no era española. Y nunca es tarde para hacer las cosas bien.

Preguntas

La justicia da la espalda, una y otra vez, a las víctimas del franquismo

Si prevaricar es dictar resoluciones injustas a sabiendas de que lo son, ¿cómo se llama el asesoramiento gratuito que el juez Varela ha regalado a los abogados de Falange y Manos Limpias? Lo formulo entre interrogaciones, para que el Tribunal Supremo, tan susceptible con la libre expresión, no se sienta presionado por mi humilde persona. Y hablando de presiones, ¿por qué las críticas al Constitucional no se interpretan como tales, ni como faltas de respeto?

Dejando al margen la bochornosa imagen internacional que proyecta nuestro país, ¿por qué el tribunal no ha tenido en cuenta el dolor, la amargura de 113.000 familias que solo aspiran a reivindicar la dignidad de sus seres queridos? ¿Cómo es posible que un tecnicismo legal sea más importante que el honor de los 113.000 españoles asesinados que siguen en las cunetas? Si sus herederos habían aceptado, con todo su retraso y sus limitaciones, la ley de Memoria Histórica, ¿quién crispa?, ¿quién desestabiliza?, ¿quién arriesga la convivencia? En ese sentido, ¿qué significa la airada imagen de Sáenz de Santamaría chillando en el Congreso, cuando habría sido tan fácil para su partido homologarse de una vez con el resto de la derecha europea, poniéndose del lado de las víctimas? No habría hecho falta mencionar a ningún juez. Habría bastado con declarar que el PP apoya los derechos de las familias, imitar el ejemplo de Merkel, implacable siempre con las tentativas de neonazismo. ¿Por qué han preferido alinearse con Falange Española? ¿Y

qué opina el Partido Popular Europeo de este posicionamiento?

Algún día, alguien tendrá que explicarnos todo esto. De momento, la única certeza que tengo es que Luciano Varela ha entrado en la Historia. Su nombre y su doctrina serán famosos durante generaciones, y no solo en España. Si eso era lo que envidiaba de Garzón, puede estar muy satisfecho.

Nadie

Consecuencias de una Transición presuntamente modélica

No somos nadie, dice el refrán funerario por antonomasia. La actualidad, no mucho menos fúnebre, me confirma que yo, votante de IU en las últimas elecciones, no solo no soy nadie, sino apenas algo, una brizna, un ápice, una deleznable dosis de ínfima materia, en comparación con los votantes de CiU o del PNV. Supongo, sin embargo, que en momentos como este, es posible que hasta quienes se inclinan siempre por los grandes partidos, dediquen un instante a reflexionar sobre la paradójica relación del todo con las partes que decide hoy, como otras veces, el destino inmediato de todos nosotros.

Los partidos nacionalistas, aquellos que se dirigen a una pequeña parte de la población, y elaboran programas, y defienden los intereses de una región concreta por encima del bienestar general, acaban decidiendo la suerte de todos gracias a una ley electoral que blinda el bipartidismo, discriminando abiertamente al resto de los partidos nacionales. La misma ley que desprecia 963.040 votos, entre ellos el mío, es la responsable de que ahora mismo, el PNV, con menos de la tercera parte de votantes —303.346 si Google no miente — y el triple de escaños, tenga la llave de la estabilidad política de España entera.

No se alarmen, no voy a caer en la ingenuidad de reclamar una reforma de la ley. ¿Para qué, si los grandes partidos jamás van a impulsarla? Pero me gustaría recordar que el sistema electoral, al igual que el modelo territorial, proviene de los acuerdos de nuestra modélica e intachable Transición.

Aquellos polvos trajeron estos lodos y otros, como la composición del Tribunal Constitucional, la situación de la enseñanza pública, los abucheos del 12 de octubre o las relaciones con la Iglesia, que siguen llenando a diario portadas de periódicos. Por eso, quizás haya llegado la hora de preguntarse de qué somos un modelo exactamente.

Dinosaurio

¿Y para esto se resistieron tanto a reformar la Constitución?

Cuando me desperté, la España inmortal seguía estando ahí.

Agosto ha sido asombroso, terrible, más esperpéntico que dramático, y sobre todo, ejemplar, porque en un mes hemos vivido sucesos suficientes para resumir dos siglos de historia. El verano que agoniza por fin ha tenido su poco de agresividad ultracatólica, de brutalidad policial, de pasteleo parlamentario y de «grandes rasgos para la posteridad». También su mucho de hombre de Estado socialista tomando decisiones en soledad y contra reloj. Pero, por desgracia, Zapatero no tiene ni el talento, ni la capacidad, ni el coraje de Negrín. Y para desgracia aún mayor, la reforma constitucional que ha impulsado a traición, resucita el espíritu pastelero de la Restauración, el clima de un Parlamento podrido donde todos los principios estaban en venta, la hipócrita alternancia bipartidista que apenas cubría sus vergüenzas con ardientes discursos y gestos para la galería. Los múltiples excesos que ha suscitado la visita de Benedicto XVI evocan tiempos más recientes. Basta con consultar las fotos del Congreso Eucarístico de Barcelona de 1952, las que captaron las cargas de los grises contra manifestantes antifranquistas.

La respuesta española al tiránico chantaje de esas bandas terroristas conocidas como mercados y agencias de calificación, solo ha aportado una auténtica novedad, aunque la gravedad de la situación impida apreciarla. Señoras, señores, la Transición ha terminado. El proceso que alardeó de haber cuadrado el círculo, ha reventado en sus propias contradicciones. La

Constitución no es intocable, el Estado de las autonomías mucho menos, Europa y Alemania ya no son papá y mamá, pero el PSOE y el PP sí, cuando les conviene. Al despertar del sueño, la España inmortal seguía estando ahí. Resoplaba de pura vejez, de puro cansancio, como el dinosaurio de Monterroso.

Lo específico

Los crímenes del franquismo no son crímenes contra la Humanidad

La reforma del Código Penal tipifica como delito el negacionismo de crímenes contra la Humanidad, «específicamente el Holocausto». En otro país, la discriminación entre la calidad de las víctimas de distintos genocidios resultaría moralmente inaceptable, e incomprensible el retraso con el que un Estado de derecho implanta una norma que rige en otros desde hace décadas. Aquí no. Nuestra especificidad consiste en que los crímenes contra la Humanidad cometidos en España no solo prescriben, sino que se benefician retroactivamente de amnistías. También es un delito investigarlos.

Como todo lo que atañe a la memoria, esta cuestión está más relacionada con el futuro que con el pasado. Es un síntoma de que la Transición llega a su fin, y termina igual que empezó, entre eufemismos, improvisaciones castizas y silencios culpables. Mientras la confianza de la ciudadanía en las instituciones se desmorona, los responsables siguen jurando que toda la verdad es solo la parte que les conviene. Esa es también una especificidad española, nuestra particular forma de mentir.

En ese sentido, Artur Mas es mucho más español de lo que le gustaría, pero no estaría triunfando como torero de salón si sus oponentes se atrevieran a reconocer toda la verdad. Que la financiación de Cataluña no es justa. Que la Constitución otorgó al País Vasco y a Navarra una ventaja de la que Cataluña carece por el peligro que encarnaba el terrorismo etarra hacia 1978. Que se niegan a negociar porque hacerlo sería hablar de federalismo. Y que en

España, donde las tradiciones existen aunque el poder se empeñe en negarlas con desesperación, un Estado federal resultaría incompatible con la Monarquía. Ahí se cierra el círculo y regresamos al punto de partida, la formulación de un Estado democrático tan insoportablemente específico que resulta más anormal que otra cosa.

Qué asco

El Gobierno aprueba la ley del aborto de Gallardón

Dicen que los deseos son peligrosos, porque a veces se cumplen. Aunque los míos parecen exentos de cualquier probabilidad de éxito, voy a arriesgarme. Espero de 2014 que no se parezca a 2013, aunque por mucho que me esfuerzo, no logro convocar la fe suficiente para desear con convicción. Es curioso, pero al final de un largo año de desdichas, de injusticias, de escándalos y rabia estéril, un solo acontecimiento, la reforma de la ley del aborto, ha logrado aniquilarme.

Los seres humanos somos tiempo, fruto de un lugar, pero sobre todo de una época. Y en la que me ha tocado vivir, la situación por la que estamos atravesando era impensable. Por eso, en la herencia amarga del año que se va, la última puñalada es la que más duele. Creíamos que nos enfrentábamos a una crisis económica insólita, una situación propia de un tiempo nuevo, un presente peor para un futuro por descubrir, y resulta que era mentira. Por el último resquicio de 2013, se ha colado lo malo conocido, el viejo y pestilente aroma de la represión, la caspa polvorienta de la España nacionalcatólica, el puritanismo dogmático de los padres de la patria que usurpan nuestra voluntad, nos expropian el cuerpo por nuestro bien, y condenan a las mujeres —esas sentinas de todos los vicios— a ser desgraciadas por la eterna salvación de sus almas.

Qué asco. Qué ganas de vomitar sobre la herencia maldita de la patria inmortal a la que pertenece el señor ministro de Justicia. Qué pena de ilusión

perdida, el sueño alimentado con tanto esfuerzo, durante tantos años, por tantas personas admirables condenadas a sufrir en vano doblemente, entonces y ahora. Se ha pinchado la burbuja, hemos caído al suelo y nos hemos roto todos los huesos. Así, maltrecha y furiosa, les deseo un feliz Año Nuevo. Solo lo será si logramos volver a respirar en este país de todos los demonios.

Bla, bla, bla

España es un problema para cada española, para cada español

Cuando una soga no aguanta más, se rompe poco a poco. No es una ruptura limpia, como la que lograría un golpe de hacha, sino un proceso más lento, más sucio. Los cabos de cuerda se van rompiendo de uno en uno, exhaustos de contribuir al esfuerzo de conformar la soga, de resistir con ella. Cada rotura en sí misma no es grave, lo grave es la suma de los cabos sueltos, y aquí ya se han roto demasiados.

No hablo de la unidad del Estado, ni de los atracos legalizados, ni de la actualidad judicial, sino de algo más. España se está rompiendo dentro de cada uno de nosotros, está arrasando con nuestra identidad y, lo que es peor, con nuestra integridad individual y colectiva. Para quienes sienten que no pertenecen a este país, es un problema menor. Para quienes no tenemos otro, una tragedia incomparable. Cada día resulta más difícil mirarse en el espejo. Cada día cuesta más desayunar con los escándalos de las ocho de la mañana. Pero lo más duro es escuchar a esos dirigentes que afirman con una sonrisa que esto ha pasado siempre, que pasa en todas partes, que lo sabe todo el mundo. Esos dirigentes que repiten como loritos el cuento de nuestra admirable Transición, de nuestra maravillosa Constitución, de nuestra heroica entereza y, más difícil todavía, de nuestra formidable capacidad para salir juntos, unidos aunque diferentes, de cualquier cosa.

Ese bla, bla, bla es el peor insulto, la ofensa más grave entre las muchas que recibimos a diario. Si se pararan a pensar en lo que dicen serían, en el

mejor de los casos, unos ineptos, y en el peor, unos cínicos. No llegan ni a eso, porque hablan sin pensar, recitando de carrerilla una lección falsa, anticuada en su falsedad. Incapaces de solucionar nuestros problemas, ni siquiera se dan cuenta de que ellos mismos se han convertido en el peor de todos.

Cuelgamuros

El PP se abstiene ante el proyecto de exhumación de Franco

Hace unos años, en este mismo espacio, expliqué las razones por las que no soy partidaria de sacar los restos de Franco del Valle de los Caídos.

Pensaba entonces, y sigo pensando ahora, que la memoria no tiene que ver con el pasado, sino con el futuro. Y los españoles del futuro tienen derecho a que preservemos su patrimonio, a enjuiciar la figura del dictador en función también de la imagen que él quiso legar a la posteridad. Nuestros nietos deben contemplar ese mausoleo, aprender que lo levantaron trabajadores esclavos cuya explotación enriqueció a empresas privadas que dominarían la economía nacional durante décadas, conocer el dinero que costó mientras sus antepasados se morían literalmente de hambre o de enfermedades, erradicadas antes de la guerra, que solo resucitaron y prosperaron gracias a su espantosa miseria. Esa es la clave de mi postura.

Ante el extraordinario acontecimiento que representa la abstención de la derecha española en una cuestión ligada a los símbolos de la dictadura franquista —y me gustaría pensar que este cambio de criterio se debe a un saludable ejercicio de coherencia democrática, y no al cerco que la Operación Lezo estrecha día a día sobre el partido del Gobierno, pero no estoy muy segura—, insisto en que, con restos o sin ellos, el Valle de los Caídos debe convertirse en un lugar de memoria consagrado a la figura y la obra del Caudillo. Esto no solo no implica un homenaje sino que, a imagen y semejanza de la preservación de los campos de exterminio nazis, representa todo lo

contrario.

Pero si no se clausura el monasterio, si no se desacraliza la basílica, si no se instala una exposición informativa permanente, dará igual que los restos de Franco estén allí o en cualquier otro lugar.

Temeridad

España no puede seguir siendo la pegatina de los fachas

La memoria tiene que ver con el presente.

El pacto constitucional de 1978 no fue un milagro, sino un salto mortal sin red. La cuadratura del círculo, integrar a la derecha franquista con la izquierda retornada del exilio en un nuevo Estado, sin condenar la dictadura ni reivindicar la legalidad republicana de 1931, fue una temeridad, no una proeza. Sobre una política pública de memoria encubierta plagada de mentiras y manipulaciones, que nunca dejarán de serlo por muy buenas que fueran las intenciones que presuntamente las inspiraron, se levantó el edificio que ahora se desmorona. Durante cuarenta años, hemos acumulado distorsiones inconcebibles en cualquier otra sociedad democrática madura.

Así, España se ha convertido en una pegatina de los fachas, una casa ajena para millones de españoles que nunca tendrán otra. La derecha actúa como si hubiera heredado este país de sus abuelos, que para eso ganaron la guerra, y la izquierda le da tácitamente la razón, aceptando sin rechistar la condición de realquilada con derecho a cocina. Los progresistas españoles rechazan su propia patria, pero asumen el patriotismo de los nacionalistas, conservadores y clericales, como propio, en una pirueta tan incomprensible desde el punto de vista ideológico como desde el sentimental. La reacción y el progreso se convierten en vapor, conceptos tan difusos que quienes invocan el Estado de derecho no acatan sus reglas, y quienes reclaman democracia olvidan que, en un Estado democrático, la ley garantiza los derechos de los más débiles.

La memoria no tiene que ver con el pasado, sino con el presente y, sobre todo, con el futuro. No es una frase hecha, sino la clave de lo que estamos viviendo ahora mismo. ¿Lo han entendido ya?

Sin miedo

Porque nuestra democracia renunció a elaborar su propio relato

Lo decía mi abuela: peor pensarlo que pasarlo.

El miedo oscurece las sombras, agiganta los obstáculos, labra montañas en guijarros del tamaño de un garbanzo, pero cuando llega el momento de actuar, todo es más fácil de lo que parecía. En los últimos días, esa experiencia individual se ha convertido en un fenómeno colectivo. Los españoles estamos descubriendo que hemos tenido demasiado miedo, mucho miedo de más, un terror semejante a las pesadillas de nuestros cinco años. No es culpa nuestra. Lo hemos heredado, pero si ha florecido, es porque alguien lo sembró. Ese miedo es el responsable de nuestra baja autoestima, el complejo de inferioridad que hace que nos sintamos un caso aparte. Y no es cierto. Tras la Segunda Guerra Mundial, hubo revueltas civiles, ajustes de cuentas, ejecuciones sumarias en todos los países de Europa occidental. Pero sus democracias elaboraron un relato que distinguía claramente a las víctimas de los verdugos, y esta no quiso hacerlo.

Así, el miedo sobrevivió a la Transición y nuestra pasividad lo hizo más y más fuerte. Hasta que el Gobierno anunció la exhumación de Franco, la intención de eliminar su ducado, de retirar las medallas a sus torturadores. ¿Y qué pasó? Nada. No ha pasado nada porque el miedo era humo, tradición, una pesadilla que se ha disipado con la luz del día. Durante años nos han aterrorizado con las consecuencias, y ahora resulta que la única consecuencia es un señor que recorre los platós diciendo cosas que un fiscal podría calificar

como delitos de odio. Y nada más.

Seguramente estamos viviendo la última oportunidad de recuperar nuestra memoria democrática pero, paradójicamente, ninguna otra ha tenido tantas garantías de éxito. Ojalá esta sea nuestra última rareza.

Por unos valores laicos y republicanos

A un lado estaba la lápida de mi abuelo, con el epitafio que él escogió y yo mandé grabar en granito la víspera de su entierro.

GUILLERMO MEDINA ACERO
(1855-1932)

REPUBLICANO Y LIBREPENSADOR.
SU ÚNICA PATRIA FUE LA HUMANIDAD

Almudena Grandes,
Los pacientes del doctor García

Imagine

Ejercicio de imaginación con dos maestras y un pelotazo

Imagínese que un día le roban por la calle. Usted no se da cuenta, porque no le quitan mucho dinero. Pero imagínese que, al mismo tiempo, roban a su pareja, a sus padres, a sus hijos, a sus amigos, a sus colegas, a todas las personas con las que pueda cruzarse por la calle cualquier día. A todos les quitan unos pocos euros, y ninguno de ustedes se da cuenta. Ahora imagínese que le presentan al ladrón, y que él le explica que el dinero que le ha robado se lo va a dar a un señor al que le viene muy bien para hacer un negocio. Imagine cómo se sentiría usted, qué opinión tendría del ladrón original y de su amiguete empresario.

En El Álamo han convertido las antiguas escuelas en una biblioteca. El edificio, de ladrillo rojo y estirpe institucionista, conserva una placa en recuerdo de dos hermanas, maestras, que regalaron al Ayuntamiento el terreno preciso para edificarlo hacia 1920. En El Álamo, en 2008, la Comunidad de Madrid ha decidido privatizar un colegio público cuya construcción costó 200 millones de euros, y lo ha puesto a la venta en unas condiciones estupendas para que algunos señores hagan un buen negocio. Esos 200 millones de euros son suyos, y míos, y de su pareja, y de sus vecinos. Nos los han robado por la cara, pero en lugar de chillar, correr, e ir a poner una denuncia, usted está en su casa, tan tranquilo.

¿Por qué? ¿Es que no comprende que el dinero público es suyo, que los servicios públicos le pertenecen, que si hoy es el colegio de El Álamo,

mañana será la monitora de yoga de su madre, y pasado el traumatólogo de su centro de salud? Mientras busca la respuesta, le propongo un último ejercicio. Imagine un país que experimentó un impulso tan formidable de fe en el progreso, que edificó colegios públicos con donaciones privadas. Réstele el país en el que vive, y saque usted sus propias conclusiones.

Pan y libertad

Elogio de la Feria del Libro de Madrid

Lo siento mucho, señorita, pero las matemáticas no son una opinión. La brillantez de uno de los mejores profesores que he conocido, se estrella cada día con la perversidad léxica de los economistas metidos a políticos. Entre la crisis y los malos datos coyunturales, caben la recesión, la desaceleración, el crecimiento moderado y la evolución inversa. ¿Qué hacer? Ir al Retiro, por ejemplo, y respirar.

Como muchas otras cosas muy antiguas, la Feria del Libro tiene dos aniversarios. Yo escojo el primero, no solo para celebrar que, como casi todo lo bueno que tenemos, fue una institución republicana, sino porque me emociona pensar que la guerra no pudo con ella. En 1937 y en 1938, oficialmente no se celebró, pero hay fotos de puestos en las calles rotas, fotos de gente que sonríe entre los escombros con un libro sobre el pecho. Era otro Madrid, desde luego, y otros madrileños, que reivindicaban el 2 de mayo de 1808, el pueblo en armas contra el invasor, desde una posición muy distinta al empacho de nacionalismo barato que padecemos este año. Lo demás es como el comienzo de un álbum de Astérix. De aquel Madrid no queda nada. ¿Nada? ¡No! En el parque del Retiro, una aldea inexpugnable resiste todavía... Tenemos Rivas todo el año, y en primavera, la Feria, donde libreros y editores sonríen porque, por una vez, los reyes de los coches y los emperadores del ladrillo padecen una crisis que ellos no conocen. Al menos, no todavía.

Un libro es una vida entera, un telar donde los hilos de la vida tejen por la mañana lo que destejerán cuando caiga el sol. Los libros son pan y libertad, el veneno dulce del conocimiento, la alegría temblorosa de las emociones,

esperanza donde no la hay, futuro para un presente enfermo. En junio, además, los libros son Madrid. Y Madrid, un lugar donde solo se podrá vivir mientras siga habiendo libros.

Generaciones

Reivindicar la herencia republicana para ganar el futuro

El término «generación», tan ambiguo en las antologías literarias, recupera un sentido preciso en el contexto de su ámbito original, el familiar. Los hijos matan simbólicamente a los padres para reivindicar a los abuelos, decían los freudianos, y aunque esté de moda reírse de ellos, tenían razón. Para comprobarlo, basta con revisar la opinión que en los últimos tiempos —años, meses, pero sobre todo la última semana— ha generado el tema de la memoria histórica.

Los hijos de los combatientes de la Guerra Civil defienden la Transición, que fue su obsesión colectiva y el gran tema de su generación. No me extraña, porque en el plano institucional aquel proceso fue un éxito sin paliativos, que creó la democracia más sólida y estable que España ha tenido nunca. En momentos difíciles, aquella generación hizo lo que creía que tenía que hacer, y esa convicción siempre me ha parecido muy respetable. Lo que no puedo respetar es su resistencia numantina frente a la posibilidad de que la generación siguiente haga ahora lo que cree que tiene que hacer.

La reivindicación de la herencia republicana, la defensa de su legitimidad, la ruptura de cualquier vínculo con la dictadura y la denuncia de las deficiencias morales de un proceso que nos desembarcó en la democracia sin debate ni análisis alguno —carencias que permiten hoy al fiscal Zaragoza tipificar la ley de fugas, por ejemplo, como delito común—, no representan ataques a la Transición, sino un intento de completar lo que hace treinta años

se debió, y no se pudo, hacer. Son, además, la obsesión colectiva y el gran tema de mi generación. Porque nuestros hijos no saben lo que es el miedo. Porque no hay ninguna razón para que crezcan entre el silencio y el eufemismo. Porque solo si llegan a vivir en un país justo, con ellos y consigo mismo, podrán matarnos simbólicamente algún día.

Una costumbre

El hiyab no tiene que ver con la religión

En la sierra de Cádiz, hace un siglo, cada noche brotaban de las cuevas hombres tumbados. Solo podían hablar con sus novias por las rendijas de las puertas de sus casas, ellas a su vez tiradas en el suelo, al otro lado. Tenían que seducir con la voz, porque salían a la calle tapadas por un manto que apenas descubría sus ojos. Y no eran musulmanas. Eran tan católicas como otras españolas e italianas sujetas a humillaciones parecidas, tan cristianas como las griegas y balcánicas que tampoco osaban pasear con la cabeza descubierta.

Un juez ha expulsado a una abogada que se presentó en un juzgado con un hiyab. La noticia ha traído a mi memoria algunas viejas fotografías. Hace un siglo, en España, ¿hablar por la rendija de la puerta era un símbolo religioso? Parece absurdo, pero lo era en la misma medida en la que puede serlo que una musulmana lleve hoy la cabeza cubierta. Porque indicaba pertenencia a una comunidad férreamente influida y cohesionada por una Iglesia, sumisión ante sus normas, renuncia al control del propio destino. ¿Era un dogma? No. ¿Alguien ha leído alguna vez en la Biblia que las mujeres con el pelo suelto no vayan al cielo? María Magdalena le secó los pies a Cristo con su melena, y es santa.

Durante siglos, en las riberas del Mediterráneo, las mujeres han formado parte del patrimonio material de sus padres antes de integrar el de sus maridos. La religión tenía tan poco que ver en esto que, en nombre de sus dioses, el norte y el sur libraron guerras sin cuento mientras las mujeres seguían igual de tapadas en las dos orillas. Los españoles no deberíamos aceptar que se vincule el velo islámico con la libertad religiosa, porque el

sometimiento de nuestras abuelas nunca fue un dogma. Pero sí el emblema de una costumbre odiosa que ha engendrado un monstruo del que ningún dios querría hacerse responsable.

Mentira podrida

En defensa de la escuela pública

Soy una madre de la escuela pública. No la escogí por pobreza, ni por la imposibilidad de acceder a otro modelo. Algunas personas próximas a mí nunca han entendido esta opción, que interpretan como una muestra de tacañería, de indolencia o de irresponsabilidad respecto al futuro de mis hijos. Yo, sin embargo, creo firmemente que una escuela pública igualitaria, gratuita, laica, interclasista y de calidad, constituye el primer peldaño de la civilización y el único modelo a escala de una auténtica sociedad democrática. Solo por eso, la habría escogido, pero la calidad de la enseñanza también cuenta.

En los colegios privados y concertados suelen enseñar, como norma general, docentes que no han logrado entrar por oposición en la escuela pública. No me siento agredida por las protestas de los mejores profesores que hay en España. Lo que me ofende es que los responsables de esta situación pretendan manipular a la opinión pública presentando a padres y alumnos como víctimas de sus reivindicaciones. Y aún me ofende más que —después de haber asistido, año tras año, al recorte sistemático de recursos en la enseñanza pública madrileña— se presente una ofensiva estrictamente ideológica como una consecuencia de la crisis. Mentira podrida. Lo que pretende el Gobierno de Aguirre, que no ahorra en los terrenos que le dona a la Iglesia católica ni en las subvenciones de los concertados, es convertir la escuela pública en una vía muerta, un reducto para ciudadanos de segunda clase. Para lograrlo, cuenta con la complicidad de una sociedad anclada en el viejo modelo franquista de los «colegios de pago» y los «pobres gratuitos».

Eso es lo más triste de todo. En ningún otro país europeo, con mejores notas en el Informe PISA, sucedería nada parecido. Pero España, una vez más, es diferente y algo más, un país anormal, aunque ni siquiera lo sepa.

Huelga

Motivos para la primera huelga feminista de la Historia de España

Lo cuenta Edward Gibbon en su clásica obra *Decadencia y caída del Imperio Romano*, pero a mí me lo contó mi amigo Rafa Reig, que siempre da en el clavo.

Cuando los bárbaros desbordaban ya las fronteras imperiales, a un miembro del Senado se le ocurrió uniformar a los esclavos, para distinguirlos de los hombres libres a simple vista. La mayoría de los senadores aplaudieron su iniciativa hasta que uno, el único que pensaba aquel día, les preguntó si se habían vuelto locos. ¿Pero no comprendéis que si les ponemos un uniforme se van a dar cuenta de que son muchos más que nosotros?

Los uniformes no solo operan sobre el individuo. Cuando se aplican a un grupo, pueden funcionar como una clave de la conciencia de clase, ese término tan anticuado que no deja de ser exacto por muy pasado de moda que esté. Así, la huelga feminista del 8 de marzo, cuyos detractores se han apresurado a tachar de política —como si no lo fueran todas las huelgas—, de izquierdista, de elitista, y de no sé cuántas cosas más, puede resultar un instrumento formidable para uniformar a las mujeres, para que las que todavía no se han parado a pensarlo, descubran cuántas somos, el valor de lo que hacemos y el poder que tenemos. Resulta ofensivo, en sí mismo y por la estupidez que implica, el argumento esgrimido por algunas dirigentes del PP que afirman que lo que conviene es trabajar ese día más que otro cualquiera. Las mujeres no hemos hecho otra cosa que trabajar y trabajar, cada una por su cuenta, eso sí,

desconectadas, aisladas, hasta llegar a una situación tan injusta como la que padecemos.

Yo no voy uniformada desde que salí del colegio, pero el 8 de marzo voy a ponerme el uniforme de mujer trabajadora y huelguista.

Ojalá seamos tantas que dé miedo contarnos.

Machismo

En España hay cosas que no cambian nunca

Cuento hasta diez antes de teclear cada palabra. Me propongo desterrar la rabia y escribir sobre lo que conozco. Desde mi conocimiento de la lengua española, creo que el tribunal de Pamplona no ha apreciado intimidación en lo que no fue otra cosa que una violación múltiple, porque sus miembros pueden y porque no les ha dado la gana. Lean los hechos probados en la sentencia, consulten el diccionario y lo comprobarán fácilmente.

La insostenible interpretación de los términos intimidación y consentimiento viciado —si es viciado, porque el tribunal reconoce que se obtuvo a la fuerza, gracias a la superioridad numérica de los agresores, ¿cómo puede ser consentimiento y no existir intimidación?— en la que se basa la calificación del delito, solo se explica por motivos ideológicos. Los jueces de Pamplona nos dicen que una mujer tiene que defender su honra con sangre, que si no expone su vida, no puede esperar que la consideren una víctima y, lo peor de todo, que una violación en grupo, en el contexto de unas fiestas y con alcohol de por medio, es una legítima juerga de chavalotes que igual se han pasado un pelín, pero que solo querían divertirse.

Lo único que he echado de menos es el tristemente célebre atenuante del instinto del cazador, la insuperable necesidad de sexo que anula la voluntad del macho. Con esa única excepción, la sentencia de La Manada rezuma el viejo y eterno machismo de todos los tiempos. ¿Hace falta decirlo una vez más? Solo sí significa sí. No es no, y todas las violaciones son el único y

mismo delito.

Yo creo a la víctima, pero interpelo a los legisladores. Son ellos quienes tienen la obligación de cambiar los tipos delictivos para que no vuelvan a producirse sentencias como esta. Y tienen que hacerlo ya.

Defender el fuerte, o seguir siendo de izquierdas en el siglo XXI

Remando a contracorriente, contra toda lógica, todo pronóstico, se erigieron los muros de este fuerte que aún resiste. Algunas luchas son más dulces que cualquier victoria. Algunos caminos importan más que el triunfo de llegar primero a la meta. Esos son los esfuerzos necesarios. Ninguna hazaña es tan digna, tan esencialmente humana, como la voluntad de sobrevivir.

Almudena Grandes,
«Defendiendo el fuerte»,
El País Semanal, 17 de mayo de 2015

Ideología

La derecha se organiza como ya no sabe organizarse la izquierda

Esto se veía venir. No me refiero al derrumbe de la construcción, que llevaba años divisándose desde kilómetros de distancia. Tampoco a la escasez de alimentos patrocinada por la soberbia occidental, el alegre abandono de la agricultura inspirado por la insensata hipótesis de que los chinos y los indios pudieran seguir produciendo a destajo sin consumir apenas por los siglos de los siglos. Ni siquiera hablo de la oleada de xenofobia institucional que se ha desatado al menor indicio de crisis, en este país de nuevos ricos donde no sé cómo no se nos cae la cara de vergüenza. No, hablo del triunfante retorno de la ideología. La derecha se reorganiza para hacer frente a la batalla de las ideas. Los mismos que anteaer decían que la ideología era un lastre caduco del siglo XIX, se enzarzan ahora en disquisiciones sutilísimas sobre la auténtica naturaleza del liberalismo.

Hay quien se ríe de ellos. A mí, la verdad es que me dan envidia. Me da envidia el volumen de afiliaciones del Partido Popular, me da envidia la disciplina de sus militantes, me da envidia la facilidad con la que montan tenderetes de recogida de firmas para cualquiera de las campañas que patrocinan, por muy odiosas que me resulten, me da envidia que tengan, siempre, interventores y apoderados de sobra en todas las mesas electorales. Mientras los partidos de la izquierda se abandonan a sus respectivas perversiones, entre la autocomplacencia sin condiciones y la búsqueda del Santo Grial de la pureza, la derecha ha aprendido la lección.

Ahora son ellos los que hacen partido, los que salen a tomar la calle, los que, aunque sea de carambola, han empezado a reivindicar la importancia de la ideología. Y ya sé que Aguirre no sabe lo que dice pero, antes o después, alguno sabrá. Y la izquierda no le verá venir, porque seguirá mirándose tranquilamente el ombligo.

Cruces

Un millón de votos, dos diputados

La vida, en general, es una cuesta arriba. También hay grandes llanos, y hasta vertiginosos descensos, pero antes o después afloran las preocupaciones, los problemas que nos impulsan a seguir viviendo. En la felicidad perpetua, nadie lograría prosperar. En la perpetua adversidad, millones de personas prosperan todos los días. Y aprenden a ser felices en pequeñas dosis, sin dejar de sentir nunca el peso de la cruz que cargan sobre sus hombros.

Sobre los míos pesa todavía el fracaso electoral. He apoyado al único partido que fracasó el 9 de marzo. Se diría que el PP, el PNV y CiU han perdido también, pero lo han desmentido, y ha colado. La responsabilidad de Llamazares ha merecido, en cambio, una respuesta hostil. La ley D'Hont no vale como excusa, se ha dicho, porque es injusta pero ha existido siempre. Igual que el hambre en el mundo, digo yo, las plagas y el amor no correspondido. El progreso consiste en luchar contra las cosas injustas que han existido siempre. Lo del amor no correspondido tiene mal arreglo, pero... ¿a alguien le parecería sensato suspender las políticas contra el hambre o las enfermedades endémicas solo porque han existido siempre? Las luchas intestinas en IU, otra cruz que llevamos a costas, la han perjudicado, desde luego, pero en Iniciativa per Catalunya no ha pasado nada semejante y los resultados han sido parecidos.

Un millón de votos, dos diputados. Recuerdo una escena de *Mary Poppins* y a un niño que tenía una moneda para dar de comer a las palomas. Un banquero le perseguía, argumentando que su moneda no valía nada, pero unida a los millones del banco —que son como millones de votos— crecería y

crecería sin parar. El niño salía corriendo, porque solo tenía una moneda y su dignidad. Creo que no sería mucho pedir que, junto con nuestros dos pobres escaños, nos dejaran conservar la nuestra.

La oportunidad Rajoy se reconcilia con Zapatero

Zapatero y Rajoy se han reunido para poner fin a la crispación, dicen los titulares. Se diría que la crispación es una epidemia, una emergencia o una catástrofe nacional. Que yo sepa, aunque tal y como están las cosas, les confieso que cada día dudo más de haber sabido algo alguna vez, la crispación ha sido una estrategia política, medida y calculada, que el PP ha desarrollado entre sus dos últimas derrotas electorales, y subrayo, derrotas. Rajoy ha sido su principal impulsor y su frustrado beneficiario. Entonces, ¿a qué viene esta escenificación de culpas compartidas, este numerito de venga esa mano y pelillos a la mar, que parece arbitrado por una monja en el patio de un colegio?

Imagino que los votantes del PSOE estarán decepcionados, porque lo estoy yo y no lo soy. Pero ninguna situación es tan dramática como la de los millones de españoles que han coreado durante cuatro años que el presidente del Gobierno era un asesino, un cómplice de los asesinos, el rencoroso nieto de un rojo que estaba dispuesto a acabar con España solo para vengarse. ¿Cómo se sentirán ahora? ¿Qué opinarán de la repentina lealtad que su líder ofrece en la lucha antiterrorista en este verano de grandes detenciones, cuando la negó mientras había muertos por enterrar? ¿Qué concepto de su honestidad tendrán en adelante?

La foto del encuentro es muy bonita, nos dicen, y me lo creo. Comprendo que nuestra vida cotidiana será más serena, y me alegro. Comprendo también que la socialdemocracia en el poder se parecerá cada vez más a la derecha en la oposición, y que a los políticos la irresponsabilidad les sigue saliendo

gratis.

Me gustaría comprender, por último, que esta coyuntura le daría a una izquierda fuerte la oportunidad de influir decisivamente en la realidad española, pero me temo que los dirigentes de IU no están por la labor de aprovecharla.

En serio Tomás Gómez, o el PSOE renuncia a Madrid

Esta vez vamos en serio, ha dicho Tomás Gómez, enseñando todos los dientes como si tuviera algún motivo para sonreír. ¿No sabe usted quién es Tomás Gómez? No se preocupe. Ni siquiera la mayoría de los madrileños lo sabe. Es normal, porque el líder de los socialistas de Madrid ha estado un año entero trabajando en broma, por lo que se ve. O mejor, por lo que no se ha visto, que ha sido a él en ninguna parte.

Cada vez que Zapatero dice que Madrid es una de sus prioridades, yo también sonrío, pero mi sonrisa es triste, melancólica, una mueca patética de desesperación. Y pienso en Bono, en Fernández de la Vega, en Simancas, en Sebastián, en el *tamayazo*, del que seguimos sin saber nada a pesar de que el PSOE controla desde hace más de una legislatura el *aparato* de información del Estado, y así, pasando por Trinidad Jiménez, apartada de su cargo cuando empezaba a estar preparada para ejercerlo, llego hasta un remoto año de mi juventud en el que era evidente que el mejor candidato era Fernando Morán pero el elegido fue Juan Barranco. Desde los ochenta, y se dice pronto, el PSOE, en Madrid, no da una. Habrá quien piense que es mala suerte. Yo no lo creo.

A lo peor es que con los años he desarrollado una manía conspirativa, pero cada vez estoy más convencida de que el PSOE ha renunciado deliberadamente a Madrid, de que lo ha abandonado en manos de la derecha para poder presumir de partido progresista y descentralizado en la periferia

que lo consolida en el Gobierno.

Como estrategia, es mezquina pero rentable, y quizás por eso, casi todos los miembros de la nueva cúpula de Gómez tienen un cargo previo. Así, si como es previsible, y nunca en mi vida he deseado tanto equivocarme, logran la proeza de incrementar una abstención que ya supera con creces la tercera parte del censo, ninguno correrá el peligro de acabar en el paro.

Maldición

El gen de la división endémica en el PSOE

Es nuestra tradición. Los españoles hablamos a gritos, cocinamos con aceite de oliva, somos morenos, jueguistas y trasnochadores. Pero eso no es lo único que llevamos escrito en los genes. Aquí, cuando diez militantes de un grupo de izquierdas se convierten en once, se escinden, las organizaciones consolidadas se enfrentan entre sí con mucho más brío del que despliegan contra el enemigo común y, cuando vienen mal dadas, el PSOE deja de ser un partido para convertirse en tres o cuatro. Es como una maldición, un destino trágico, la trampa mortal a la que los socialistas se tiran de cabeza, generación tras generación, como si sintieran la llamada del abismo. Una vez, cuando la suerte de España estuvo en sus manos más que nunca, su partido fue la suma de tres distintos, el de Prieto, el de Besteiro y el de Caballero, que serían cuatro cuando Negrín asumiera el poder. Ahora que Zapatero ha renunciado a 2012, seguimos teniendo su partido, el de Rubalcaba y el de Chacón, aunque Bono se abalanza sobre los micrófonos cada vez que se reúne con Blanco, mientras los francotiradores se multiplican en los tejados. Para analizar las razones por las que tantos celebran la renuncia del compañero José Luis a un mes y medio de las municipales, hay que esperar a un columnista más inteligente. Yo, honestamente, no lo entiendo.

Tampoco creo que existan muchos países donde un líder derrotado en dos elecciones sucesivas, haya conseguido acorralar a su vencedor gracias a la entusiasta colaboración del partido en el Gobierno. El encarnizamiento

parecería más lógico en el PP, donde ni siquiera se discute la sucesión de Rajoy el perdedor. Pero la derecha española también tiene sus propias tradiciones. La principal, paciencia y barajar. Saben que les basta esperar a que se manifieste la legendaria desunión de la izquierda para volver al poder.

La alegría

La Junta de Andalucía aprueba un decreto contra los desahucios

Lo peor ni siquiera es el cinismo. Invocar la inviolabilidad del hogar o la edad del hijo de la vicepresidenta del Gobierno para condenar los escraches implica consecuencias más graves. Estas declaraciones explicitan que la sensibilidad de quienes se sienten agredidos se limita a los miembros de su propio grupo. Así, el hogar de los desahuciables se puede, y se debe, violar con una ley injusta en la mano, y sus hijos, igual que los de los proletarios del siglo XIX, no cuentan como bebés. Para el Gobierno del PP, la exclusión social no es un riesgo, sino un insignificante daño colateral del que nadie debe hacerse responsable.

Permítanme, por tanto, que levante la voz para aclamar el decreto de una consejera de IU, que aplauda con fervor la iniciativa de la Junta de Andalucía, la única medida que se ha tomado en España desde hace mucho tiempo para proteger un derecho constitucional esencial de los ciudadanos. A pesar de las constantes intoxicaciones, de las retorcidas interpretaciones que ha inspirado, esta disposición —equiparable por otra parte a las normas que penalizan a los propietarios de viviendas desocupadas en muchos países de la Unión Europea — tiene un valor que excede con mucho su propia aplicación.

No se podía hacer nada, decían, pero resulta que sí se puede. Ha muerto la política, decían, y miren por dónde, acaba de resucitar. Todos son iguales, decían, y sin embargo han dejado de serlo. Báñez le mete un hachazo a las pensiones por decreto mientras sus portavoces critican que Cortés escoja la

vía del decreto para atacar a bancos y especuladores. Lo peor no es el cinismo. Lo mejor es que una Administración haya sabido reaccionar para sacarle los colores de la vergüenza a todas las demás. Y el fin de la cantinela del voto útil. Y la alegría de encontrar en la unidad de la izquierda una puerta abierta hacia el futuro.

Este lunes Apatía y abstención en las elecciones europeas

Hubo otros lunes. Ojeras, resaca, cansancio, afonías y ojos hinchados, enrojecidos por el llanto. Hubo otros lunes porque antes había habido otros domingos de tensión, de pasión, de incertidumbre, jornadas serenas solo en apariencia donde desembocaban semanas de trabajo constante, derroches diarios de fe, de esfuerzo, de entusiasmo. Aquellos domingos eran una fiesta hasta para los que habían perdido, porque bajo el poso amargo de la derrota, afloraba la satisfacción por el deber cumplido, la convicción de haberlo intentado todo, la ilusión del éxito que estaba por venir.

No, esta semana no hablo de fútbol —aunque estoy tan orgullosa de mi equipo, o más aún, que el lunes pasado—, sino de las elecciones europeas de ayer. Me pregunto cómo se habrán levantado los candidatos y me los imagino a todos con buena cara, porque ni siquiera deben acordarse de las ojeras, las resacas y las lágrimas de su juventud, si es que alguna vez llegaron a derramarlas. Me pregunto también si estarán tan satisfechos con los elevados índices de abstención como es de esperar después de la atonía deliberada, sin ideas, sin análisis, sin propuestas, de la campaña que han protagonizado. Y mientras siguen haciendo declaraciones sobre si salimos o no de la crisis económica, me escandaliza que no hablen de las otras crisis que, día tras día, asfixian un poco más a este país. Las crisis que ellos mismos representan.

Pues bien, muchos españoles hemos ido a votar. Y muchos, tal vez la mayoría, lo hemos hecho sin ganas, sin ilusión, escogiendo entre lo malo y lo

peor, convirtiendo el acto de levantarse un domingo para salir a la calle en una proeza de pura voluntad. Lo que más añoro de los domingos de antes es la intensidad de las derrotas que nos llenaban los ojos de lágrimas. Porque en la grisura del tiempo en que vivimos, ya ni el desencanto es épico.

Allá ellos

Cuando Susana Díaz iba a arreglar la crisis del PSOE

Es un fenómeno muy conocido. Se va de mal en peor cuando se huye hacia delante, cuando se persevera en el error, cuando se toman decisiones sin analizar previamente un problema y cuando se cultiva la propia soberbia como método de trabajo. Con estas premisas, y lamentándolo mucho, creo que el PSOE va de mal en peor con unos márgenes cada vez más estrechos.

La capacidad para resucitar forma parte del ADN de los socialistas españoles, pero no es su gen más genuino. La división interna es históricamente más relevante. Tras un fracaso electoral sin precedentes, Eduardo Madina interpretó correctamente los resultados. Asumiendo que el PSOE había perdido el favor de sus bases en la misma medida en que la cerrazón del aparato las había alejado del partido, expresó lo evidente. Tras la dimisión de Rubalcaba, debería haberse formado una gestora para que convocara primarias abiertas. Su alternativa —un congreso en el que cuente el voto de cada militante— representa la esencia misma de una organización democrática, pero estalló como un traicionero anatema entre los barones que se aferran al poder como si la catástrofe de las europeas no fuera con ellos.

En ese instante, aparece Susana Díaz y casi todos los dirigentes del PSOE se han apresurado a posicionarse a su favor sin tener en cuenta la voluntad de sus militantes, pues no faltaría más. Susana es la solución, dicen. ¿Para qué? Para mantener el control sobre el partido, naturalmente. Para garantizar la voluntad del aparato. Para mantener a los afiliados en su sitio, o sea,

repartiendo caramelos y pegando carteles. Supongo que ninguno de ellos anda por la calle y habla con la gente porque, si no, no me lo explico. Después del éxito de Podemos, parece que en el PSOE nadie recuerda que, cuando las barbas de tu vecino veas pelar, lo mejor es poner las tuyas a remojar. Allá ellos.

Izquierda

Manuel Valls, socialista, armado y peligroso

Manuel Valls, primer ministro francés, ha advertido que la izquierda puede morir si no se reinventa. Me parece bien, estoy de acuerdo con él. Ha añadido que es preciso superar la tentación de la nostalgia, crear nuevas soluciones para resolver nuevos problemas sin aferrarse a los tótems, los símbolos, las palabras del pasado. También estoy de acuerdo con ese análisis. A continuación, ha propuesto que su partido cambie de nombre, renunciando a llamarse socialista. Esta propuesta, en sí misma, me parece irrelevante, pero en el contexto de este discurso tiene el valor de transparentar sus verdaderas intenciones, no tan distintas de las que Pedro Sánchez, o mejor dicho, sus elocuentes silencios en lo que respecta a su programa económico, ha revelado hasta ahora.

La novedosa aportación de Valls se ha producido después de que un grupo de diputados socialistas votara en contra de unos presupuestos que pretenden acentuar en 2015 el programa de recortes y austeridad a toda costa que padecen ya los franceses. Esa es la verdadera novedad de la propuesta de un líder socialista que pretende reinventar su partido integrándolo en un bloque liderado históricamente por sus enemigos acérrimos. Reinventemos la izquierda, pero hagámoslo desde la premisa de que solo existe una política económica y no tenemos más remedio que aplicarla. ¿Que haría hervir de indignación la sangre de nuestros abuelos? Desde luego, pero vivimos en otros tiempos y es preciso pagar el precio de la modernidad, ¿o qué queréis, que

gobierne la extrema derecha?

Esto es lo que pretende decir Valls en realidad y con eso, desde luego, no puedo estar de acuerdo, así que voy a hacer mi propia aportación. Si la izquierda no se reinventa, puede morir. Si dejamos que la reinventen ciertos líderes del socialismo europeo, morirá con toda seguridad.

Susana

Susana Díaz empieza a equivocarse

¿Y si me pasa lo mismo que le pasó a Artur Mas? ¿Y si convoco unas elecciones anticipadas pidiendo a los ciudadanos una mayoría absoluta y acabo teniendo menos escaños que los que tengo ahora? ¿Y si las encuestas se equivocan, como pasó en Andalucía, sin ir más lejos, la última vez? Y si tengo una mayoría relativa, ¿con quién voy a gobernar después de haber roto un Gobierno de coalición con mis socios naturales? Y si al llegar las municipales, a dos meses escasos de las andaluzas, no he logrado todavía una alianza estable, ¿qué pasará con todos los municipios que gobierna mi partido con apoyo de, o en coalición con, IU? Y si me veo abocada a pactar, ¿con quién lo haré? Si he denunciado la radicalización de IU por su convergencia con Podemos, ¿pactaré con el PP? ¿Un pacto con la derecha, aunque sea coyuntural, e incluso accidental, para garantizar mi investidura, favorecerá los intereses del PSOE en las generales, al sugerir sin remedio a nuestros votantes que su voto puede servir para que siga gobernando Rajoy? Y si acepto el apoyo del PP, ¿favoreceré los intereses del PSOE en las municipales, en todos esos municipios donde gobernamos con el apoyo de IU e hipotéticamente podríamos seguir gobernando con el apoyo de Podemos? España no es Grecia, pero ¿qué encuesta garantiza que los españoles no sientan, no piensen y no voten lo mismo que los griegos? ¿La sombra del Pasok no es alargada? Y si lo es, y no puedo pactar con el PP, pero tampoco quiero hacerlo con IU, ni con Podemos, ¿qué haré? ¿Gobernar en minoría? Y si Gobierno en minoría y el único partido que está dispuesto a apoyarme en todo es, naturalmente, el PP, ¿lograré evitar el efecto que causaría un pacto de Gobierno con la derecha? Y

sobre todo, ¿no son estas demasiadas preguntas para alguien que podría seguir gobernando tranquilamente?

Tácticas

Susana Díaz comprueba que se ha equivocado

Hubo una época en la que todos los partidos tenían una estrategia, un plan supremo a cuya consecución se supeditaban las decisiones parciales. Durante siglos, las tácticas, planes urgentes, concretos, limitados a una coyuntura determinada, ocuparon un papel muy secundario. Una táctica errónea, incluso si conducía a una derrota electoral, era un contratiempo que no comprometía el futuro del partido que la había puesto en práctica. La estrategia, determinada por la aspiración a transformar la realidad, servía a un fin demasiado precioso, demasiado elevado como para desgastarse con facilidad. Entonces, la política no estaba asociada al enriquecimiento de quienes la practicaban, más bien al contrario. Lo malo del socialismo es que te quita muchas tardes libres, decía Oscar Wilde.

Esa fue la realidad de generaciones enteras de ciudadanos que militaron en detrimento de su tiempo de ocio, de sus horas de sueño y hasta de su propio bolsillo, sacrificando cuanto tenían a la consecución de un fin superior, un ideal que les daba más de lo que les quitaba. Resulta paradójico que la indignación justamente provocada por el intolerable nivel de corrupción que padecemos se haya visto asociada a la aparición de partidos que juegan siempre en el corto plazo, anteponiendo las tácticas a una estrategia oculta o inexistente, y apostando todo su capital a una cita electoral.

Susana Díaz se ha buscado lo que le está pasando. Es la única responsable del charco donde chapotea. Pero da miedo pensar en un futuro donde el

proceso que ha impedido su investidura se repita sistemáticamente, porque siempre habrá una cita electoral en el horizonte. Cuando todos los partidos tenían una estrategia y una ideología, esto no pasaba.

Novedades

David contra Goliat, Sánchez contra Ferraz

El nacimiento de 2016 coincide con un panorama inédito de posibilidades e incertidumbres, tan complejo que todas las posibilidades son inciertas y todas las incertidumbres posibles. Si tuviera que apostar, jugaría a la carta de unas nuevas elecciones, pero esa hipótesis, aun siendo inaudita, no me parece tan novedosa como la despiadada relación que algunos líderes políticos han establecido con sus partidos, anteponiendo su futuro personal no ya a las expectativas de un triunfo venidero, sino a la misma supervivencia de sus siglas. Deliberadas o solamente torpes, las maniobras de Alberto Garzón y Artur Mas les han convertido en caballos de Atila bajo cuyas pezuñas no volverá a crecer la hierba.

Pero nada es comparable a la ordalía desatada en el PSOE contra Pedro Sánchez, al que sus compañeros están despedazando por no haberse hundido, por haber mantenido la segunda posición en lugar de pegarse el batacazo que auguraban las encuestas. Más allá de la vergonzosa aplicación de la ley del embudo por parte de los socialistas que gobiernan gracias a Podemos, merece atención la capacidad estratégica de Susana Díaz. Si esos señores, tan bajitos como desleales, que salen a todas horas por televisión no son amnésicos, recordarán el balance de las últimas elecciones andaluzas, que Díaz anticipó clamando por una mayoría absoluta, y de las que salió con menos escaños que los que tenía antes.

Solo cabe concluir, por tanto, que los barones del PSOE están dispuestos a

cargarse a Sánchez a cualquier precio, incluida la definitiva debacle del partido al que menos le convienen otras elecciones, porque buena parte de su electorado no le perdonará que ni siquiera haya intentado gobernar. Se la tendrán muy bien empleada.

Un pimiento

Lo que siempre habíamos importado los votantes de Izquierda Unida

Somos más de un millón, a veces dos millones. Nunca le hemos importado un pimiento a nadie. Durante décadas, nuestros votos han valido muy poco, incluso una décima parte de los emitidos a favor del PSOE o del PP. Una injusticia tan flagrante ni siquiera merecía palabras de consuelo por parte de los agraciados por la ley electoral. Esto es lo que hay, venían a decir, si es que decían algo. Y ahora, de repente, los focos nos aturden mientras la alfombra roja hace cosquillas en las plantas de nuestros pies encallecidos por el infortunio.

El humilde electorado de IU se ha convertido en el protagonista de la política española. Todos nos analizan, nos desmenuzan, se preguntan si hemos votado, o no, y a quién. Pero no adelantan mucho, porque es evidente que no nos conocen. ¿Cómo van a conocernos, si nunca les hemos importado un pimiento? Entre los factores que se esgrimen con más insistencia para justificar el presunto fracaso de Unidos Podemos están el miedo a la radicalización y el fin de la transversalidad. Desde dentro, yo me atrevo a opinar sin embargo que la causa principal del resultado ha sido el rechazo del propio electorado de IU a votar otras siglas. Ese voto, en cierta medida, ha contribuido a impedir la ruina del PSOE. Pero, aun siendo consciente de que voy a darle un disgusto a mucha gente, me atrevo a pronosticar con la misma contundencia que esa fuga no es definitiva. Cuando se formen las Cámaras, y se empiecen a negociar los pactos, y cada cual ponga sobre la mesa sus

propuestas, florecerán los arrepentimientos que ya han empezado a cundir entre quienes optaron por la abstención. Y, si se mantiene la coalición, la próxima vez será diferente.

Porque somos pocos, pero ni más ni menos humanos que cualquier otro hijo pródigo.

El valor de emoción en el PSOE

O por qué Pedro Sánchez derrotó a Susana Díaz

Me debato entre lo que sé y lo que leo, lo que escucho y lo que intuyo, lo que sospecho y lo que dejo de sospechar.

Desde su fundación, el PSOE ha sido bendito y maldito, en proporciones idénticas, por un destino obsesivamente equitativo. Durante los ciento cuarenta años de los que tanto le gusta hablar a Díaz, ha funcionado como sinónimo de división interna, hasta el punto de que su trayectoria puede contarse a través de las fracturas que lo han desgarrado sin llegar a romperlo. Al mismo tiempo, se ha consagrado como Ave Fénix de la política española, gracias al milagroso don de la resurrección que lo ha rescatado de hoyos tan profundos como su inactividad durante cuarenta años de dictadura. Parece que estamos ante un episodio más de esta historia infinita, y sin embargo, percibo algunos rasgos que comprometen su continuidad. Como todas las organizaciones antiguas, el PSOE posee un aparato formidable, en el que confían quienes han alcanzado el poder bajo sus siglas. No discuto su eficacia, pero me parece una estrategia arriesgada, porque cualquier maniobra, la menor presión sobre un humilde militante de base, puede convertirse en *trending topic* en diez minutos. Esto no sería tan grave si ese mismo aparato que ahora pretende arreglarlo todo, no hubiera convertido al compañero Pedro en un héroe popular, un flamante símbolo del regreso de los orígenes.

Hace poco, escuché a una responsable de su campaña mientras contaba que, en su largo viaje por España, Sánchez y su equipo duermen y comen en

casas de compañeros, que les pagan los cafés y les llenan el depósito de gasolina. Confieso que su relato me emocionó, y eso que yo nunca voto al PSOE. Y no sé lo que puede hacer el aparato contra la emoción, pero me temo que no es mucho.

Oportunidad

Alguna vez, algo tenía que salirnos bien

Los acontecimientos se suceden a tal velocidad que no hay tiempo para análisis minuciosos. Sin embargo, creo que un Gobierno en solitario del PSOE es un buen negocio para los intereses de la izquierda. Quizás me equivoque pero, en mi opinión, Podemos no ganaría nada con un Gobierno en coalición. Si el objetivo común sigue siendo impedir la mayoría absoluta de Ciudadanos en las próximas elecciones, la situación actual me parece muy preferible.

Este Gobierno socialista, diseñado para reconquistar el centro, y no mucho más, desde posiciones progresistas, desbarata la propaganda de la derecha, que ya no podrá presentar a Sánchez como un peligroso izquierdista radical. Es una propuesta inteligente, dirigida a recuperar el voto socialista que en los últimos tiempos ha inflado las encuestas a favor de Rivera y, por eso, lo más probable es que deje bastante margen para hacer oposición por la izquierda. Ese espacio, que un Gobierno de coalición habría dejado desierto, puede ser mucho más rentable para Podemos que un par de ministerios. Porque una oposición firme, siempre que sea leal y no arriesgue la frágil estabilidad del Gobierno, no solo les permitiría recuperar el voto que, increíble pero cierto, también les ha arrebatado Ciudadanos, sino incluso crecer a costa del previsible desencanto del electorado más izquierdista del PSOE. Y hay más.

Hasta si Rivera dejara de meter la pata con el entusiasmo que ha mostrado últimamente, dos años de Sánchez en La Moncloa ofrecerían al PP tiempo para refundarse, y no existe noticia mejor que la fragmentación electoral de la derecha. Cuando menos lo esperábamos, casi de milagro, resulta que la izquierda española tiene una oportunidad. A ver si esta vez la aprovechamos.

El laberinto catalán

La verdad puede llegar a ser muy triste. Que nos enteremos ahora de que Rajoy no quería aplicar el 155, de que Puigdemont no quería declarar la independencia, multiplica la sensación de fracaso colectivo por la cifra de un estupor difícil de calcular.

Almudena Grandes, «Urkullu»,
El País, 4 de marzo de 2019

Un clásico

Porque hubo un primer referéndum

Aunque soy madrileña, el proceso soberanista catalán me ha inspirado desde su comienzo más escepticismo que otra cosa. Ese sentimiento no se ha disipado. Al contrario, después de la declaración de Mas, soy aún más escéptica que antes.

Si los referéndums se convocan para ganarlos, lo mejor sería plantear una sola pregunta con dos únicas respuestas posibles, sí o no. ¿Quiere usted que Cataluña deje de formar parte de España y se convierta en un Estado independiente?, por ejemplo. Mientras Mas precisaba que el término «Estado» se escribiría con mayúscula, yo tenía la impresión de que pensaba en los presupuestos que solo sacará adelante con el apoyo que ERC ha condicionado al anuncio del referéndum. Y diría incluso que sería feliz si la mayoría contestara primero sí y luego no, porque eso —¡ay, Virgencita!— le dejaría como está. Que haya planteado un proceso como este cuando existe una posibilidad, probablemente elevada, de que su resolución no signifique nada, refuerza esa impresión.

Rajoy no es menos rehén de sus compañeros. Con el aliento de Aguirre en la nuca, no es que no quiera negociar, es que no puede hacerlo sin arriesgarse a recibir una puñalada por la espalda. Su dureza no solo no es una virtud. Es una necesidad tan imperiosa como la que ha casado a Mas con ERC. Si en un conflicto como este ambos líderes están haciendo lo que no quieren hacer porque no pueden hacer otra cosa, el panorama dibuja un tenebroso esperpento. Para frivolizarlo, basta la elección de la fecha. A lo mejor, ustedes no han reparado en que el 9 de noviembre es el día de la patrona de Madrid.

Yo sí, porque es mi santo. Y como soy escéptica, y del Atleti, la elección de esa fecha concreta sobre las 364 restantes me ha recordado, sobre todo, al ambiente previo de los Madrid-Barça. Lástima que aquí no pueda ganar el mejor, porque no hay ninguno.

El calor

Acercamiento entre Rajoy y Mas

A lo mejor es eso. Que ha llegado de golpe y a lo bestia, mientras nos prometíamos un verano corto y fresquito, de chubasquero en el norte y jersey de algodón en el sur. Pero no, el calor se nos ha caído encima como una maldición, para aplastarnos con la consabida masa de aire africano, y ya no sabemos qué más ropa quitarnos. Los mediodías ardientes y las noches sofocantes no son buenas para pensar con claridad.

A lo mejor es un efecto del calor. Ahora, precisamente ahora, después de un curso entero de mutuas descalificaciones e indiferencia, Rajoy y Mas están deseando reunirse y hablar. Y no solo eso. A lo mejor, el aire africano también tiene la culpa de que la tercera vía, la propuesta de una reforma constitucional que permita refundar España como un Estado federal, se haya puesto tan de moda ahora, precisamente ahora, después de que mucha gente la haya apoyado en vano durante mucho tiempo, dentro y fuera de Cataluña, sin cosechar otro fruto que las descalificaciones y la indiferencia en las que siempre han coincidido, eso sí, el Gobierno de Madrid y el de Barcelona. Si el primero ni siquiera estaba dispuesto a considerarla, y para el segundo siempre llegaba tarde, ¿qué está pasando ahora?

A lo mejor es el calor. Pero a lo peor es que nos hemos acostumbrado a jugar en el descuento. Hemos repetido tantas veces que en España, por muy grave que sea lo que pasa, nunca pasa nada, que ningún problema nos lo parece hasta que empieza a oler a podrido. La presunta sangre fría de Rajoy se ha convertido así en una cualidad casi carroñera, puesto que solo los cadáveres políticos parecen despertar su instinto de estadista. Tal vez aún sea

capaz de resucitar este, tal vez ya no pueda hacerlo, pero parece evidente que el conflicto catalán le ha consentido marcar nuestra época con su impronta. A lo peor.

Piruetas

Elecciones plebiscitarias y otros equilibristos catalanes

La perplejidad no excluye la amargura. El ejercicio de funambulismo táctico que va a permitir a Mas seguir ocupando el poder sin preocuparse mucho por ejercerlo ofrece aspectos que se sitúan entre la picardía y el pintoresquismo. Convocar unas elecciones anticipadas con nueve meses de adelanto y que cuele, logrando de paso que su gran rival en las próximas convocatorias le salve —de momento— del pantano Pujol y hasta le apruebe los presupuestos, representa una pirueta asombrosa. Presentar como plebiscito unas elecciones a las que ni siquiera va a concurrir un frente común es el más difícil todavía.

Otra cosa es que, así, los políticos españoles hayan logrado que la gente identifique la política como algo ajeno a la ideología, a las convicciones, a los principios, al pensamiento crítico, al afán legítimo de transformar la realidad y trabajar por el bien común. Luego se llenan la boca hablando de populismo, pero me gustaría saber cómo define Junqueras la abdicación absoluta del espíritu de su partido que supone su pacto con CiU. La amargura pesa más que la perplejidad cuando un partido que se llama Esquerra Republicana sostiene a un socio ideológico del PP con la esperanza de rascar un buen resultado en las municipales. El neoliberalismo pesa menos que los sueños, replicarán ellos, pero me sigo preguntando por la naturaleza concreta de su sueño. ¿Qué independencia tendrá Cataluña, la de CiU o la de ERC? Es la misma, insistirán, pero eso es mentira.

Tan mentira como que las ideologías no cuentan, que han muerto, o que

solo se puede hacer una política económica en Europa, gobierne quien gobierne. Por eso, mientras son independientes o no, Junqueras se haría un favor a sí mismo cambiando el nombre de su partido.

A plazos

Cualquier elección sirve como plebiscito

Artur Mas ha declarado que si Junts pel Sí gana las elecciones catalanas, volverá a presentarse a las generales para convertirlas en otro plebiscito.

De este anuncio pueden extraerse diversas conclusiones, todas ellas paradójicas. La más notable es la revelación de que los catalanes afrontan un proceso de plebiscito secuencial, una consulta a plazos. Si Mas está dispuesto a repetir una fórmula que debería ser única y definitiva —puesto que un plebiscito solo puede ganarse o perderse—, su anuncio devalúa, consciente o inconscientemente, la cita del 27 de septiembre. Y si Junts pel Sí se presenta a esos comicios sin programa, con la independencia como único punto, ¿con qué programa se presentará a las generales? Podemos asumir que lo hará en idénticas condiciones. Y hay más.

El anuncio de Mas transparenta que confía en que Junts pel Sí gane el 27 de septiembre, aunque no por mayoría absoluta, la única victoria válida en cualquier plebiscito. De lo contrario no estaría pensando en repetir coalición. Y si dentro de unos días tiene que conformarse con una mayoría simple, que es lo mismo que una derrota del independentismo, no es lógico esperar que obtenga una absoluta en diciembre. Mientras tanto, ¿qué pasará? ¿Una coalición de partidos sin programa puede formar Gobierno y ejercerlo como si lo tuviera? Si Junts pel Sí fracasara en el aspecto plebiscitario de las catalanas, parecería sensato convocar nuevas elecciones, pero no es probable, puesto que Mas ya ha decidido exportar el modelo a las generales. Entonces, ¿cómo gobernará en Cataluña, improvisando sobre la marcha medidas que no ha pactado con sus votantes?

Y sobre todo, si la mayoría absoluta se le siguiera resistiendo, ¿cuándo se va a terminar esto?

Resaca

Porque la campaña electoral en Cataluña se parecía a una borrachera

Ahora que todo ha terminado, la campaña de las elecciones catalanas me ha dejado con una sensación parecida a la mezcla de hastío, nostalgia y alivio que experimento cada año al cerrar la puerta del trastero, después de haber guardado hasta la última caja de adornos navideños. El hastío se explica por sí solo, el alivio también, la nostalgia es un sentimiento más complicado. A juzgar por lo que estaba en juego, la trascendente ambición de los actores de este proceso, la campaña que acaba de terminar debería haber sido un elevado, incluso solemne intercambio de ideas, propuestas y proyectos, a la altura de un desafío de este calibre. Frente a esas expectativas, hemos asistido a un debate marcadamente pueril, culminado con un vergonzoso rifirrafe de patio de colegio en el balcón del Ayuntamiento de Barcelona.

La guerra de banderas ha sido la consecuencia lógica de una campaña planteada por ambas partes como una lucha a muerte entre la luz y las sombras, la felicidad plena y la ruina más completa. Hemos escuchado todas las variantes posibles del cuento de la lechera antes y después del tropezón, desde las decenas de millones de euros de más que se podrían repartir entre los opulentos ciudadanos del nuevo Estado catalán, hasta un porvenir digno de Gotham City, donde un *corralito* bancario, la fuga de capitales y la salida del euro traerían consigo la pérdida de las pensiones y un paro devastador. Ahí radica el origen de mi nostalgia.

Si esto es lo que damos de sí, la máxima expresión de nuestra capacidad

en una situación de crisis, resulta muy difícil poder aspirar a un futuro mejor para este país, se llame como se llame. Y esa esperanza es lo que echo de menos, tanto como la alegría de las navidades de mi infancia.

CUP

La política hace extrañísimos compañeros de cama

Para destruir cualquier cosa no hace falta romperla a martillazos. Someterla a un proceso de degradación constante es un sistema igual de eficaz.

La rutilante sonrisa de Antonio Baños, que ya ha conquistado un renglón en los futuros manuales de Historia, sugiere que la excitación del corto plazo no le deja espacio para la meditación. Más le vale que sus votantes experimenten un proceso semejante, porque no hablo de la desconexión con España, ni de la república catalana, ni de su independencia, sino de la estrepitosa incoherencia ideológica de una actuación que ha superado con creces la inconcebible trayectoria de ERC, que a su vez pulverizó el récord de uniones con ruedas de molino que estaba en manos de Convergència. La CUP busca un candidato de consenso, limpio de cualquier sombra de corrupción e inocente de los recortes. Parecen dispuestos a aceptar cualquier nombre que no sea el de Artur Mas aunque provenga de su mismo partido, como si el 3 por ciento y los recortes de las últimas legislaturas hubieran sido una diabólica iniciativa personal del *president*, que se habría corrompido y habría recortado los servicios públicos en secreto, sin contárselo a nadie, mientras financiaba ilegalmente a CDC por ¿altruismo?

De entrada, estaríamos ante un disparate que convierte el caso Bárcenas, aquel despido en diferido que trababa la lengua de Cospedal, en un juego de niños, pero se trata de algo más grave. Estamos ante un caso práctico de degradación de la política al que la condición de partido antisistema de la

CUP otorga una relevancia nunca vista hasta ahora.

Quienes propugnaban que la izquierda y la derecha ya han dejado de existir jamás habrían podido soñar con un regalo semejante. Es la mejor noticia para Albert Rivera.

Carrusel

Mas intenta seducir, Rajoy se quita de en medio

La anécdota es mucho más interesante que la película. En 1962, cuando *El balcón de la luna* estaba a punto de estrenarse, sus productores se enfrentaron a un problema peliagudo. Después de haber logrado reunir en un solo reparto a las tres máximas estrellas de la copla española —Paquita Rico, Carmen Sevilla y Lola Flores—, no supieron en qué orden anunciarlas. Optaron por una solución imaginativa, emprendedora, posmoderna *avant la lettre*. En los cines donde se proyectó, y en los créditos de la película, los tres nombres giraban en un luminoso carrusel sin fin, donde ninguna de las tres estaba ni más arriba ni más abajo que las otras dos.

A Artur Mas no le va a gustar nada la comparación, pero lo cierto es que las últimas propuestas con las que ha intentado seducir a la CUP para formar Gobierno, ha devuelto esa imagen a mi memoria. La solución de las folclóricas sirve también para ilustrar los debates electorales de los que Rajoy se ha zafado para evidenciar que él no acepta carruseles, que solo participa en foros donde está muy claro quién es el que manda. Sus corifeos aclaran que no está para debates porque tiene que trabajar mucho por este país —solo falta que alguien cuente que de noche se ve una lucecita encendida en su despacho—, pero le vemos a diario haciendo campaña mientras sigue callado, posando de perfil, ante las crisis que requerirían a un estadista con criterios propios.

En conjunto, la vida pública nacional está adquiriendo por momentos una capa cochambrosa de tal espesor que muy pronto no se podrá comparar ni con

el carrusel de las folclóricas. Como narradora, aprecio el espectáculo. Como ciudadana, me parece una intolerable tomadura de pelo. Como dijo el otro día Iñaki Gabilondo, solo nos falta balar.

Esteladas

Prohibir banderas en un partido de fútbol

Las banderas no hacen daño por contacto. No tienen filo, no producen gases tóxicos, no disparan balas. A largo plazo, suelen ser dañinas para quienes depositan en ellas el sentido de sus vidas, pero nada más. El intento de prohibir las esteladas en la final de la Copa del Rey no se justificaba por razones de seguridad. Tampoco era admisible que se invocaran motivos como la cortesía hacia el Monarca o el respeto a la institución que representa, para cercenar un derecho fundamental de los ciudadanos. Todos los personajes públicos estamos sujetos a la crítica, con independencia de lo injusta, descarnada y hasta virulenta que esta pueda llegar a ser. Eso, y a encajar los palos con toda la elegancia posible, es lo primero que aprendemos cuando nuestra foto aparece por primera vez en las páginas de un periódico.

Tengo la sensación de que la delegada del Gobierno en Madrid se sometió a la presión de la precampaña electoral para tomar una decisión de naturaleza muy diferente a la que declaró. La insólita prohibición de una bandera en un partido de fútbol habría estado destinada así a halagar al electorado de extrema derecha del PP ante unos comicios de resultado incierto. Ya sé que a cualquier lector con dos dedos de frente le parecerá una locura atizar el fuego del independentismo catalán con una medida tan torpe, tan dudosa en más de un sentido, que un juez llegó a desautorizarla a tiempo, pero no es la primera vez que ocurre. De hecho, si algún día Cataluña llegara a ser una nación independiente, habría que felicitar calurosamente a Mariano Rajoy. El auge del independentismo catalán y no desde luego la creación de empleo de calidad, habrá sido con toda seguridad el principal logro de sus años a la

cabeza del Gobierno de España.

Marchemos

Sáenz de Santamaría marcha por la senda de Fernando VII

Al final, es lo de siempre.

«Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional.» El 10 de marzo de 1820, el nefasto Fernando VII pronunciaba estas palabras al jurar la Constitución de Cádiz. A partir de aquel día, conspiró durante tres años hasta que un ejército extranjero, los franceses Cien Mil Hijos de San Luis, invadió España para ayudarle a traicionar su juramento y reinstaurar la monarquía absoluta. Durante el apasionante siglo XIX, la expresión «marchemos francamente, y yo el primero» sostuvo toda una corriente de cachondeo político. Si los españoles no despreciáramos nuestra historia tanto como la ignoramos, seguiríamos utilizándola, porque ocasiones no nos faltan.

La repentina sensibilidad hacia el conflicto catalán que ha florecido milagrosamente en el Gobierno del PP, desde que carece de mayoría absoluta en el Congreso, la ha devuelto a mi memoria. A partir de este momento, quienes asistimos desde la impotencia a la exitosa simbiosis mediante la cual Mas y Rajoy se alimentaron mutuamente durante años, nos hallamos en la misma situación que los liberales de hace dos siglos.

Hay que celebrar que Sáenz de Santamaría declare que el Gobierno está dispuesto a marchar francamente, y ella la primera, por la senda del diálogo con Cataluña, pero supongo que nadie es lo suficientemente ingenuo como para aceptar la sinceridad de sus palabras. La clave, una vez más, es el tiempo. Si el actual equilibrio parlamentario se mantiene durante un plazo suficiente para

llegar a un acuerdo, con o sin referéndum, la cordura y la convivencia saldrán ganando. De lo contrario, no hará falta invocar a una potencia extranjera. Entre todos nos ahorcaremos con nuestras propias y patrióticas sogas.

Catalanes y el término «nación»

Aquellos polvos trajeron estos lodos

Siempre conviene empezar por el principio. En 2006 se celebró en Cataluña un referéndum legal y vinculante en el que no llegó a votar el 50 por ciento, pero votó el 48,85 por ciento del censo. Los votantes aprobaron la propuesta de un nuevo Estatuto de autonomía con un 73,90 por ciento de síes. El PP, y no España, ni los españoles, corrió a interponer un recurso de inconstitucionalidad que se resolvió a su favor en 2010. El argumento principal de la sentencia fue la presencia en el texto del término «nación». Y, como diría Piqué, ahí empezó todo.

En un Estado donde existen Principados sin príncipes, Reinos sin reyes, una sola palabra desencadenó una reacción furiosa y muy comprensible entre quienes habían votado para que su voluntad no solo fuera ignorada, sino también condenada. Desde entonces, el proceso independentista catalán ha propiciado la época más gloriosa de los dos partidos políticos más corruptos del Estado español. Ambos han acertado a taparse las vergüenzas con sus respectivas banderas, entonando ardientes himnos patrióticos frente a las críticas. A estas alturas, parece evidente que los más perjudicados por el proceso son los catalanes, saqueados dentro y fuera de su territorio —no más que los madrileños, por otra parte— y sometidos, además, a un permanente intercambio de mentiras, amenazas y chantajes de ambos lados. Nadie, propio o ajeno, les ha pedido nunca perdón. Quienes les ignoraron una vez, están dispuestos a seguir ignorando su voluntad. Quienes se arrojan su representación no les ignoran menos, puesto que, de entrada, eluden un mínimo de participación en el referéndum que celebrarán sí o sí. Lo más curioso es

que yo hablo casi a diario con algún catalán, y tengo la impresión de que todo esto les trae sin cuidado.

1-O

Los motivos de Neus Munté

Soy madre desde hace treinta y dos años, pero últimamente he opinado más que nunca desde esa condición. Lo más curioso es que los motivos no han sido autobiográficos. Hoy tampoco lo son, porque el hecho que ha vuelto a colocar el filtro de la maternidad ante mis ojos ha sido el abandono de Neus Munté. Aunque Puigdemont no haya tenido la sinceridad, o el coraje, de explicar los motivos de su relevo, ha trascendido que la *consellera* de Presidencia de la Generalitat no estaba dispuesta a asumir las consecuencias penales que la convocatoria de un referéndum como el del 1 de octubre podrían desarrollar sobre su libertad y su patrimonio.

Me resulta muy fácil ponerme en su lugar, comprender su preocupación por el futuro de sus hijas, atribuirle la ilusión con la que cualquier madre piensa en su ingreso en la universidad, la paz que todas experimentamos cuando vemos a los niños y niñas de antaño convertidos en hombres y mujeres hechas y derechos. Lo que me sorprende es que, al aceptar sus motivos, su jefe no haya calculado la cantidad de madres, y de padres, que hay en Cataluña, su preocupación generalizada por el futuro, la inquietud por el turbio porvenir que divisan en el horizonte y les vincula fraternalmente con todos los padres y madres de cualquier rincón del Estado español. Si Munté, que ha sido uno de los rostros más visibles del anhelo independentista, abandona el barco antes de tiempo, ¿cómo espera el *Govern* convencer a los catalanes de a pie de las bondades y ventajas de un proceso que inspira desconfianza en sus propios promotores?

Las iniciales de la fecha del referéndum catalán se asemejan mucho al

resultado de un partido de fútbol, que parece perdido antes de comenzar. Me pregunto si tiene sentido salir a jugarlo.

Futuro

La banca siempre gana

Algún día no muy lejano dejaremos de hablar de Cataluña. Nos hallaremos en un escenario que aún desconocemos y cuyas consecuencias apenas se pueden aventurar. La más preocupante deriva de la paradoja, enunciada por mi admirado Juan-Ramón Capella, de que en estos momentos la fractura entre las sociedades española y catalana es considerablemente menor que la brecha abierta entre catalanes. Reconducir las relaciones entre Cataluña y España, sea cual sea la fórmula a la que se recurra, resultará mucho más fácil que reinstaurar la armonía entre vecinos.

También es más fácil apostar por los perdedores que por los ganadores de esta batalla, puesto que ningún campeón se dibuja con nitidez en el horizonte. Previsiblemente, el proceso apagará la estrella de una de las más rutilantes promesas de la izquierda española, arruinará la carrera de muchos alcaldes atrapados entre dos fuegos, sembrará el campo de la política de víctimas colaterales, avivará odios que no se extinguirán en muchos años. Mientras tanto, por desgracia, Rajoy y Puigdemont seguirán cosechando los votos que persiguen desde el principio, el combustible que ha alimentado los fogones de las dos locomotoras que están a punto de chocar.

Solo una cosa sabemos con certeza. Pase lo que pase, nosotros, nuestros hijos, tal vez también nuestros nietos, seguiremos pagando los 40.000 millones de euros que no se recuperarán del rescate bancario, el balance de un fraude descomunal que ha pasado desapercibido entre mareas de esteladas y sentencias judiciales. Ese es un indiscutible punto de unión, la galera en la que todos estaremos condenados a remar al mismo ritmo. La banca nunca pierde

porque, por una cosa o por otra, nosotros siempre la dejamos ganar.

Banderas

El patriotismo es un buen negocio para los bazares chinos

Es la hora del patriotismo, el momento de arremangarse, de trabajar por el país, por el bienestar y el progreso de sus ciudadanos. Porque, más allá del múltiple desastre de ayer, lo que nos angustiaba y preocupaba hace unos meses, sigue estando ahí.

Las banderas han tapado los procesos por corrupción, los asesinatos machistas, la explotación de los trabajadores precarios, la amenaza yihadista, la degradación de las inversiones públicas, las carencias que entorpecen la labor de la justicia, la falta de inversión en la educación pública, las consecuencias de los recortes en Sanidad, los catastróficos efectos del cambio climático, las penurias de una multitud de trabajadores que cobran tan poco que su salario no les permite salir de la pobreza, la tragedia de todos esos miles de refugiados que, de la noche a la mañana, han dejado de existir para quienes han decidido involucrarse en su bandera, rojigualda o estelada, lo mismo da porque, al cabo, todas son iguales. Todas han sido fabricadas en China por los mismos desgraciados, que han cobrado la misma miseria por confeccionarlas. El proceso independentista catalán ha incrementado la cifra de negocio de los bazares orientales en todo el territorio español pero ahora, al otro lado del 1-O, ha llegado la hora del patriotismo, y por eso me dirijo a sus clientes para pedirles que descuelguen sus banderas de los balcones y se comporten como patriotas de una vez.

Si detrás de cada fachada engalanada vivieran personas comprometidas de

corazón con el progreso de su nación y la felicidad de sus gentes, no estaríamos a la merced de políticos corruptos, ineptos e irresponsables, como los que nos gobiernan gracias a los votos de tantos millones de aficionados a las banderas.

Intemperie

La despiadada soledad de tantos catalanes

No hay nada que celebrar. Esto aún no ha terminado, pero ya se intuye un final sucio, feo y, sobre todo, triste. A mí, al menos, me parece tristísimo que tras el fracaso del Estado, los padres de la Patria vayan a ser el Sabadell, CaixaBank y Gas Natural. Que las esteladas se desinflen bajo su presión a una velocidad inaudita, muy superior a la obtenida por la legalidad, la convivencia y el respeto a los discrepantes, no resulta menos desolador. Para describir la calidad de una clase política que oscila entre la astucia cazurra y las porras de unos, y la ingenuidad naíf y la demagogia de otros, no es fácil encontrar adjetivos.

Antes del 1 de octubre, me sobrecogía la soledad de tantos catalanes —los que se oponen a la independencia y no votan al PP— abandonados a su suerte en la más estricta intemperie. Ahora, millones de españoles compartimos esa sensación en cada pueblo y cada ciudad. Pero todo puede empeorar, porque no se puede jugar con las ilusiones y la esperanza de la gente yendo de farol, enseñar tres tristes dosis, y decir Diego donde se decía digo. Tal vez, aparte de apuntalar en el poder a Rajoy, culpable principal de todo lo que ha pasado, esta intentona desarrolle el paradójico efecto de enterrar las expectativas electorales del independentismo catalán durante una buena temporada, pero ninguna paradoja logrará desactivarlo. Los radicales que no tienen nada que perder con la caída del Ibex 35 se radicalizarán todavía más, y no tienen mucho margen.

Todavía no sabemos lo que puede llegar a ocurrir, pero si ocurre lo peor, la culpa será de muchos, un fracaso colectivo sin precedentes. Antes de que sea tarde, alguien debería asumir con coraje y con claridad la ineludible necesidad de refundar nuestra democracia.

Relato

Palabras como «República» y «fascista»

Antes de que los catalanes acudan a las urnas, y con independencia del resultado final, existe ya un claro vencedor de este proceso. Aunque pierda el poder, el independentismo ha ganado el relato, y no tanto por sus propios, indiscutibles méritos, como por incomparecencia del rival.

El desinterés del Estado español por combatir en el terreno de la propaganda ha facilitado lo que hace unas pocas semanas parecía inconcebible. El relato independentista ha resistido las mentiras, las torpezas, e incluso el abandono de sus líderes, con unos pocos gestos sencillos, tan eficaces como el lazo amarillo y la usurpación sistemática del vocabulario de otro Estado español contra el que se rebeló otro Gobierno catalán. El recurso a las viejas y sagradas palabras de los años treinta del siglo pasado, como República o exilio, han dado paso en la campaña a eslóganes y discursos, como persistir es ganar, de los que sus destinatarios no conocen seguramente la letra, pero cuya música les suena como una melodía familiar. Lo mismo ocurre con el uso indiscriminado, pero sobre todo ignorante, del término «fascista».

Es evidente que el Gobierno del PP nunca estaría dispuesto a reivindicar un patrimonio simbólico que le pertenece a su pesar pero, en mi opinión, la olímpica soberbia con la que ha permitido que los independentistas elaboren su relato sin contrarrestarlo en ningún grado, ha creado un problema que, en el mejor de los casos, complicará la convivencia en este país durante muchos años. En este sentido, me permito apuntar que la magnanimidad, e incluso promesas de clemencia como la formulada por Iceta, pueden no resultar tanto

una muestra de debilidad como un arma eficaz para combatir en una batalla que, de momento, está perdida.

Elegir la esperanza

Antes de llegar a Callao, ya había decidido que no podía existir una causa mejor que aquella, la causa de mis brazos, de la brisa, aquel piropo y las sonrisas juveniles que lo acompañaban, la causa de una ciudad volcada hacia fuera, viviendo en la calle, las aceras abarrotadas como si fuera de día, aquella noche brillante, luminosa, en la que el peligro aún parecía muy lejano y sin embargo ya estaba ahí, sacándole punta a todo, a las palabras, a los gestos, a los cuerpos, a la vida.

Almudena Grandes, *Inés y la alegría*

Salud

Buenos deseos para el peor año de la crisis

Yo, por mí, les desearía la más benéfica revolución de la aritmética. Que en el año que acaba de empezar, los números se vuelvan locos, que bajen estrepitosamente las cifras que han subido en 2010 —destrucción de empleo, conflictividad laboral, mujeres asesinadas, catástrofes naturales, especulación financiera, medidas de ajuste, corrupción, cinismo político— y suban las que han bajado —puestos de trabajo, consumo, estabilidad laboral, credibilidad en las instituciones, solidaridad internacional, inversiones públicas, optimismo privado, responsabilidad política—, pero con la que está cayendo, no me atrevo a llegar tan lejos.

Soy una firme partidaria del prestigio de la bondad, y una detractora aún más radical del lugar común que identifica la maldad con la inteligencia. No creo que los malvados sean más listos que los bondadosos. Son, simplemente, malvados, y por tanto egoístas, desconfiados, ruines, tan difíciles de engañar como es fácil embaucar a las buenas personas, incluso a aquellas tan inteligentes que conocen de antemano las trampas a las que van a dejarse arrastrar por sus sentimientos. En mi oficio, he perdido con los años el miedo a los finales felices. He aprendido, a cambio, que hay que darle a cada historia su propio final, y no siempre se puede matizar la amargura.

Por eso, después de pensarlo mucho, he decidido desearles una sola cosa para el año nuevo. Ojalá 2011 les traiga salud para sobrevivirlo. Porque cualquier tiempo pasado no fue mejor, porque en el peor nuestros abuelos

aprendieron que, por más que resistir sea vencer, ninguna actividad consume tanta energía como el ejercicio continuado de la resistencia, y porque me temo que nada nos va a hacer tanta falta para llegar a encontrarnos aquí, el primer lunes de 2012. Si lo logramos, prometo que dentro de un año les desearé solamente felicidad.

El principio de todo

Otra vez, la Puerta del Sol llena de gente

Madrid, amor mío, ¡cuánto has tardado en despertarte! Siempre con el agua al cuello, eso sí, cuando todos te abandonan, y los reyes escapan, y los Gobiernos huyen, y pareces dormida, casi muerta, y nadie da un céntimo por ti, entonces, solo entonces, te acuerdas de quién eres. No me refiero a los resultados de las elecciones de ayer, porque no me han sorprendido. Hablo de la Puerta del Sol, de la emoción de reconocerte, de reconocirme con treinta años menos en los gritos de mis hijos, en los gritos de los tuyos, esos chicos que rozan tu cielo con los dedos y me tienen con la boca abierta, el corazón en un puño mientras les escucho decir que no, mientras el mundo entero escucha que no están dispuestos a bajar los brazos.

Hasta hace poco, le tenía mucho miedo a este lunes. Imaginaba la mañana más gris, un despertar plomizo en un mayo invernal, cuatro años de condena, mil cuatrocientos sesenta días para atravesar un desierto seco, polvoriento, de sol abrasador y noches congeladas. Pero hoy sé que ayer solo fue un domingo, el final de nada, el principio de todo, y aunque parezca mentira, estoy contenta. No hay mantas en este mundo, no hay botellas de agua mineral, ni tiendas de campaña, ni *pizzas* recién hechas para pagar siquiera una mínima parte de lo que el 15-M ha hecho por nosotras. Porque, entre tú y yo, los resultados electorales, las cifras, los análisis, han caducado ya. Ayer es el pasado y el futuro empieza hoy mismo. El futuro puede ser el fruto de una plaza enorme que nunca se ha llenado de gente en vano, y hasta si no lo es, siempre podremos recordar la semana en la que esta formidable explosión de energía nos devolvió el orgullo de ser nosotras mismas.

Elijo la esperanza, porque la virtud del revolucionario es la paciencia. No lo olvides, Madrid, y no vuelvas a dormir, porque estás mucho más guapa despierta.

Resignación

La determinación que hemos perdido los españoles

Aunque parezca mentira, cualquier tiempo pasado fue peor. No considero la riqueza fácil de la burbuja inmobiliaria porque, en la medida en que sus consecuencias se manifiestan a diario, aún forma parte de nuestro presente. Hablo del auténtico pasado de un país pobre y acostumbrado a su pobreza, sometido a la oscuridad del analfabetismo y la superstición, humillado a un destino de perpetuas humillaciones. Esa es nuestra tradición, el indeleble carisma que marcó desde la cuna a generaciones y generaciones de españoles que, al mirar el mundo, solo alcanzaron a distinguir los matices del color negro.

Pienso en ellos al ver los debates televisivos, al leer las encuestas electorales, al escuchar los dictámenes inapelables de las múltiples encarnaciones del terrorismo financiero mundial. Y pienso que eran mucho más pobres que nosotros pero, a la vez, mucho más ricos. Porque les sobraba lo que a nosotros nos falta, determinación para tomar en sus propias manos las riendas de un futuro que, por definición, nunca está escrito. Y, sobre todo, porque les faltaba lo que a nosotros nos sobra, la resignación ante un porvenir escrito por otros.

En la última recta de la campaña, ninguna crisis me parece tan grave, tan triste, como el imperio de la resignación, la fuerza política que, según todos los indicios, será la gran ganadora del 20-N. Por eso escribo pensando en los más jóvenes, en los que gritan en la calle, en quienes no se merecen heredar

este horizonte de desolación sin límites. Y no les pido solo que voten, sino que aprendan las lecciones del pasado. Así serán conscientes de que su voto es un arma muy bien afilada, y el único recurso capaz de desenmascarar a quienes mienten. Porque no hay nada escrito. Nuestro futuro está en nuestras manos, pero todos los caminos para conquistarlo pasan por la derrota de la resignación.

Esperanza

La ilusión es el cimiento de las revoluciones

Es como el amor verdadero.

No se compra, no se vende y lejos de disminuir, se acrecienta con las prohibiciones, los chantajes y las amenazas. Tampoco se puede fabricar en un laboratorio. Se resiste a las recetas preconcebidas, a la propaganda, y a lo que sus oponentes llaman sensatez, objetividad o sentido común. Quien alguna vez haya sido lo suficientemente insensato como para intentar que un adolescente, enamorado hasta la médula de alguien que no le gusta, rompa con su pareja, sabe muy bien cuáles son los resultados. Más amor, más pasión, una determinación progresivamente feroz a mantener su relación, cueste lo que cueste.

Así es la esperanza, como el amor de los hijos adolescentes, con la particularidad de que puede llegar a extenderse para ilusionar a sociedades enteras, igual que la desesperanza logra apoderarse de todo un país para sumirlo en una unánime sensación de desahucio. Tengo la impresión de que lo que se está ventilando ahora mismo en España obedece a este mecanismo en apariencia simple, pero tan complejo como los sentimientos humanos, la materia refractaria por antonomasia a las reglas de los mercados. La esperanza es el cimiento de todas las revoluciones, el único motor capaz de levantar a masas inermes de desharrapados contra ejércitos bien armados. Y nueve de cada diez intentos fracasan, sí, pero antes o después, los soldados se preguntan a sí mismos quiénes son, a quién se parecen, de quién se sienten hermanos.

Entonces las revoluciones triunfan. No hace falta vivir en Cataluña, ni pertenecer a Podemos, ni tener un título de economista para comprender que solo se puede derrotar a la esperanza sembrando una esperanza mayor.

Todo lo demás es un trabajo estéril y, a menudo, bochornoso.

Felicidad(es)

Las comidas de Navidad son campos de minas

Después de haber pasado tantas navidades en esta página, de la brutalidad de las múltiples crisis por las que atravesamos y de la espantosa fealdad del mundo que nos rodea, me parecía difícil encontrar un deseo de buena voluntad para las fiestas que se avecinan. Sin embargo, mirar a mi alrededor ha sido suficiente.

Ya sé que no soy original al desearles sobre todo paz, el argumento clásico de las tarjetas de felicitación más rancias, pero creo que nada, excepto la paciencia, es tan importante como el ánimo pacífico para que todos lleguemos enteros y razonablemente unidos al 8 de enero. Para las familias repartidas entre catalanes y no catalanes, para los padres socialistas cuyos hijos votan a Podemos, para los podemitas cuyos padres votan al PSOE, para quienes cada mañana se levantan un poco más de izquierdas y tienen otros tantos hermanos que cada noche se acuestan un poco más de derechas, para quienes echan la culpa de que gobierne Rajoy a Sánchez y en Nochebuena van a tener enfrente a quienes sostienen que Iglesias es el único culpable, para los jóvenes errejonistas con primos anticapitalistas y viceversa, para los que solo se informan en las redes sociales pero cenarán con lectores de periódicos, para las madres feministas y trabajadoras que pasarán horas y horas en la cocina para servir la cena a cuñadas monísimas, con uñas impecables de esmaltado permanente, cuerpo de gimnasio y ningún oficio al margen de su beneficio, para los trabajadores mileuristas que tendrán que soportar los alardes de un

cuñado que multiplica su sueldo por varias cifras y se empeñará en ejercer de anfitrión para abrumarles con su prosperidad, mi doble deseo es paz y paciencia, sobre todo mucha paciencia.

Y feliz Navidad para todos.

Tesis

La compasión de los españoles del futuro

Quizás no ha nacido aún. Quizás el mes que viene termina infantil o el primer curso de primaria. Eso no lo sé, pero estoy segura de que algún día, un español o una española estudiará lo que nos está pasando. El trabajo ocupará buena parte de su vida. Tendrá que hacer muchas cuentas y leer miles de páginas, sumarios, periódicos, sentencias, discursos y libros, antes de redactar sus conclusiones.

Entonces, si el mundo donde vive se parece al nuestro, establecerá que el 24 de mayo de 2018 se produjo en España una emergencia democrática sin precedentes ni parangón. Comparará la sentencia de la Gürtel con otros escándalos que han tumbado Gobiernos en este y otros países, y el resultado subrayará la gravedad de las condenas. Elaborará un apéndice económico, desglosando el dinero robado por los corruptos al erario público en cada comunidad, cada provincia, cada municipio, para cotejarlo con los recortes que liquidaron el Estado de bienestar en los respectivos territorios, y publicará el monto total de un expolio que hoy desconocemos.

También se ocupará de las frivolidades. Analizará la estrategia de comunicación adoptada por el PP y, en especial, la obscena arrogancia con la que Rajoy insiste en que la Gürtel no tiene nada que ver con él y en que no hay motivos para una moción de censura. Sonreirá al leer que Rivera se atreve a hablar de oportunismo sin referirse a sí mismo. Comprenderá que esta no es solo la gran, sino incluso la única probable oportunidad de Sánchez para corregir la decadencia del PSOE. Y, teniendo en cuenta los bollos que se cuecen en el horno, no creo que se ocupe del chalé de Iglesias y Montero. Pero

en algún momento resoplará, levantará la vista y se apiadará sinceramente de nosotros.

No es para menos.

Epílogo

El país en el que nos ha tocado vivir
por Juan Díaz Delgado

A la memoria de Juan Díaz García, mi padre,
que me enseñó a vivir en este país

Este libro gira en torno a una voz: la de Almudena Grandes, y en torno a la preocupación por España.

Si títulos como *Las edades de Lulú* (1989) o *Malena es un nombre de tango* (1994) habían deslumbrado a innumerables lectores, en el impacto literario que supuso *El corazón helado* (2007) ya se atisban retazos de lo que va a ser su obra magna: los Episodios de una Guerra Interminable. En enero de 2008, Almudena Grandes ya había conquistado un merecido trono en el mundo de la literatura española como autora de referencia (basta ver el número de ediciones que a fecha de la redacción de este epílogo han alcanzado sus novelas). En ese momento, a la escritora los Reyes Magos le hacen un regalo, y a sus lectores también: una columna semanal, que aparecerá todos los lunes, en el diario *El País*: «... aunque republicana, soy buena chica, este año me han echado una columna. Concretamente, la que estoy estrenando ahora mismo» (*El País*, 7 de enero del 2008). De esta manera, Almudena Grandes recorrerá la actualidad, no solo política sino también social, de nuestro país, en la estela

de aquellos intelectuales que desde la columna periodística dieron a luz una filosofía, entendida esta como una manera de pensar la preocupación por España.

Dicha preocupación no es nueva, pues numerosos escritores y pensadores, en especial los de la Generación del 98 o el propio Ortega ya la habían hecho suya. Almudena Grandes pertenece a ese grupo de intelectuales con una inquietud común: «Ellos no pudieron lograrlo, pero no estaban solos, porque nosotros estamos aquí. No lo perdieron todo, porque nosotros estamos aquí. No lucharon en vano, porque nosotros estamos aquí. Y nosotros somos la memoria de su futuro».*

«Durante muchos años, los libros de mi vida me han servido para explicarme el mundo, como una galería de infinitos espejos capaces de reflejar la realidad desde todos sus ángulos» («Batman, ¡vuelve!», 31 de mayo de 2010). En estas palabras, Almudena Grandes recoge el motivo principal de este libro: la reflexión y su preocupación por el tema de España, una preocupación por la circunstancia española, entendida al modo orteguiano: estado o condición de una persona o cosa en un momento determinado. A través de estos artículos se trata de expresar dicha preocupación por España y de que el lector medite con la propia Almudena sobre el país en el que le ha tocado vivir. Esta premisa debería convertirse en un *leitmotiv* para todos los españoles: entender la realidad que tenemos delante, ya que esta es, en palabras de Ortega y Gasset, nuestra circunstancia. El filósofo afirmaba en su obra *Meditaciones del Quijote*: «Yo soy yo y mi circunstancia y no me salvo yo si no la salvo a ella». Nuestra autora se propone la misma tarea: entender su circunstancia y poder salvarla, en el sentido de entender y de reflexionar. El lector que se acerque a estas páginas deberá entender este motivo.

No se incluyen en *La herida perpetua* todos los artículos de Almudena Grandes publicados entre 2008 y 2018, sino solo aquellos que tienen que ver estrictamente con el tema de España y con nuestra circunstancia como españoles. En un principio, la compilación de artículos se iba a detener en 2017, pero los acontecimientos ocurridos en la primavera de 2018 nos obligaron a continuar hasta el mes de julio. El 24 de mayo de ese año, tras la sentencia del caso Gürtel, la política da un vuelco que hasta ese momento

parecía inverosímil. Pedro Sánchez llega al Gobierno mediante una moción de censura al entonces presidente Mariano Rajoy. En su columna titulada «Tesis», Almudena Grandes escribía: «El 24 de mayo de 2018 se produjo en España una emergencia democrática sin precedentes ni parangón. Comparará la sentencia de la Gürtel con otros escándalos que han tumbado Gobiernos en este y otros países, y el resultado subrayará la gravedad de las condenas». Nuestra autora ve al nuevo Gobierno de la siguiente manera: «Creo que un Gobierno en solitario del PSOE es un buen negocio para los intereses de la izquierda. Quizás me equivoque pero, en mi opinión, Podemos no ganaría nada con un Gobierno en coalición. Si el objetivo común sigue siendo impedir la mayoría absoluta de Ciudadanos en las próximas elecciones, la situación actual me parece muy preferible. Este Gobierno socialista, diseñado para reconquistar el centro, y no mucho más, desde posiciones progresistas, desbarata la propaganda de la derecha, que ya no podrá presentar a Sánchez como un peligroso izquierdista radical» («Oportunidad», 11 de junio de 2018). Y el tiempo le ha dado la razón. Unos meses después, Ciudadanos quedaba descartado por la opinión pública para obtener esa mayoría absoluta que parecía inevitable meses atrás y el PSOE queda como la fuerza política, que según las encuestas, gobernaría en España en caso de haber elecciones.

«Como el lunes pasado terminé con una frase de Lenin, hoy voy a empezar con otra: la primera obligación de un revolucionario es comprender la realidad» («La realidad», 30 de mayo de 2011). Es lo que Almudena Grandes lleva ya diez años tratando de hacer en su columna de los lunes en *El País*: comprender la realidad. Para ello son de obligada lectura estos artículos para entender mejor la realidad de España y de los problemas que la atañen. «No se trata de responder a la crispación con más crispación, sino de comprender mejor la realidad en la que estamos inmersos.»* Y esa realidad es la del país en el que nos ha tocado vivir.

Para esta tarea no hay que olvidar la memoria. A través de ella no solo recordamos lo que ha ocurrido sino que podemos saber dónde nos hallamos:

Los españoles estamos descubriendo que hemos tenido demasiado miedo, mucho miedo de más, un terror semejante a las pesadillas de nuestros cinco años. No es culpa

nuestra. Lo hemos heredado, pero si ha florecido, es porque alguien lo sembró. Ese miedo es el responsable de nuestra baja autoestima, el complejo de inferioridad que hace que nos sintamos un caso aparte. Y no es cierto. Tras la Segunda Guerra Mundial, hubo revueltas civiles, ajustes de cuentas, ejecuciones sumarias en todos los países de Europa occidental («Sin miedo», 9 de julio de 2018).

Gracias a este nuevo Gobierno, ese miedo desaparecerá. Hay que recordar lo que ha ocurrido, llamar a las cosas por su nombre: vivimos tiempos de democracia propicios para ello. La máxima expresión de este olvidarse del miedo ha sido, según la autora:

... que el Gobierno anunció la exhumación de Franco, la intención de eliminar su ducado, de retirar las medallas a sus torturadores. ¿Y qué pasó? Nada. No ha pasado nada porque el miedo era humo, tradición, una pesadilla que se ha disipado con la luz del día. Durante años nos han aterrorizado con las consecuencias, y ahora resulta que la única consecuencia es un señor que recorre los platós diciendo cosas que un fiscal podría calificar como delitos de odio. Y nada más. Seguramente estamos viviendo la última oportunidad de recuperar nuestra memoria democrática pero, paradójicamente, ninguna otra ha tenido tantas garantías de éxito. Ojalá esta sea nuestra última rareza («Sin miedo», 9 de julio de 2018).

Aquí radica la gran actualidad de la obra que el lector tiene en sus manos. Si la intención de Almudena Grandes, como ya se ha dicho anteriormente, es la de entender la realidad desde la columna periodística, a la manera de Ortega y Gasset, estos últimos hechos que se han mencionado en palabras de nuestra autora poseen una gran vigencia.

«Hemos de buscar a nuestra circunstancia, tal y como ella es, precisamente en lo que tiene de limitación, de peculiaridad, el lugar acertado en la inmensa perspectiva del mundo.» En estas palabras de las *Meditaciones del Quijote*, Ortega nos aclaraba lo que debe ser nuestra vida: la búsqueda de nuestra circunstancia, es decir, de lo que nos rodea, nuestra realidad, lo que acontece en nuestra vida, aquello que nos marca y nos señala como las personas que somos en el mundo que nos ha tocado vivir. Por ello nuestra circunstancia ha de ser España, el país en el que vivimos; y nuestra circunstancia, la realidad política y social que nos rodea. En sus libros y artículos, Almudena Grandes

se sitúa en la misma estela. Sus héroes son gente de la calle, hombres y mujeres con los que nos podemos identificar. Benito Pérez Galdós, un escritor al que nuestra autora se siente tan próxima, declaraba en 1889, en su discurso de ingreso en la Academia Española:

¿Qué he de deciros de la Novela, sin apuntar alguna observación crítica sobre los ejemplos de este soberano arte en los tiempos pasados y presentes, de los grandes ingenios que lo cultivaron en España y fuera de ella, de su desarrollo en nuestros días, del inmenso favor alcanzado por este encantador género en Francia e Inglaterra, nacionalidades maestras en esta como en otras cosas del humano saber? Imagen de la vida es la Novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de raza, y las viviendas, que son el signo de familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad.

Esta voluntad de Galdós de acercarse al realismo, alejándose de arquetipos quiméricos, que poco tienen que ver con nuestra circunstancia y realidad primera, aspira a novelar la sociedad real. Almudena Grandes también lo ha logrado, no solo con sus artículos sino también con sus novelas, y más concretamente a través de ese órgano novelístico que componen sus Episodios de una Guerra Interminable. En ellos, Almudena recurre a esta forma dictada por Galdós para hacer de la novela algo real y entendible, identificable con las personas, con todas las personas.

En *Vieja y nueva política* escribía Ortega y Gasset: «Los periódicos mismos, que son como los aparatos productores del ambiente que ese mundo respira, todo ello, de la derecha a la izquierda, de arriba abajo, está situado fuera de las corrientes centrales del alma española actual». Para Ortega está clarísimo que es el periódico el órgano al que se debe acudir para entender el ambiente que se respira en un país. En sus columnas, Almudena Grandes recoge el ambiente de nuestro país. La lectura de estos artículos refleja el pulso nacional de los últimos diez años.

En su tiempo, Ortega y Galdós reflexionaron sobre la sociedad; en el nuestro, podemos afirmar que Almudena Grandes representa «el pensamiento

en la acción».

Juan Díaz Delgado

Marzo de 2019

Cronología

2008

9 de marzo

El Partido Socialista Obrero Español gana las elecciones generales con 169 escaños, seguido del Partido Popular con 153 diputados.

El socialista Manuel Chaves se impone en las elecciones al Parlamento de Andalucía con mayoría absoluta.

El coordinador general de Izquierda Unida, Gaspar Llamazares, hace pública su renuncia al cargo tras los resultados electorales de su formación.

1 de abril

Comienza la IX Legislatura. José Bono es elegido presidente del Congreso de los Diputados por mayoría simple.

11 de abril

José Luis Rodríguez Zapatero es investido presidente del Gobierno en segunda votación y por mayoría simple.

14 de abril

Carme Chacón se convierte en la primera mujer en dirigir el Ministerio de Defensa.

5 de mayo

El secretario general del Partido Popular, Ángel Acebes, hace pública su renuncia al cargo.

La economía española entra en recesión al producirse un crecimiento negativo del PIB durante dos trimestres consecutivos, ya que el PIB cayó en el cuarto trimestre un 1,1%, la

mayor bajada intertrimestral desde 1960. El PIB retrocedió en 2008 un 0,8%.

2009

12 de enero

El presidente Rodríguez Zapatero presenta en Internet el Plan E o Plan Español para el Estímulo de la Economía y el Empleo.

1 de marzo

Elecciones autonómicas al Parlamento gallego.

Elecciones autonómicas al Parlamento vasco.

7 de junio

Elecciones al Parlamento Europeo.

29 de julio

ETA hace estallar una furgoneta bomba con 200 kilos de explosivos en la casa cuartel de Burgos, causando graves daños materiales pero afortunadamente solo 66 heridos leves.

El INE anuncia una caída del PIB del 0,9%, que se suma al -1,9% del trimestre anterior, y sitúa la tasa interanual en el -4%. Se cumple así un año de recesión de la economía española.

Manifestación en Madrid en contra del proyecto de Ley del Aborto presentado por el Gobierno, a la que acudió a título personal la secretaria general del Partido Popular María Dolores de Cospedal.

31 de diciembre

La EPA del cuarto trimestre registra un aumento del desempleo de 200.000 personas, situando la cifra total de parados en 4.326.500, lo que supone una tasa de paro del 18,83% (mucho más alta entre los extranjeros, el 29,7%, que entre los españoles, el 16,8%). La tasa de desempleo entre los menores de veinticinco años es del 39%. En el total del año se destruyeron más de 1,2 millones de puestos de trabajo —de ellos 378.000 en la construcción— y la cifra de hogares con todos sus miembros parados se sitúa en 1.220.000.

El déficit público se dispara y llega al 11,4% del PIB.

El PIB se contrajo un 0,1% en el cuarto trimestre, con lo que la caída total en el año fue del 3,1%. Con este son ya seis los trimestres consecutivos en recesión.

2010

El nuevo año comienza con subidas de impuestos (desaparece la desgravación de los 400 euros para 2010) y de precios en la electricidad (un 2,6%) y los transportes (Renfe entre un 4 y un 6%). El salario mínimo interprofesional aumenta un 1,5% situándose en los 633,30 euros al mes.

29 de enero

Tras conocerse que el déficit público había alcanzado el 11,4% del PIB en 2009, el Gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero anunció la puesta en marcha de un plan de austeridad inmediato de 5.000 millones de euros que se suma al recorte de 8.000 millones acordados en los Presupuestos del Estado para 2010. Según la ministra de economía Elena Salgado: «el objetivo es reconducir el déficit al 3% del PIB en 2013» —una exigencia de la Unión Europea—. Asimismo el Gobierno reiteró su plan de subir la edad de jubilación de los sesenta y cinco a los sesenta y siete años.

17 de marzo

El Congreso de los Diputados rechaza la propuesta del Partido Popular para dejar en suspenso la subida de los tipos del IVA (el reducido del 7 al 8% y el general del 16 al 18%) prevista para 1 de julio.

7 de mayo

Después de seis trimestres consecutivos de caída, el PIB crece un 0,1% durante el primer trimestre de 2010.

La prima de riesgo de la deuda española respecto de la deuda alemana se dispara alcanzando los 172 puntos básicos. La Bolsa cae más de un 10%.

16 de mayo

Según un sondeo publicado por el diario *El País* se dispara la ventaja del PP respecto del PSOE en intención de voto, que pasa de 4,2 puntos antes del anuncio del «mayor recorte social de la democracia», como calificó ese diario el ajuste anunciado por el presidente Rodríguez Zapatero el miércoles 12 de mayo, a 9,1 puntos (el PSOE baja cuatro puntos desde el anterior sondeo, situándose en el 33,7% en intención de voto).

11 de julio

La selección española de fútbol gana el campeonato mundial.

28 de noviembre

Triunfo de CiU en las elecciones al Parlamento de Cataluña de 2010, mientras el Partido de los Socialistas de Cataluña (PSC) y Esquerra Republicana de Cataluña (ERC) se desploman. Aunque necesitará pactar porque no ha obtenido la mayoría absoluta, Artur Mas será el nuevo presidente de la Generalitat de Cataluña, poniendo fin así a los años de Gobierno del Tripartito catalán (PSC, ERC e Iniciativa per Catalunya Verds) presidido por el socialista José Montilla.

31 de diciembre

Según la Encuesta de Población Activa en el cuarto trimestre del año aumentó el número de parados en 120.000 personas, lo que suponía que al final del año había en España 4.696.400 parados, y que la tasa de paro superaba de nuevo el 20% (como ya ocurriera al final del segundo trimestre) situándose en el 20,33%. Se constataba que se volvían a destruir puestos de trabajo como había ocurrido en 2008 y en 2009. También aumentó el paro entre los menores de veinticinco años (la tasa de paro juvenil pasó del 40% al 42,8%), así como los parados de larga duración (de 1.500.000 en 2009 a 2.154.700 en 2010) y el número de hogares con todos sus miembros desempleados (de 1.298.500 a 1.328.000).

2011

1 de enero

El año comienza con la eliminación de la desgravación por la compra de vivienda y del *cheque-bebé* de 2500 euros, la congelación de las pensiones y la supresión de la ayuda de 426 euros a los parados que hayan agotado su prestación. Los funcionarios verán congelado su salario que fue reducido un 5% de media. Suben la electricidad (un 9,8%), los billetes de tren y los peajes de las autopistas.

10 de enero

ETA anuncia su alto el fuego.

2 de abril

El presidente del Gobierno José Luis Rodríguez Zapatero anuncia que no se presentará a las elecciones generales de 2012, pidiendo al partido que

convoque primarias para elegir al candidato después de las elecciones municipales del 22 de mayo.

15 de mayo

Aparece un movimiento que se define por la acción de la ciudadanía ante el hartazgo de que los políticos no nos hagan caso. Se caracteriza por un espacio poco definido y muy dinámico y por la idea de que participe todo el mundo. Sigue vivo y está continuamente definiendo lo que somos.

22 de mayo

Gran triunfo del Partido Popular y hundimiento del PSOE en las elecciones autonómicas y municipales. El PSOE pierde cuatro comunidades autónomas (Castilla-La Mancha, Aragón, Baleares y Asturias) y sale del Gobierno de Cantabria, que pasarán a estar gobernadas por el PP (o por el Foro Asturias). En Extremadura el Gobierno dependerá de la decisión que adopte Izquierda Unida. En el País Vasco gran avance de Bildu.

28 de mayo

Alfredo Pérez Rubalcaba es elegido candidato del PSOE a la presidencia del Gobierno, días después de la renuncia de Carme Chacón a presentarse a las primarias.

20 de octubre

ETA anuncia el cese definitivo de la violencia.

20 de noviembre

Se celebran las elecciones generales. El Partido Popular resulta vencedor y alcanza la mayoría absoluta (186 escaños). Con este resultado, Mariano Rajoy superó el mayor número de escaños que había tenido el PP en democracia (183 en las elecciones en las que fue reelegido Aznar en el año 2000). El resultado convirtió a Rajoy en virtual presidente del Gobierno de España, el sexto del periodo democrático comenzado en 1977.

31 de diciembre

La cifra de parados en España en 2011, según la Encuesta de Población Activa del cuarto trimestre, fue de 5.273.600 y la tasa de paro se acercó al 23% (22,85%, el doble de la media de la Unión Europea). El número de hogares con todos sus miembros activos en paro se situaba en 1.575.000 y la tasa de paro juvenil rozaba el 50% (48,6%). El empleo destruido en España desde el

inicio de la crisis en 2008 era de 2.669.400 empleos y el porcentaje de trabajadores temporales en España alcanzaba el 25%, uno de los más elevados de la Unión Europea. El número de parados de larga duración ascendía a 2.638.000.

En el cuarto trimestre el PIB registró un valor negativo (-0,3%) por primera vez desde 2009 (año en el que se produjo la primera recesión de la crisis), lo que de confirmarse en el trimestre siguiente significaría que la economía española ha entrado en una segunda recesión desde que comenzó la crisis en 2008. En el conjunto del año el PIB creció un 0,40%.

Los precios subieron un 2,4% en 2011.

Como en 2010 en que cayó un 17,4%, el Ibex 35 cierra el año con pérdidas (un 13,11%) situándose en los 8.566,30 puntos.

Según Eurostat la renta per cápita española de 2011 se situó por debajo de la media europea, por primera vez desde 2001 (supone el 99%), y vuelve a estar por debajo de Italia (cuya renta per cápita fue el 101% de la renta media europea).

La deuda pública supuso el 70,5% del PIB y el déficit público fue del 9,2% del PIB.

2012

26 de enero

El presidente del Gobierno Mariano Rajoy visita en Berlín a la canciller Angela Merkel, ante la que se compromete a seguir con la política de ajustes y a cambio pide que el BCE siga proporcionando liquidez a la banca española y comprando deuda.

14 de febrero

Los diputados del Partido Popular en el Congreso, junto con los del PSOE, IU y otros grupos rechazan la moción de UPyD para que se ilegalice Amaiur. El ministro del Interior Jorge Fernández Díaz argumenta que «el problema de ETA hoy no es solo policial, tiene dimensión política», una idea que nunca había defendido el PP. La diputada Rosa Díez, líder de UPyD, acusa al Gobierno de «cobardía».

25 de marzo

Se celebran las elecciones de Andalucía y de Asturias. En Andalucía el PP no obtiene la mayoría absoluta, lo que les permite al PSOE y a IU formar un Gobierno de coalición encabezado por el anterior presidente José Antonio

Griñán (PSOE). En Asturias tampoco el Foro de Asturias de Francisco Álvarez Cascos y el Partido Popular logran la mayoría absoluta, por lo que fue Javier Fernández Fernández del PSOE el que se hizo con la presidencia de la Junta del Principado gracias al acuerdo alcanzado con Izquierda Unida y con Unión Progreso y Democracia.

1 de junio

Se hace público un informe encargado por Rodrigo Rato en el que se critica la forma como ha llevado el Gobierno la crisis de Bankia, porque las ayudas al grupo han supuesto una «inyección brutal a costa del Estado» y porque ha terminado perjudicando a los accionistas (la cotización de las acciones de Bankia al cierre de los mercados ese día fue de 1,020 euros, cuando el precio de salida en 2010 había sido de 3,75 euros). A la crítica se sumaron el presidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, quien aseguró que el Gobierno español había optado «por la peor manera posible de hacer las cosas», y el líder de la oposición Alfredo Pérez Rubalcaba. Por su parte, el ministro de Hacienda Cristóbal Montoro afirmó: «No estamos solos, tenemos detrás a Europa».

Se cierra una semana negra para la economía española: el Ibex 35 cayó un 7% (con lo que lleva acumulada una caída del 29% en lo que va de año) y la prima de riesgo se situó en los 536 puntos básicos. Al día siguiente el presidente Rajoy declaró: «No estamos al borde de ningún precipicio».

17 de septiembre

Esperanza Aguirre anuncia su dimisión como presidenta de la Comunidad de Madrid.

31 de diciembre

El PIB cayó un 1,6%.

Según la Encuesta de Población Activa (EPA) España cerró el año 2012 con 5.965.400 personas desempleadas, marcando un récord con un 26% de tasa de paro.

España terminó el año 2012 con el mayor déficit público de todos los países miembros de la Unión Europea, el 10,6% del PIB (incluyendo el rescate bancario) y del 7% sin contabilizar dicho rescate.

El Ibex 35 sufrió una fuerte caída en el primer semestre del año, llegando a estar por debajo de los 6000 puntos, pero a partir de agosto experimentó una fuerte recuperación que hace que cierre el año con una pérdida solo del 5% (el tercer año consecutivo de caída).

La deuda pública creció en 2012 en 146.000 millones, situándose en el cuarto trimestre en los 882.300 millones de euros, un 84% del PIB.

Según Eurostat la renta per cápita se situó en el 96% de la media de la Unión Europea, lo que supone un retroceso de catorce años.

2013

30 de enero

El diario *El País* comienza a publicar una documentación contable, que será conocida como los papeles de Bárcenas, que revela el presunto pago de sobresueldos a los dirigentes del Partido Popular procedente de aportaciones «en negro» de empresas. Según este diario, tanto Rajoy como otros cargos del partido recibieron de los extesoreros del Partido Popular Álvaro Lapuerta y Luis Bárcenas, una serie de pagos periódicos procedentes de una supuesta financiación ilegal del partido, que se extendieron entre los años 1990 y 2008. Las presuntas anotaciones de los extesoreros apuntaban a la entrega de 25.200 euros anuales a Rajoy durante once años de registros.

27 de febrero

Los diputados del Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC) rompieron por primera vez la disciplina de voto del grupo parlamentario socialista y apoyaron junto con CiU, ERC e ICV una propuesta para que el Gobierno central y el de la Generalitat iniciaran conversaciones con vistas a la celebración de una «consulta a los ciudadanos y ciudadanas de Catalunya para decidir su futuro».

3 de mayo

Según la Encuesta de Población Activa en año y medio de Gobierno del Partido Popular el número de empleados públicos se ha reducido en 374.800, un 11,6%, pasando de 3.220.600 en octubre de 2011 a 2.845.800 en abril de 2013.

23 de julio

Se confirma que España sufría su recesión más larga desde 1975, pues la economía española decreció durante ocho trimestres seguidos.

31 de diciembre

Según la EPA del cuarto trimestre el desempleo disminuyó en 2013 en 69.000 personas (situándose la cifra total en 5.896.300), pero la tasa de paro aumentó

al 26,03%, cinco centésimas más que el tercer trimestre de 2013 y prácticamente similar al del cierre del año pasado (26,02%), a causa de la reducción de la población activa (268.000 personas menos que un año antes). Así, en 2013 se destruyeron 198.900 puestos de trabajo (-1,17%), frente a los 600.600 de 2012. Del tercer al cuarto trimestre el paro disminuyó en 8.400 personas, su primer descenso en este trimestre desde el año 2004.

El paro registrado en diciembre volvió a bajar en más de cien mil personas. Es el mejor resultado de ese mes desde 2001. Así el número total de parados registrados al finalizar el año fue de 4.701.338 personas, una cifra algo inferior a la del final de 2012. El número de afiliados a la Seguridad Social descendió en 85.000 personas en 2013, situándose en los 16.357.640.

Según el Banco de España el PIB cayó en 2013 un 1,2% (una décima menos que la previsión del Gobierno), pero en el cuarto trimestre creció un 0,3% confirmándose así el final de la recesión iniciada en el tercer trimestre. Sin embargo el INE rebajó finalmente la cifra del crecimiento del cuarto trimestre al 0,17%..

El Ibex 35 cierra el año con una subida del 21% (situándose muy cerca de los 10.000 puntos: en los 9.916), después de tres años de caídas.

Según informó el ministro de Hacienda en marzo de 2014, el déficit público de 2013 fue del 6,62% del PIB, solo 12 centésimas por encima del objetivo marcado por la Unión Europea, que era del 6,5%.

Según el Banco de España la deuda pública al finalizar 2013 alcanzó la cifra de 961.555 millones de euros, lo que representa el 94,05% del PIB, ocho puntos más que en 2012.

Según el Banco de España el endeudamiento exterior descendió a 1,77 billones de euros (datos de septiembre de 2013), lo que supone el 163% del PIB, el nivel más bajo desde 2008.

Las exportaciones crecieron un 5,2% respecto a 2012 (sumando un valor total de 234.240 millones de euros), por lo que continuó la reducción del déficit de la balanza comercial (que ronda los 16.000 millones de euros, la mitad que la cifra de déficit del año anterior). Sin embargo, en el último trimestre del año el crecimiento de las exportaciones se detuvo, mientras que las importaciones crecieron un 2%, con el consiguiente aumento del déficit comercial.

El IPC acaba 2013 con una subida del 0,2%, la más baja de la serie estadística que comenzó en 1961.

El parque de viviendas nuevas sin vender se redujo en 2012 un 6,9%, bajando de las 600.000, pero el precio de la vivienda disminuyó un 4,2%, con lo que ya encadena sesenta y nueve meses de caídas (con una pérdida de valor del 30,2% desde el máximo alcanzado en el primer trimestre de 2008).

El número de turistas que visitaron España en 2013 alcanzó la cifra récord de 60,6 millones, un 5,6% más que en 2012.

Tras dos años de caídas, la venta de automóviles en 2013 aumentó un 3,3%. Hubo 722.703 matriculaciones, una cifra todavía lejana de los niveles de antes de la crisis (en 2007 hubo 1.614.835 matriculaciones).

La cifra de muertos en accidentes de tráfico vuelve a descender por décimo año consecutivo situándose en el nivel más bajo desde que en 1960 comenzaron a registrarse los datos anuales. El número de víctimas mortales en carretera fue de 1.128, un 13% menos que las de 2012, que fueron 1.301.

2014

27 de enero

El Partido Popular hace público que Jaime Mayor Oreja, a petición propia, no encabezará la lista del PP en las próximas elecciones europeas de 2014, y el eurodiputado Alejo Vidal-Quadras comunica que abandona el PP para integrarse en el nuevo partido Vox, fundado por José Antonio Ortega Lara.

El presidente de la Comunidad de Madrid Ignacio González González anuncia que suspende el proyecto de privatización de la gestión de seis hospitales públicos, tras la decisión del Tribunal Superior de Justicia de la Comunidad de Madrid de paralizar el proceso. A continuación dijo que había aceptado la dimisión del consejero de Sanidad Javier Fernández-Lasquetty, principal responsable del proyecto —que había encontrado una fuerte oposición entre el personal sanitario y los usuarios de la sanidad pública madrileña en la llamada *marea blanca*.

27 de febrero

Como consecuencia del Debate sobre el Estado de la Nación, el Congreso de los Diputados aprobó veintidós resoluciones, entre las que destacó una referida al proceso soberanista catalán, que solo contó con los votos del PP (PSOE y UPD se abstuvieron porque votaron sus propias propuestas; mientras que PNV, CiU, IU y el grupo mixto votaron en contra), y en la que se decía que «no puede una parte de la ciudadanía decidir lo que le corresponde al conjunto del pueblo español». Ese mismo día el Parlamento de Cataluña aprobaba una resolución en la que reiteraba su decisión de celebrar una consulta sobre el «futuro colectivo» de Cataluña.

27 de septiembre

El presidente de la Generalitat de Cataluña, Artur Mas, firma la Ley de Consultas de Cataluña en un acto celebrado en el Palacio de la Generalitat en

el que estuvieron presentes representantes de tres de los cinco partidos políticos catalanes que han apoyado la ley, CiU, ERC y CUP. En el mismo acto el presidente Mas firmó el decreto de convocatoria de la consulta del 9-N.

La presidenta en funciones (por encontrarse Mariano Rajoy de viaje oficial en China) y vicepresidenta del Gobierno, Soraya Sáenz de Santamaría, anuncia que, con la petición de un informe al Consejo de Estado, el Gobierno ha iniciado los trámites para presentar un recurso de inconstitucionalidad al Tribunal Constitucional contra la Ley de Consultas de Cataluña y contra el decreto de convocatoria de la consulta del 9-N amparada en ella.

15 de noviembre

Pablo Iglesias es proclamado secretario general de Podemos.

31 de diciembre

La prima de riesgo de la deuda española cierra el año en los 106 puntos básicos.

Las matriculaciones de vehículos aumentaron un 18% respecto del año anterior, situándose en 855.308, aunque todavía lejos de las cifras anteriores a la crisis que superaban el millón y medio.

El IPC registra una caída del 1,1% en 2014.

El paro registrado a lo largo de 2014 desciende en 253.627 personas y, por primera vez desde 2007, se registra un aumento del número de afiliados a la Seguridad Social (417.574 personas más).

El número de víctimas mortales en accidentes de tráfico disminuye en tres personas respecto a 2013, situándose en 1.131. El déficit público se redujo hasta el 5,72% del PIB en 2014 (60.000 millones de euros frente a los 67.755 millones de 2013), situándose por debajo del 5,8%, límite máximo acordado con la Comisión Europea.

2015

26 de enero

Susana Díaz, presidenta de la Junta de Andalucía por el Partido Socialista Obrero Español, rompe el pacto de Gobierno con Izquierda Unida y convoca elecciones autonómicas para el 22 de marzo de 2015.

4 de febrero

Se publica el nuevo barómetro del CIS en el que el PP se mantiene como

primera fuerza con el 27,3% de los votos, Podemos se convierte en segunda fuerza con el 23,9% y el PSOE desciende al tercer puesto con el 22,2%.

11 de febrero

Pedro Sánchez destituye a Tomás Gómez como secretario general del Partido Socialista de Madrid-PSOE y nombra una comisión gestora para dirigir el partido. La decisión se debe a las investigaciones emprendidas por la fiscalía por el sobrecoste de 41 millones de euros de los trabajos de construcción del tranvía de Parla, ciudad madrileña de la que Gómez fue alcalde entre 1999 y 2008.

24 de mayo

Elecciones municipales y autonómicas. El Partido Popular sigue siendo la fuerza política más votada pero experimenta un fuerte retroceso (pierde dos millones y medio de votos y todas las mayorías absolutas que había obtenido en las elecciones municipales y autonómicas de 2011). El PSOE también pierde votos respecto de 2011 (675.000) aunque reduce su distancia respecto del PP, sumando entre los dos el 52% de los votos (27% el PP, 25% el PSOE), con lo que se confirma el cambio del sistema de partidos iniciado en las elecciones europeas de 2014 y en las elecciones andaluzas de 2015 (en 2011 PP y PSOE sumaron el 65% de los votos). Por su parte, los «partidos emergentes» Ciudadanos y Podemos entran en prácticamente todos los parlamentos autonómicos, convirtiéndose en decisivos para formar Gobiernos —así como algunas fuerzas políticas nacionalistas de izquierda como Compromís y Més per Mallorca—. En las grandes ciudades irrumpen las candidaturas de «unidad popular», como Ahora Madrid, Barcelona en Comú o Marea Atlántica de La Coruña, que si consiguen el respaldo de otras fuerzas políticas sus cabezas de lista pueden ocupar las alcaldías (como Manuela Carmena en Madrid o Ada Colau en Barcelona). Los grandes derrotados son Izquierda Unida, que solo mantiene la representación en cuatro parlamentos autónomos (Asturias, Aragón, Castilla y León, Navarra), aunque mantiene sus resultados en el ámbito municipal (logra 1.054.662 votos y 2216 concejales frente a los 1.424.000 votos y 2230 concejales de 2011), y UPyD, convertido en un partido extraparlamentario.

10 de enero

El Parlamento de Cataluña inviste a Carles Puigdemont, número 3 en la lista de Junts pel Sí por Gerona, como nuevo presidente de la Generalitat, con los 62 votos a favor de Junts pel Sí, ocho votos a favor y dos abstenciones de la CUP, y los 63 votos en contra de C's, PSC, PP y CSP. En el discurso de investidura, el nuevo presidente anuncia que buscará la secesión de Cataluña en dieciocho meses.

13 de enero

Quedan constituidas las Cortes Generales tras la celebración de las elecciones generales el 20 de diciembre. Se eligen asimismo a los miembros de las mesas tanto del Congreso de los Diputados como del Senado; quedando elegido presidente del Congreso en segunda votación y por mayoría simple el socialista Patxi López con los 130 votos a favor de PSOE y Ciudadanos, y reelegido presidente del Senado en primera votación y por mayoría absoluta el popular Pío García-Escudero con los 144 votos del PP.

2017

1 de octubre

Se celebra en Cataluña el referéndum declarado ilegal por el Tribunal Constitucional.

27 de octubre

El Parlamento de Cataluña aprueba una moción en la que se declara unilateralmente la independencia de Cataluña. Casi a la misma hora el Senado aprueba la aplicación del artículo 155 de la Constitución española de 1978 en Cataluña.

29 de octubre

Carles Puigdemont, al día siguiente de haber sido cesado como presidente de la Generalitat de Cataluña en aplicación del artículo 155 de la Constitución, emprende un viaje de huida a Bruselas para evitar las acciones de la justicia; sale en coche de madrugada desde su domicilio en Gerona y toma un vuelo desde Marsella a la capital de Bélgica.

2 de noviembre

La juez de la Audiencia Nacional Carmen Lamela, encargada de los juicios por sedición, rebelión y malversación de fondos contra el Gobierno destituido de Cataluña, ordena el ingreso en prisión del vicepresidente de la Generalitat Oriol Junqueras, junto a ocho exconsejeros del Gobierno de Carles Puigdemont. El Ministerio del Interior envía a los hombres al Centro Penitenciario Madrid VII, Estremera (Madrid), y a las mujeres a la prisión de Alcalá Meco.

2018

1 de marzo

Con los votos de los diputados independentistas el Parlamento de Cataluña aprueba la propuesta de resolución en la que se denuncia la «destitución ilegal e ilegítima» de Carles Puigdemont como presidente de la Generalitat (en aplicación del artículo 155 de la Constitución española de 1978 en Cataluña) y se reivindica el referéndum ilegal del 1 de octubre de 2017.

Carles Puigdemont anuncia desde Bruselas que renuncia «provisionalmente» a ser el candidato a la investidura para la presidencia de la Generalitat de Cataluña y propone a Jordi Sánchez, número 2 de la lista de Junts per Catalunya, como su sustituto. Anuncia también que va a presentar «una demanda contra el Estado español ante el Comité de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas (ONU)».

El Tribunal Supremo revoca la condena a un año de prisión y siete de inhabilitación que impuso la Audiencia Nacional a Cassandra Vera por delito de enaltecimiento del terrorismo por publicar trece tuits mofándose del asesinato de Luis Carrero Blanco perpetrado por ETA en 1973.

5 de abril

La juez de la Audiencia Nacional Carmen Lamela procesa por el delito de sedición al exmayor de los Mossos d'Esquadra Josep Lluís Trapero y a otros ex altos cargos en la dirección política de los mismos, Pere Soler y César Puig, además de acusarlos de formar una «organización criminal». También procesa por el delito de sedición a la intendente de los Mossos en el Ensanche Teresa Laplana.

La Audiencia Territorial de Schleswig-Holstein descarta el delito de rebelión y deja en libertad bajo fianza a Carles Puigdemont. Alega que el delito que podría ser equiparable en Alemania al de rebelión, el de «alta traición», no puede aplicarse porque no se cumple el

requisito de la «violencia».

El Partido Socialista Obrero Español de la Comunidad de Madrid registra la moción de censura contra la presidenta de la Comunidad de Madrid Cristina Cifuentes que había anunciado el día anterior. Considera que «ha habido fraude» en el cuestionado máster que cursó en la Universidad Rey Juan Carlos.

1 de junio

El Congreso de los Diputados aprueba por 180 votos a favor (los del PSOE, Unidos Podemos, Esquerra Republicana de Cataluña, PDeCAT, PNV, Compromís, Bildu y Nueva Canarias), 169 en contra (Partido Popular, Ciudadanos, Foro Asturias y Unión del Pueblo Navarro) y una abstención (Coalición Canaria) la moción de censura encabezada por el secretario general del PSOE Pedro Sánchez, por lo que este queda investido como nuevo presidente del Gobierno en sustitución de Mariano Rajoy.

La Audiencia Nacional condena a penas de entre dos y trece años de cárcel a los ocho acusados de haber agredido a dos guardias civiles y a sus novias en Alsasua, pero no aprecia delito de terrorismo como defendía la fiscalía.

31 de diciembre

El año se cierra con cuarenta y siete mujeres asesinadas por violencia de género, la cifra más baja desde que hay estadísticas.

El Ibex 35 pierde 1500 puntos a lo largo de 2018 al cerrar en los 8.539 puntos (en 2017 cerró en los 10.043), lo que supone una pérdida del 15%, su peor registro anual desde 2010.

La prima de riesgo de la deuda española se sitúa en los 118 puntos básicos al finalizar el año.

El precio de la vivienda aumentó un 5,8% en 2018, frente al 4,2% del año anterior.

En 2018 llegaron a España en patera cerca de 60.000 inmigrantes, cuando en 2017 fueron unos 22.000 y en 2016 unos 8.000. 769 murieron o desaparecieron al cruzar el Mediterráneo desde las costas de Marruecos, más del triple que en todo 2017, cuando murieron 223 personas camino de España.

En 2018 el paro registrado desciende en 210.484 personas, situándose en 3.202.297 parados, y el número de afiliados a la Seguridad Social supera por primera vez desde 2007 los 19 millones (563.965 inscritos más que el año anterior).

El número de automóviles matriculados en 2018 aumenta un 7% hasta alcanzar las 1.321.438 unidades.

El número de fallecidos en 2018 por accidentes de tráfico en carretera fue de 1180, 18 menos que el año anterior.

El salario medio anual en 2018 se situó en 22.819 euros, un 0,11% más que el año

anterior, lo que supone un aumento de solo 26 euros.

Procedencia de los textos*

- 1-O: 17 de julio de 2017
- Aplazos: 7 de septiembre de 2015
- Agentes y señorías: 4 de enero de 2010
- Ahorrador: 16 de enero de 2012
- ¡Aleluya!: 5 de diciembre de 2011
- Allá ellos: 2 de junio de 2014
- Analogía: 25 de enero de 2016
- Antiespaña: 1 de octubre de 2012
- Antológico: 7 de febrero de 2011
- Aquella voz: 12 de mayo de 2014
- Atraco: 27 de noviembre de 2011
- Banderas: 2 de octubre de 2017
- Barra libre: 3 de noviembre de 2008
- Bildu: 9 de mayo de 2011
- Bla, bla, bla: 6 de octubre de 2014
- Blasfemia: 1 de septiembre de 2014
- Carrusel: 30 de noviembre de 2015
- Catalanes y el término «nación»: 29 de mayo de 2017
- Cerillas y dinamita: 7 de mayo de 2012
- Compasión: 1 de marzo de 2010
- Comprensión (La derogación de la doctrina Parot y el nacimiento de Vox): 3 de febrero de 2014
- Comprensión (Ni todas las víctimas son iguales ni todas merecen el mismo cariño): 16 de enero de 2017
- Conspiración: 27 de abril de 2015
- Creo: 27 de junio de 2011

Crisis: 17 de noviembre de 2008
Cruces: 24 de marzo de 2008
Cuelgamuros: 15 de mayo de 2017
Cuenta y riesgo: 30 de noviembre de 2009
Cuestión de fe: 13 de abril de 2009
CUP: 16 de noviembre de 2015
Curiosidad: 2 de marzo de 2015
Demagogia: 14 de mayo de 2012
Derroche: 29 de abril de 2013
Descansen: 31 de julio de 2017
Despropósitos: 14 de junio de 2010
Difícil: 19 de octubre de 2015
Dinosaurio: 5 de septiembre de 2011
Dos adjetivos: 14 de abril de 2008
Dos dudas: 10 de marzo de 2008
Dos Españas: 25 de febrero de 2013
Educación: 17 de diciembre de 2012
El amor: 20 de enero de 2014
El calor: 21 de julio de 2014
El futuro (La ultraderecha enseña la oreja por primera vez): 4 de marzo de 2013
El futuro (El miedo a Unidos Podemos fortalece a Rajoy): 20 de junio de 2016
El lado oscuro: 17 de febrero de 2014
El principio de todo: 23 de mayo de 2011
El progreso: 14 de enero de 2008
El silencio de Esperanza: 10 de abril de 2017
El valor de emoción en el PSOE: 27 de marzo de 2017
En serio: 8 de septiembre de 2008
Encuestas: 23 de febrero de 2015
Epílogo: 10 de mayo de 2010
Epitafios: 15 de septiembre de 2014
Equivocaciones: 21 de julio de 2008
España, por lo visto, es cuestión de banderas: 4 de diciembre de 2017
Esperanza Aguirre y el prohibido prohibir: 6 de marzo de 2017
Esperanza (Esperanza Aguirre, tras darse a la fuga en la Gran Vía de Madrid): 28 de abril de 2014
Esperanza (La ilusión es el cimiento de las revoluciones): 1 de diciembre de 2014
Estado: 20 de marzo de 2017
Este lunes: 24 de mayo de 2014
Esteladas: 23 de mayo de 2016

Europa: 20 de julio de 2015
Evolución: 3 de octubre de 2016
Fantasmas: 29 de septiembre de 2014
Felicidad(es): 19 de diciembre de 2016
Feliz 2016: 28 de diciembre de 2015
Feliz Navidad: 24 de diciembre de 2012
Futuro: 18 de septiembre de 2017
Generaciones: 27 de octubre de 2008
Gobierno: 7 de noviembre de 2016
Gracias: 4 de febrero de 2008
Hagan juego: 17 de septiembre de 2012
Hipótesis: 21 de junio de 2010
Hola: 7 de enero de 2008
Huelga: 6 de marzo de 2008
Identidad: 5 de noviembre de 2012
Ideología: 5 de mayo de 2008
Imagine: 26 de mayo de 2008
Imperdonable: 13 de febrero de 2017
Indecisos: 11 de mayo de 2015
Intemperie: 9 de octubre de 2017
Izquierda: 27 de octubre de 2014
La alegría: 15 de abril de 2013
La bondad: 25 de mayo de 2015
La cultura: 21 de abril de 2014
La gangrena: 1 de abril de 2013
La historia: 16 de junio de 2008
La indiferencia: 22 de octubre de 2012
La libertad: 27 de diciembre de 2010
La oportunidad: 28 de julio de 2008
La realidad: 30 de mayo de 2011
Letras: 31 de agosto de 2015
Libertad: 16 de febrero de 2009
Línea roja: 12 de noviembre de 2012
Llaves: 15 de noviembre de 2010
Lo específico: 15 de octubre de 2012
Lo saben: 27 de febrero de 2017
Lobbies: 3 de julio de 2017
Los responsables: 18 de noviembre de 2013
Los sentimientos: 29 de octubre de 2012

Machismo: 30 de abril de 2018
Madrid: 16 de octubre de 2017
Magistral: 4 de junio de 2018
Maldición: 4 de abril de 2011
Marchemos: 5 de diciembre de 2016
Márchense ya: 18 de marzo de 2013
Mariano Macbeth: 19 de mayo de 2008
Mary Poppins: 19 de abril de 2010
Memoria: 20 de octubre de 2008
Mentira podrida: 19 de septiembre de 2011
Nadie: 18 de octubre de 2010
Naturalmente: 24 de octubre de 2011
Neutralidad: 9 de noviembre de 2015
No, no y no: 2 de diciembre de 2013
Novedades: 4 de enero de 2016
Opinión: 19 de noviembre de 2012
Oportunidad: 11 de junio de 2018
Pactos: 23 de marzo de 2015
Palabras: 14 de febrero de 2011
Pan y libertad: 9 de junio de 2008
Patriotismo: 2 de septiembre de 2013
Pecado: 22 de septiembre de 2008
Perdedores: 26 de octubre de 2015
Perversidad: 7 de noviembre de 2011
Photoshop: 17 de marzo de 2008
Pioneros: 18 de junio de 2018
Pirro: 31 de octubre de 2016
Piruetas: 19 de enero de 2015
Placer: 9 de enero de 2012
Plástico: 11 de febrero de 2008
Política: 25 de febrero de 2008
Populismo: 14 de julio de 2014
¿Por qué?: 27 de febrero de 2012
Posesivo: 6 de junio de 2016
Preguntas: 26 de abril de 2010
Qué asco: 30 de diciembre de 2013
Que no: 2 de marzo de 2009
Qué pena: 18 de febrero de 2008
Radicales: 22 de junio de 2015

Referéndum: 3 de septiembre de 2012
Reflexiones: 20 de febrero de 2017
Relato: 17 de diciembre de 2017
Rencor: 30 de enero de 2012
Resaca (Tristeza tras la huelga general contra la reforma laboral de Zapatero): 4 de octubre de 2010
Resaca (Porque la campaña electoral en Cataluña se parecía a una borrachera): 28 de septiembre de 2015
Resignación: 13 de noviembre de 2011
Salud: 3 de enero de 2011
Shakespeariana: 22 de febrero de 2010
Si no fuera...: 25 de junio de 2012
Siglo XX: 9 de septiembre de 2013
Sin miedo: 9 de julio de 2018
Suárez: 24 de marzo de 2014
Susana: 2 de febrero de 2015
Tácticas: 18 de mayo de 2015
Te quiero: 12 de abril de 2010
Temeridad: 25 de septiembre de 2017
Tesis: 28 de mayo de 2018
Un clásico: 16 de diciembre de 2013
Un pimiento: 4 de julio de 2016
Un suponer: 18 de abril de 2011
Una costumbre: 16 de noviembre de 2009
Una duda: 29 de noviembre de 2010
Una sugerencia: 5 de mayo de 2014
Víctima: 2 de febrero de 2009
¡Vota!: 3 de marzo de 2008
¿Y si nos vamos?: 22 de abril de 2013

Notas

* Almudena Grandes y Gaspar Llamazares, *Al rojo vivo. Un diálogo sobre la izquierda de hoy*, Antonio Machado Libros, Madrid, 2008.

* Almudena Grandes y Gaspar Llamazares, *op. cit.*

* Todos los textos aparecieron en la columna semanal que la autora escribe todos los lunes en el diario *El País*. Para facilitar la búsqueda, en este sumario los referenciamos por orden alfabético. (N. del E.)

La herida perpetua
El problema de España y la regeneración del presente
Almudena Grandes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: Gran Vía 8:30 © Carmen Merino

© Almudena Grandes, 2019

Del Epílogo: © Juan Díaz Domínguez, 2019

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-9066-699-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

TIEMPO DE MEMORIA

ALMUDENA GRANDES

La herida perpetua

El problema de España
y la regeneración del presente



TUSQUETS
EDITORES